



Class D511

Book .K44

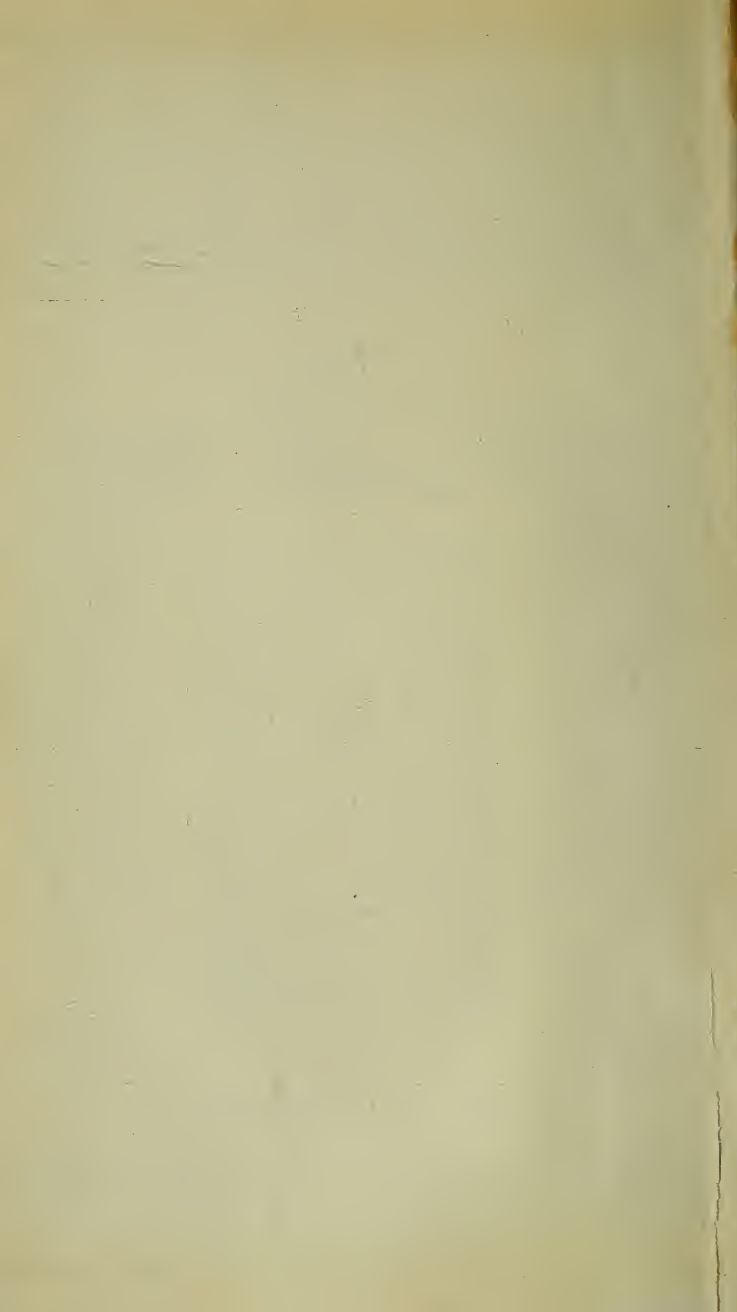


LA GUERRA EUROPEA

Publicaciones de *The Daily Telegraph*



J. M. KENNEDY
CAUSAS DE LA GUERRA
T. TABERNER - BARCELONA



LA GUERRA EUROPEA DE 1914

Publicaciones de "The Daily Telegraph"

TOMO I

CAUSAS DE LA GUERRA

J. M. KENNEDY

CAUSAS DE LA GUERRA

===== PROLOGO DE =====

W. L. COURTNEY LI. D.



TORIBIO TABERNER - EDITOR

ROSELLÓN, 224 :: BARCELONA

1915

D 511
.K 44

Es propiedad: Queda
hecho el depósito que
marca la ley.

253501

PRÓLOGO

El estudio de la Historia nos demuestra en sus grandes trastornos y revoluciones que nunca mejor que en las guerras, se puede aplicar el principio de que de las pequeñas causas provienen los grandes efectos. Y no puede presentarse ejemplo más concluyente de esta verdad que la presente guerra europea que, como todos sabemos, empezó con el *ultimátum* dirigido por Austria-Hungría a Servia, con motivo del asesinato del archiduque heredero, Francisco Fernando, ocurrido en Sarajevo.

Podríamos decir con más exactitud que la guerra tuvo por fundamento el atentado a un archiduque y la indignación de Austria contra la capital de Servia, donde realmente se había fraguado el complot.

Estos han sido los verdaderos antecedentes de la guerra actual, pero no nos explican, cómo una contienda, puramente

local, se ha convertido en una conflagración europea ante los asombrados ojos del mundo, y cómo en todos los campos resuenan los pasos de hombres en armas.

Además la mayor parte de los que leen diariamente y con atención los periódicos, no aciertan a descubrir entre el dédalo de telegramas contradictorios el camino de la verdad, y no son pocas las personas que, aun hoy mismo, se preguntan, cómo es que toda Europa se estremece con las convulsiones de esta colosal contienda.

Si el hombre poco versado en las interioridades de la política sólo conoce los antecedentes que hemos indicado, su confusión no hace más que aumentarse. No es menester acudir a las enseñanzas de la Historia para aceptar como indiscutible que el parto de los montes muchas veces dió a luz, como dice el poeta latino, un ridículo ratoncillo; pero la proposición contraria no parece tan clara, siendo más difícil de explicar que un suceso acaecido en Bosnia, aun cuando sea la muerte de un archiduque, haya podido levantar tan ingentes moles de montañas. Todo el que desee comprender a fondo el génesis y proceso de los sucesos contemporáneos ha de comenzar por poner en claro el alcance de esos movimientos subterráneos de Europa, que en tan aterradora forma han aparecido en la superficie con la declaración de la gran guerra en 1914.

El espléndido aislamiento de Inglaterra y sus consecuencias

Hemos de tomar los sucesos desde algún tiempo atrás, y ante todas las cosas fijar nuestra atención en los cambios que se han efectuado en la diplomacia inglesa. Muchos son los que no ignoran que la política favorita de Lord Salisbury, como ministro de negocios extranjeros, fué la de no intervenir en los asuntos del continente, en una palabra, lo que se ha llegado a designar con el nombre de *espléndido aislamiento*. La teoría de este procedimiento es que, siendo Inglaterra una isla, su situación geográfica le permite estar sola y proseguir el desenvolvimiento de sus propios intereses con entera independencia, como un Poder Imperial, sin ser molestada por las guerras o los rumores de guerra del resto del mundo.

Ciertamente que esta política de *espléndido aislamiento* podría proseguirse con éxito excelente, siempre que Inglaterra logre realizar de antemano dos condiciones. La primera consiste en poseer una gran supremacía en el mar, indispensable para proteger las varias líneas que unen a la metrópoli con sus posesiones y dependencias. La segunda condición es un buen ejército, obligatorio o no, pero capaz de sostener la comparación con los mejores de Europa. En una palabra, la Gran Bre-

taña puede sentarse en su casa con toda tranquilidad como señora de la misma, con tal que tenga los medios de asegurar sus colonias en el exterior, y un ejército bastante fuerte para defenderla contra incursiones extrañas en lo interior.

Por desgracia ninguna de estas dos condiciones ha podido ser realizada. El creciente aumento de la flota alemana, demostró que Alemania también tenía pretensiones de llegar a ser potencia mundial, añadiendo el corolario de que la construcción de barcos alemanes, era un ataque directo al poderío marítimo de la Gran Bretaña.

Posteriormente, durante la guerra con los boers, Inglaterra hizo súbitamente el descubrimiento de que en el caso de un conflicto europeo, sería fácil que tuviese frente a sí varias potencias; y si en tal contingencia, por un motivo cualquiera, el reducido ejército inglés estuviese ocupado en otra parte, el aislamiento británico dejaría de ser signo de fuerza para convertirse en inminente peligro.

Desde entonces data el cambio de política, cambio que generalmente va asociado al nombre del rey Eduardo VII, pero que en realidad pertenece a la iniciativa de Lord Lansdowne; y en conformidad con el modo de ver antes expuesto, la Gran Bretaña, dolorosamente persuadida de que en Alemania tenía una enemiga determinada y tenaz, buscó alianzas que pudiesen ponerla a cubierto en el caso de un probable ataque.

Origen de la Entente

El rey Eduardo, con su proverbial cordura y exquisito *savoir faire*, era un encargado *extra oficial*, pero admirable para servir los intereses de su patria, en el proyectado cambio de política. Sus sucesivas visitas a las capitales extranjeras, especialmente la que hizo a París, y su conferencia con el Zar en Reval echaron los fundamentos de la inteligencia designada con el nombre de la *Triple Entente*. Casi como por encanto cambiaron enteramente las relaciones existentes entre París y Londres. Hasta ese momento, y en todas sus empresas, habrían sido ambos pueblos enemigos, en Europa, en Africa y en el Nuevo Mundo. La fecha de este cambio es 1903. Los principales nombres de los que en el hecho intervinieron por ambas partes, son Mr. Delcassé, Mr. Paul Cambon, Lord Lansdowne y Eduardo VII. Un tratado de comercio fué el camino que condujo a un completo acuerdo entre ambas naciones. Francia arrastró consigo a Rusia a la palestra, y, aunque por un momento entorpeció la marcha de la *aproximación* el desgraciado incidente del buque ruso que en el banco de *Dogger*, por una equivocación, cañoneó a inocentes pescadores ingleses tomándolos por nipones, Lord Lansdowne, tuvo bastante habilidad para llevar adelante su propósito de atraer-

se la amistad con Rusia, y como ya hemos dicho, preparó el encuentro del Zar de todas las Rusias y de Eduardo VII en Reval en junio de 1908.

En este primer momento no se comprendió el alcance de los tratados entre las tres naciones. Como era natural, no se tenía entonces la más remota idea de una alianza ofensivo-defensiva entre Inglaterra y Francia, y aun mucho menos con Rusia. Pero se convino en que las tres naciones seguirían una política internacional, más o menos semejante, y como cosa corriente, Inglaterra, durante las conferencias de Marruecos, tuvo ocasión de prestar algunos servicios materiales a su amiga Francia, para ayudarla a oponerse a los deseos de Alemania.

Alemania bloqueada

Si preguntamos cuál fué el objeto en general a que se encaminaba este cambio de política, iniciado por Lord Lansdowne y seguido por Sir Grey, la respuesta es clara. Sus inmediatos fines eran, rodear con una cadena de naciones, más o menos aliadas, al Imperio Alemán, a fin de que las pretensiones de éste, de dominar en el Centro de Europa, fuesen menos peligrosas para los demás países. Los hombres de Estado berlineses, cayeron pronto en la cuenta del alcance que tenían estas *ententes cordiales*. Comprendieron que re-

presentaban una amenaza y un baluarte contra sus ambiciosas miras; y la consecuencia de ello fué que Alemania estrechara aún más los lazos que la unían a la otra potencia teutónica, Austria-Hungría, mientras que Italia, tercer miembro de la Triple Alianza, tuvo que unir su suerte, a disgusto suyo como se ha descubierto después, a la de las potencias de la Europa Central.

Conocida es la falta de simpatías que existe entre Italia y Austria, tanto en aquella época como en las sucesivas; pero Roma vióse forzada a estrechar sus relaciones con Viena, a trueque de mantener su seguridad en el Adriático y por una serie de incomprensibles errores diplomáticos, a considerar a Francia como su más terrible enemiga.

La Política hostil de Alemania

Alemania se apresuró a dar a entender a todo el mundo, que iba a hacer cuanto estuviera en su mano para consolidar y robustecer su propia hegemonía. Ofreciéronsele tres sucesivas oportunidades de demostrarlo y Alemania no desaprovechó ninguna de ellas. La primera ocurrió en Marruecos. En 1905 el Gobierno Germánico se quejó de que había sido excluído de un arreglo franco-inglés, en tanto que Francia tenía carta blanca en Marruecos, y a Inglaterra no se le ponían trabas en el des-

envolvimiento de su influencia en Egipto.

El 31 de marzo de 1905, desembarcó en Tánger el emperador de Alemania, con la intención de apoyar las pretensiones del Sultán, que solicitaba una conferencia internacional para poner coto a las pretensiones militares de Francia. Mr. Delcassé, el ministro de Negocios Extranjeros de Francia, eludió dar su consentimiento a esta proposición, afirmando que una conferencia internacional era de todo punto innecesaria. A esta negativa contestó el príncipe de Bülow usando un lenguaje amenazador, y Delcassé dimitió en junio del mismo año. Esta fué una victoria diplomática de Alemania, indiscutible, pero muy difícil de sostener en subsiguientes negociaciones.

La Conferencia de Algeciras se celebró en enero de 1906 y, aunque Austria demostró secundar brillantemente a Alemania, no impidió que los delegados teutónicos dieran su apoyo decidido a Francia. Las conclusiones del Acta de Algeciras, firmada en 7 de abril, prácticamente confirmaron a Francia el derecho de proseguir su acción en Marruecos, parte por la vía de las armas, y parte por *penetración pacífica*.

La segunda oportunidad que Alemania aprovechó no menos resueltamente fué en 1908. Austria, prosiguiendo la invariable línea de conducta de su política, anunció por boca del Conde de Aerenthal, que estaba resuelta a anexionarse la Bosnia y la Herzegovina. Rusia en el acto protestó

con energía, y también lo hicieron la mayoría de las potencias. Pero Alemania se colocó decididamente al lado de Austria. En el pintoresco lenguaje peculiar del Kaiser, declaró éste que Germania estaba pronta a vestir la *resplandeciente armadura*, juntamente con su aliada; y, como en 1908, Rusia no se había repuesto aún de los efectos de su desastrosa guerra con el Japón y de ningún modo estaba en condiciones de prestar su ayuda, Alemania tuvo ocasión de apuntarse otra victoria.

Y llegamos a la tercera oportunidad de Alemania, ocurrida de nuevo en Marruecos en 1911. Convínose en que la ocupación militar de Francia en Marruecos, cambiaba el aspecto de las cosas; y Alemania declaró, que a menos que se le diera alguna especie de compensación no podía conformarse con aquel estado de cosas.

En julio de 1911 el mundo se estremeció al saber que el cañonero *Panther* seguido de cerca por el crucero *Berlín*, había sido enviado a las costas de Agadir junto a la boca del río Sus. El gobierno de Berlín pretendía atropellar la cuestión de Marruecos, y durante algún tiempo las relaciones entre las potencias fueron de una extrema tirantez. Lloyd George, después de consultar con Asquith y Sir Grey, pronunció su discurso el día 21 de julio en la Cámara de los Comunes, que causó gran sensación en el Continente. Sin embargo, poco a poco se fueron tranquilizando los ánimos, y el problema inmediato quedó resuelto por medio de dos tratados franco-

germanos, concluidos el 4 de noviembre: uno concediendo a Francia el protectorado de Marruecos, y otro cediendo Francia a Alemania cien mil millas cuadradas de territorio en los estados del Congo.

La política colonial de Alemania es muy digna de observación en este período, sobre todo lo que respecta a Africa; pero como eso nos alejaría del curso de los acontecimientos europeos, la dejaremos por ahora.

Horizontes más pacíficos

Los asuntos de Europa, por el momento, tomaron un giro más tranquilizador. Cier- to que Alemania pareció suspender su ame- nazadora marcha, pero a cambio de ad- quirir una importante parte del Congo, por cuya total posesión intrigaba entonces y siguió intrigando después. Francia había conseguido su libertad de acción en Ma- rruecos y la había pagado a un precio que sus hombres de Estado consideraban ven- tajoso. La Gran Bretaña dejó con tal oca- sión bien demostrado su deseo de conser- var sobre todo la entente franco-inglesa. Las dos grandes confederaciones de Eu- ropa, Alemania, Austria é Italia, frente a Inglaterra, Francia y Rusia, se considera- ron mutuamente como los elementos neces-arios para sostener la antigua teoría di- plomática del *equilibrio europeo*; y, como confirmación de semejante estado de co-

sas, cuando los emperadores de Rusia y Alemania tuvieron su entrevista a las orillas del Báltico en 1912, se publicó una nota oficial que decía lo siguiente: «No hay ningún temor de que se altere la buena armonía que reina entre los dos grupos de las potencias europeas, los que se ha probado que son indispensables para mantener el equilibrio europeo que es la mejor garantía de la paz».

Guerra Italiana

Sin embargo, las personas duchas en asuntos diplomáticos no se dejaron engañar por estos signos exteriores de calma. En noviembre de 1811 Italia había declarado la guerra a Turquía por la posesión de Trípoli y la Cirenaica. Su objeto, según declaró el tercer miembro de la Triple Alianza, era aumentar su fuerza, siguiendo el curso de su política internacional, pero el verdadero motivo que la indujo a tomar las armas, aun hoy mismo aparece algo oscuro. Tal vez fuera cierta envidia a Francia por sus éxitos en Marruecos, pero no está desprovista de todo fundamento la presunción de que Italia obró obligada por el curso de algunas negociaciones franco-germánicas.

Para nadie era ya un secreto en esa época que como compensación por las ventajas concedidas a Francia en Marruecos, Alemania, con el consentimiento del Sul-

tán, deseaba vivamente extender su influencia por el norte de las costas de Africa poniendo los ojos en Trípoli, como un buen punto de apoyo en el Mediterráneo.

Claro es que no salimos fiadores de que esta sea la versión exacta; pero son muchas las coincidencias que demuestran los constantes deseos teutónicos de poseer en Africa un terreno mucho más grande de lo que permiten los actuales tratados.

La guerra Balkánica

La guerra de los Balkanes que se declaró en otoño de 1912 ha sido más importante por la influencia que ha tenido en los futuros acontecimientos.

Empezó, como de costumbre, por medio de una nota a Turquía reclamando de ella ciertas reformas prometidas, y nunca aplicadas, en Macedonia. Pero el nuevo sesgo de la interminable cuestión de Oriente, fué la formación de una liga Balkánica, combinándose las fuerzas de Servia, Bulgaria, Montenegro y Grecia, con propósitos hostiles a Constantinopla. La crisis llegó a su período álgido en octubre, y, en ese mes, Montenegro declaró la guerra e invadió la Albania. El 13 de octubre los Estados aliados de Servia, Grecia y Bulgaria, presentaron su ultimátum; y el 17 se rompieron las hostilidades.

Los incidentes que se sucedieron probablemente están aún demasiado frescos en

la mente de los lectores, para intentar ninguna descripción minuciosa. Los principales hechos, son muy sencillos. Bulgaria, por una serie no interrumpida de éxitos, rechazó las fuerzas turcas hasta las líneas de Chatalja. Servia también fué igualmente afortunada en su campo de operaciones, y Grecia llevó a cabo una porción de admirables proezas, con un ejército, en el que ningún técnico europeo hubiese puesto la menor confianza.

A esto sucedió la conferencia invocada por Sir Eduardo Grey, y Londres fué el punto de reunión de los delegados de la paz, y de los representantes extranjeros.

Las conferencias no dieron fruto alguno de eficacia inmediata.

A la primera guerra balcánica sucedió una segunda, en la que Bulgaria, con asombro de propios y extraños acometió con ímpetu salvaje a sus anteriores aliados, griegos y servios; y los turcos, probablemente más sorprendidos que nadie, volvieron a recuperar Andrinópolis. Tras esto, vino la derrota de Bulgaria y la intervención de Rumanía. La guerra terminó por medio de un tratado concluído en Bucharest, y del que ninguno de sus firmantes quedó satisfecho, considerándolo todos como un expediente puramente temporal.

Para Inglaterra la parte más interesante de estas dos guerras balcánicas está en considerar la influencia que en los acontecimientos tuvieron Alemania y Austria.

La primera de las citadas potencias, como ya hemos visto, había estado durante varios años detenida por las restricciones que la imponía la *Entente*, pero impaciente por dar rienda suelta a su natural impetuosidad. Austria, desde mucho tiempo atrás, sentía una sorda animadversión contra Serbia y Montenegro, por suponer que estos pueblos eslavos, protegidos de Rusia, eran un perpetuo obstáculo a su desarrollo en Oriente.

Además, como las dos grandes potencias teutónicas querían seguir la frase del antiguo historiador que aconseja *empujar hacia Oriente*, quedaron ambas muy perplejas y un tanto descontentas del resultado de la guerra balcánica.

No había que pensar en que Turquía triunfase de la liga balcánica. Turquía era la amiga de Alemania; su ejército está instruído por oficiales alemanes, y la influencia germánica en Constantinopla, como obra del mariscal von Bieberstein, no reconocía límites. De Turquía podía Alemania conseguirlo todo, pero no evitar el que perdiera importantes territorios de Tracia y Macedonia, por el mal éxito de sus armas. Austria tuvo que disimular sus pretensiones, las cuales consistían principalmente en Sanjak y Novi Bazar, y sobre todo en Salónica; y los enemigos que la impidieron realizar sus deseos fueron Serbia y Rusia. Quizás desde ese mismo instante deseó Austria encontrar una oportunidad para vengarse de Serbia, mientras que Alemania, íntimamente unida a su

aliada, empezó a estudiar la situación con respecto al gran Imperio del Norte, animada de los más bélicos proyectos.

Asesinato del Archiduque

Insensiblemente hemos llegado al momento del insensato crimen, que tan terribles y desastrosos efectos ha causado. Ya hemos visto los sucesivos pasos por los que el gobierno germánico ha intentado agrandar sus dominios a costa de los territorios vecinos.

Al tratar de esta época, no pecaremos de exagerados, afirmando que Alemania alimentaba una enconada enemiga contra todas las potencias de la *Entente*, y que, como consecuencia esperaba una oportunidad que la permitiera atacarlas con ventaja y extenderse, no sólo hacia el Oriente de Europa, sino, y sobre todo, en su naciente imperio colonial.

En estas circunstancias de inestable equilibrio, el asesinato del archiduque Francisco Fernando, cayó como un rayo desprendido de un cielo sin nubes. Este suceso puso en manos de Austria la oportunidad, con tanto afán esperada.

El crimen merece la más ardiente execración; y todas las naciones se han inclinado con respeto ante el dolor del anciano monarca Francisco José.

En apariencia fué la obra de emisarios serbios, es decir, del mismo pueblo a quien

Austria tenía tantos deseos de humillar. En julio del presente año Austria presentó un ultimátum a Belgrado, expresado en términos tan violentos y hostiles, que dejaban traslucir el meditado propósito de lanzarse a la guerra.

Días críticos

Nos acercamos a un período de tiempo, fresco en el recuerdo de todos, pero que da pábulo a las más acaloradas controversias, tanto por los motivos que han impulsado a los actores, como por la acción misma.

Siempre se ha dicho, y con razón, que la historia contemporánea es la más difícil de juzgar imparcialmente, pues recibimos una serie de impresiones de distintos lugares, y carecemos por regla general de la clave necesaria, para descifrar su verdadero valor. Vayamos, pues, paso a paso.

En julio envió Austria el ultimátum a Servia, conforme queda dicho, exigiéndola que presentara sus excusas y reconociera su culpabilidad en el atentado contra el Archiduque. A pesar de lo altanero de los términos y lo humillante de las conclusiones, Servia las aceptó con dos pequeñas excepciones, y aun en éstas demostró su buena voluntad allanándose a reconocer un arbitraje.

Tan luego como Austria recibió esta respuesta, declaró que no era satisfactoria y

dió principio a sus preparativos militares. A esto sucedieron días de confusión y ansiedad, en los que Sir Grey propuso una Conferencia en que se reunieran las cuatro potencias que no tenían relación directa con el caso, Francia, Alemania, Inglaterra é Italia. Berlín no accedió, dando como excusa que no era esta la manera correcta de proceder, ya que Austria no podía ser arrastrada ante el tribunal de Europa, como si se tratara de un modesto Estado balcánico. Y entre tanto continuó el cambio de notas entre las distintas naciones y sobre todo entre Viena y San Petersburgo, hoy Petrogrado.

El Rey Jorge V escribió cartas autógrafas al Kaiser y al Zar, haciendo desesperados esfuerzos por conservar la paz. Entonces se hizo pública la noticia de la movilización rusa, ó mejor dicho, de la movilización parcial. Alemania preguntó en términos destemplados por el fin de aquella movilización y no pareciéndole satisfactoria la respuesta, declaró la guerra. Preguntóse a Francia qué partido pensaba seguir en vista de los actuales acontecimientos; y como ésta tuviera que compartir la suerte de su aliada Rusia, el embajador alemán en París pidió sus pasaportes, siguiendo su ejemplo el embajador francés en Berlín.

El Kaiser causante de la guerra

Detengámonos un momento a considerar cómo una nube del tamaño de una mano, pudo extenderse y llegar a cubrir en un instante todo el horizonte europeo. La política de Austria es de las que no dejan lugar a dudas. La idea primordial no fué más que una: humillar a Servia, esto es, debilitarla de modo que en lo porvenir fuese dependiente de Viena en lugar de serlo de Petrogrado, o bien conquistarla por completo. Esta conducta era consecuen- te con la que siguió a la terminación de la guerra balcánica, porque lo probable es que ella o Alemania fuesen los que aconsejaron el brusco ataque contra Servia y Grecia. Como quiera que fuese, Austria ha venido rehusando obstinadamente toda ayuda a Servia, para que ésta pudiera obtener un puesto en el Adriático; y su único fin al crear en Albania un estado independiente fué el de limitar y circunscribir el dominio servio. Si nos fuera dado separar la acción de Austria de la de Alemania y examinar aquélla aisladamente, la comprenderíamos mejor. Tenía un tremendo ultraje que vengar; y todas las naciones de Europa habían convenido en reconocer que Servia mereció un castigo.

Por desgracia no podemos dissociar la política de Austria de la de Alemania. Tenemos poderosos motivos para sospechar que el famoso ultimátum de Austria fué

parte integrante de un movimiento hostil por parte de Alemania, la cual, por razones que ya tendremos ocasión de considerar, creyó llegada la oportunidad de ejecutar sus tan anhelados proyectos.

Se afirma que el gobierno alemán no vió el ultimátum hasta después de estar en poder del gobierno servio, pero el emperador conocía no sólo su espíritu, sino que lo había leído, y aun tal vez modificado alguna de sus frases. De otro modo hubiese resultado inexplicable su rápida acción contra Rusia y la presteza con que quemó sus naves y emprendió la campaña.

Fundamentos de la guerra

Si, como parece probable, Alemania había estado durante años enteros preparándose para una guerra europea (1), no podemos menos de convenir en que el momento era oportuno. ¿Pero por qué lo juzgó también así el emperador de Alemania? Por varias razones. En primer término porque no consideraba a Rusia suficientemente preparada, y en tal caso la movilización rusa no podía menos de tardar tres o cuatro semanas. En segundo lugar, Francia, con el reciente escándalo de Caillaux, no parecía más preparada que

(1) Los reservistas austriacos fueron llamados un mes antes de empezar la guerra desde el Africa del Sur, lo que demuestra palpablemente las intenciones de Alemania. En el *Daily Telegraph* se publicó el siguiente despacho con fecha 30 de julio: "Orden á las tropas reservistas austriacas, impreso hace un mes. El corresponsal de Johannesbourg.

su aliada. Sin embargo, se han hecho algunas revelaciones sobre recursos militares que demuestran que no se los ha cogido tan desprevenidos. Finalmente la tercera razón, y tal vez la más decisiva, fué el convencimiento que tenía el Kaiser de que la Gran Bretaña se hallaba corroída por las facciones internas, en vísperas de una guerra civil con Irlanda, por lo que su acción militar en los acontecimientos europeos había de ser poco menos que insignificante. En Berlín se creyó indubitablemente que Inglaterra permanecería neutral, limitándose, a lo sumo, a protestar en términos duros. Sin duda debió de causar desagradable sorpresa a los hombres de Estado alemanes ver la rapidez con que los ingleses deponían sus rencillas domésticas y se disponían a hacer frente al peligro como súbditos de un verdadero Reino Unido.

Era tan ventajosa la neutralidad de Inglaterra para Alemania, que no podemos dar crédito, ni aun teniendo en cuenta el impulsivo temperamento del Kaiser, cómo éste se hubiera atrevido a emprender una campaña no sólo contra Rusia y Francia, sino también contra el inmenso poder naval de la Gran Bretaña.

Esta contienda ha nacido por las inadmisibles proposiciones que hizo Germania a Inglaterra en la víspera mismo de romper las hostilidades. Sir Eduardo Grey, como era natural, viendo que había llegado el día de la lucha, preguntó a Francia y al Imperio Alemán respectivamente

la conducta que pensaban seguir con la neutralidad de Bélgica.

Esta neutralidad, como todo el mundo sabe, estaba garantizada desde 1839 por varias potencias, entre otras Alemania o, mejor dicho, Prusia. La respuesta de Francia fué franca y concluyente; no tenía intención de faltar a sus compromisos; pero la de Alemania apareció tortuosa y maquiavélica: «Si Inglaterra consentía en permanecer alejada de la lucha, Alemania se comprometía a indemnizar a los belgas de la infracción de la neutralidad, y a devolverles además su completa independencia, tan luego como terminara la guerra». Como no podía menos de suceder, el gobierno inglés rechazó con indignación tan poco dignas pretensiones.

Proposiciones inadmisibles

Todavía parece se hicieron a la Gran Bretaña otras proposiciones aún más in calificables. Sabemos con certeza que Alemania propuso que si consentía Inglaterra en permanecer neutral, al tratar de las condiciones de la paz no se exigiría ninguna cesión al territorio de Francia. Lo que no ha llegado a ponerse en claro es si Alemania ofreció algún regalo a Italia en la región de Niza o Saboya, para obtener su concurso armado. Díjose al gobierno británico que quizás Francia perdiera alguna de sus colonias, pero ocultósele que

Alemania pensaba regalar a Italia trozos del territorio francés. Semejante proposición parece increíble. Sin embargo, existen fundadas razones para creer que fué hecha.

Mientras el embajador alemán en Londres, continuaba envolviéndonos en las suavidades de su diplomacia y Alemania protestaba a gritos de verse envuelta en el conflicto contra su voluntad, ya estaba organizada la invasión de Bélgica y se trataba del reparto de la Francia conquistada.

Acaso el príncipe de Lichnowsky obrara con perfecta buena fe. El aseguró en la Gran Bretaña que ningún soldado alemán había cruzado la frontera, cuando era bien sabido que la habían pasado por Longwy. Nos inclinamos a creer que se le ocultaron los designios del gobierno alemán, para que siguiendo la costumbre de la diplomacia teutona pudiera *mentir* con más provecho para su patria.

El canciller alemán, no se recata de predicar a cara descubierta las teorías germánicas sobre el derecho de la fuerza. Luxemburgo y Bélgica, pueblos ambos protegidos por tratados, habían sido invadidos por las tropas alemanas, y he aquí lo que el Canciller von Bethmann Hollweg ofrecía como excusa, en su discurso del 4 de agosto en el Reichstag: «Señores, se trata de un caso necesario, y la necesidad carece de ley. Nuestras tropas han ocupado el Luxemburgo y quizás a estas horas están ya en Bélgica. Convengo en que este acto ha sido contrario al derecho de

gentes; pero el perjuicio que hayamos causado—ya veis que hablo sin ambages—lo indemnizaremos tan pronto como hayamos conseguido nuestros fines militares. Todo el que se vea tan amenazado como nosotros lo estamos y que luche por su existencia, no puede tener más que un pensamiento: abrirse camino por donde pueda». En ningún Parlamento se ha oído jamás declaración más cínica. El Canciller alemán puede vanagloriarse de ser en un todo digno de su amo el Kaiser.

Saque quien quiera las conclusiones acerca de quién es el culpable de la ruptura de la paz europea; siempre resultará que Inglaterra ha defendido una causa justa al aliarse con Francia y Rusia.

Declaración de la guerra

Pocas palabras son necesarias para llegar a la actual situación. El día 2 de agosto pronunció Sir Grey un discurso, frío y de tonos tranquilos, pero que causó profunda impresión, explicando las razones que obligaban a Inglaterra a prestar su ayuda a Francia para rechazar la agresión alemana. Tanto en el terreno moral como en el político y diplomático, siempre consideró la Gran Bretaña como un deber el luchar por la independencia y la libertad de los pequeños estados, el respetar los tratados existentes, y en el presente caso

dejaba caer todo el peso de su influencia del lado de la *Triple Entente*.

Al siguiente día 4 del mismo mes, pronunció el Primer Ministro otro elocuente discurso en la Cámara, y Mr. John Redmond, en términos levantados, ofreció en nombre de todos sus compatriotas, el incondicional concurso de Irlanda y reiteró su patriótica adhesión a Inglaterra en la presente crisis.

Aquella misma tarde se declaró la guerra a Alemania. Algunos días después, fué igualmente necesario declarársela a Austria-Hungría, porque había enviado sus tropas a combatir junto con las alemanas, sobre todo en la región de Alsacia. Una legión de tropas expedicionarias inglesas luchó en las cercanías de Namur en compañía de las belgas y francesas.

Algunas conclusiones

Sería conveniente hacer un breve resumen antes de terminar. Hemos tratado de demostrar que las verdaderas causas de la presente conflagración estaban latentes desde mucho tiempo atrás, y que si bien es verdad que ostensiblemente fué Austria quien declaró la guerra a Servia a causa del asesinato del Archiduque heredero, un atento examen de los antecedentes nos demostrará que la verdadera causa ha sido la ambición de Alemania.

Alemania, o mejor dicho, su emperador,

pues no queremos creer que el pueblo deseara la guerra, desde muy atrás venía practicando una política que, aunque seguida en la sombra, no puede negarse que era de preparación para la lucha.

El papel de perturbador de Europa, representado por Francia durante el Segundo Imperio, es el que viene desempeñando el Kaiser durante los años de su reinado; y así le vemos fomentar incesantes reyertas, extender sus ambiciones por donde encuentra camino y tratar siempre de aumentar su poderío colonial.

Que Alemania se preparaba para esta guerra, no puede ni siquiera discutirse. El emperador aspira por medio de la presente conflagración a hacerse dueño del mundo por mar y tierra.

Para combatir tales ambiciones, y dar algún respiro a las naciones que sólo quieren la paz y para proteger el principio de nacionalidad, especialmente en el caso de un pequeño Estado, amenazado por las armas germánicas, es para lo que los miembros de la Triple Entente han tomado las armas. No es una guerra sólo contra la ambición dinástica, sino contra el abuso de la fuerza hasta conmover en sus cimientos la civilización y la cultura del mundo.

W. L. Courtney



CAPITULO I

Austria y Servia. — Asesinato del Archiduque. — Las exigencias del Gobierno de Viena

Las causas más profundas que han conducido a la declaración de esta guerra ya han sido ligeramente tratadas en el prólogo de este libro.

La inmediata excusa para el rompimiento se encontró en el asesinato del heredero de la corona de Austria-Hungría, archiduque Francisco Fernando y su esposa la duquesa de Hohemberg, acaecido en Sarajevo, capital de Bosnia, el 28 de junio de 1914, contribuyendo a ello la tirantez de relaciones entre los gobiernos servio y austriaco.

Desde la conclusión de la guerra de los Balkanes, cuando la influencia austriaca privó a Servia de obtener su ansiado puerto en el Adriático, la influencia servia había procurado hacer propaganda eslava en las provincias de Bosnia y Herzegovina, y en los distritos eslavos de Hungría, donde

se esperaba encontrar simpatías para un gran movimiento nacionalista.

Desde hace muchos años, el bello ideal de los patriotas serbios se cifra en que las provincias de Bosnia y Herzegovina, nominalmente turcas, pero administradas por austriacos desde el año 1878, formen un día parte de la *Gran Servia* puesto que el elemento serbio es el que en ellas predomina.

Esta esperanza se desvaneció, por la formal anexión de las dos provincias a Austria al terminar la revolución de Turquía; acto que, con razón o sin ella, se atribuyó a la influencia del Archiduque asesinado. Al parecer, ésta fué la causa de que el gobierno de Viena hiciese responsable al de Belgrado de la propaganda que causaba tanta alteración en las provincias nuevamente anexionadas.

Las probadas declaraciones de los asesinos, contestes en confesar haberseles facilitado en la capital de Servia las bombas con el propósito de asesinar al Archiduque, demuestran la innegable existencia de cómplices en Servia.

Los dos asesinos, ambos jóvenes, fueron sujetos a un minucioso interrogatorio por los agentes puestos al servicio de la policía vienesa, y del resultado de estos interrogatorios se vino en conocimiento de la existencia de una vastísima conspiración servia. En casa de un serbio se encontró una bomba semejante a la lanzada contra el archiduque por el asesino Cabrinovic. Se hallaron cuatro revólveres car-

gados en casa de un joyero que fué arrestado, y cuyo nombre era Mitricevic. En los domicilios de varios servios se encontraron numerosas armas. Los detalles de la causa no se hicieron públicos, pero el *Reichspost* afirmó que tenía informaciones auténticas de que existían inteligencias entre los conspiradores y los círculos más elevados de Belgrado.

La Gaceta del Imperio, publicó algunos detalles de sus investigaciones que causaron gran sensación. El diario oficial afirmaba que la bomba que le dieron a Cabrinovic en Belgrado ya fué entregada con el expreso designio de asesinar al archiduque.

El otro asesino Princip también declaró que, después de una larga permanencia en Belgrado, regresó a Sarajevo con el deliberado intento de matar al príncipe heredero, según añadió: *para librar a Servia de su opresor.*

El diario concluía con la afirmación de que el atentado debía ser atribuído a la agitación hostil al imperio austro-húngaro, existente entre la juventud servia, que residía en Austria, obedeciendo a instigaciones de fuera.

Al mismo tiempo noticias de Bosnia demostraban que en aquella población había crecido la efervescencia contra los servios. Sarajevo presentaba un aspecto amenazador; todas las casas habitadas por servios habían sido demolidas. Un hombre que al frente de una manifestación llevaba

un retrato del emperador, fué muerto de un tiro. Tampoco eran menos alarmantes las noticias que se recibían de la capital de la Herzegovina; corrieron rumores de que el barrio servio estaba ardiendo, y que eran muchas las casas que habían sido pasto de las llamas. El *Pesti Hirnap* decía en sus columnas que en Mostar ocurrían graves desórdenes, y que se habían cometido horribles excesos con los servios. En otros puntos de Bosnia y Herzegovina, también ocurrieron sangrientos conflictos entre servios y croatas. En algunas ciudades se llevaron a cabo verdaderas matanzas de servios, y los informes añadían que muy en breve se proclamaría la ley marcial en ambas provincias.

En Agram, capital de Croacia, más de 20,000 hombres marcharon procesionalmente gritando: ¡Abajo Servia! ¡Mueran los asesinos!, y en tal forma se encaminaron a la casa en que se albergaba una comunidad servia, y demolieron el edificio.

Aunque la parte alta de la población en Bosnia, estaba indignadísima contra los servios, no se creía, al menos al principio, que el asesinato hiciese necesaria una guerra.

La prensa austriaca se mostró digna y mesurada. Todos estuvieron acordes sin excepción en considerar como un absurdo la posibilidad de que la muerte del archiduque pudiera tomarse como pretexto para provocar un conflicto armado.

Escribía la *Neue Freie Presse*:

«Sarajevo ha sido el sitio donde ha es-

tallado; pero los asesinos han venido de Belgrado. Los más altos intereses del Estado exigen que se haga luz sobre los inspiradores del complot y los cómplices de los asesinos, y que se esclarezca el hecho de disponer éstos de tanto dinero.

Pero Austria, a pesar de todo eso, no seguirá nunca una política de venganza; y, aunque tengamos poderosas razones para sospechar, no debemos dejar caer el peso de nuestro encono sobre millones de serbios que habitan en Austria y que son nuestros conciudadanos. Los instigadores del complot, los que facilitaron las bombas desde Belgrado, esos fanáticos sanguinarios, tienen que ser habidos, para arrancar de raíz las semillas de la conspiración de Bosnia».

En el interrogatorio que sufría el 1 de julio Princip, hizo la cínica declaración de reconocer que era anarquista convencido, desde muy atrás. El mismo día recibió Londres la primer noticia de que se intentaba una enérgica acción oficial.

Reunióse Consejo de ministros en el ministerio de Negocios Extranjeros de Viena, al que además de los ministros se agregó el general jefe del Estado Mayor Barón Conrado von Hachendorf. El Ministro-Presidente Conde de Berchtold, expuso que pensaba dirigir una nota al gobierno servio exigiéndole que abriese una información para que se depurara a quién correspondía la responsabilidad de la catástrofe de Sarajevo, pues todos los in-

dicios hacían comprender que la cuna de la conspiración era Servia.

La excitación que ya reinaba en Austria contra los servios, subió de punto con el lenguaje usado por la prensa de Belgrado. Los diarios servios echaron a rodar la especie de que el archiduque Carlos Esteban, con quien no estaba en muy cordiales relaciones el heredero de la Corona, era el responsable del atentado.

En el 1.º de julio el Dr. E. J. Dillon cuya autoridad en asuntos internacionales todos reconocen, y que a la sazón era corresponsal especial del *Daily Telegraph*, telegrafizó desde Constantinopla:

«Que Servia y Montenegro están resueltos a proclamar la unión de ambos estados bajo el mando del rey de Servia es cosa que no admite duda y que el tiempo lo demostrará en cuanto se presente ocasión oportuna. Yo mismo anuncié ya esta noticia en abril.

Un proyecto parecido estaba a punto de llevarse a efecto, pero se ha retardado por causas imprevistas.

Es seguro que sucederá; lo que es más dudoso es la manera cómo lo recibirá Austria, quien quizás vea en peligro su equilibrio interior, por la fuerza centrífuga que desarrollará la creación de un centro de la magnitud que Servia alcanzaría.

Según mis informes, tal era el estado de cosas en los círculos en Viena durante la guerra de los Balkanes. No creo que hayan variado».

Como entre los servios y montenegrinos

hay afinidades de religión y aun de raza, y como una parte de los gastos del ejército montenegrino los sufraga Rusia, se comprenden las afirmaciones del doctor Dillon.

El 2 de julio se hicieron sensacionales descubrimientos en la causa seguida a los asesinos. Los anotamos aquí, no sólo porque arrojan luz abundante sobre la parte oscura del proceso, sino porque las declaraciones hechas por los prisioneros, reflejan con exactitud los sentimientos de la inmensa mayoría de esta nación respecto a Austria-Hungría y hacia su régimen. *La Norodna Odbrana*, sociedad mencionada por Cabrinovic estaba destinada a figurar más tarde en la nota dirigida por Austria a Servia.

El Presidente del Tribunal expuso: «que el resultado de sus pesquisas demostraba plenamente y sin la menor sombra de duda, que se trataba de una conspiración. Princip y Cabrinovic lo negaron primero, pero después ambos confesaron el hecho; no podemos todavía—prosiguió el juez—publicar los nombres de los reos conspiradores, pues algunos de ellos están aún libres. No se trata aquí de un atentado socialista ni anarquista; ambos asesinos han cometido su crimen por servir los intereses nacionalistas de Servia y empujados por una especie de bárbaro patriotismo. Si las inspiraciones las han recibido de Servia, o si ambos han obrado por su propia cuenta, es cosa que no podemos precisar. Merece considerarse el hecho de haberse en-

contrado 2,000 coronas, en el domicilio de Princip, y la mayor parte en oro. Este metal se usa en los Balkanes solamente como pago de servicios muy especiales».

Contestando a los requerimientos que le hicieron, declaró Cabrinovic, el que arrojó la bomba, lo siguiente: «Hace mucho tiempo que tenía hechos mis preparativos para el atentado. Con la misma bomba que arrojé al heredero del trono y a su esposa, hubiese querido destruir todo el régimen. Sabía que el Archiduque era uno de los más firmes apoyos de ese caduco régimen y por eso le he aniquilado».

Según el doctor Svara, Procurador del Tribunal, el asesino amplió la declaración exponiendo que no quería significar un mero cambio de personas o reformas en la Monarquía, sino que sus aspiraciones le llevaban a desear la destrucción total de la casa de Habsburgo.

Después, siguiendo siempre las referencias del Procurador, hizo la siguiente confesión: «Aunque he nacido en Bosnia, mi alma es servia desde que tuve uso de razón. Encuentro injusto que en Bosnia exista un poder extranjero, sin que los serbios que son la parte principal de la nación tengan parte en el gobierno. Me hacía sufrir la idea de que Austria nos oprimía por ser la eterna enemiga de Servia. También sabía que el Archiduque heredero ocupaba el primer puesto entre los más odiados por Servia. No se me ocultaba que el heredero de la Corona era el enemigo declarado de todas las aspiracio-

nes servias, y que había jurado destruir a este Estado y a su dinastía. Espero que los disparos de aquel revólver habrán abierto el camino a las armas servias para ocupar la Bosnia, porque este territorio por sus instintos y tradiciones está destinado a pertenecer a la gran Servia».

Finalmente el Procurador del Estado expuso que la conspiración se concertó en un café de Belgrado, donde desde muchos días atrás se tenía conocimiento de lo que se maquinaba contra el heredero del trono. En Belgrado se decía públicamente, que el Archiduque Francisco Fernando no saldría vivo de Bosnia.

Tampoco careció de interés el interrogatorio de Cabrinovic. Declaró éste haber recibido la bomba de manos del Mayor Milán Pribicevic, quien servía en el ejército servio y era secretario de la *Narodna Odbrana*, sociedad anti-austriaca. Pribicevic, según convenio tácito, representaba al General Jefe del Estado Mayor. Dicho Mayor dijo a los dos asesinos que fuesen a buscar un antiguo y muy conocido Komitaje (1), a quien se comisionó para buscar las bombas del arsenal de Kragujevac. Cabrinovic y Princip recibieron seis bombas y seis pistolas Browning, pero se comprometieron a buscar otros cuatro cómplices.

El 3 de julio, se celebraron en Viena los funerales del Archiduque y de su esposa, y con este motivo hubo manifestaciones hos-

(1) *Komitajes*, soldados irregulares, muy semejantes a bandidos y que tuvieron parte importantísima en la guerra Balkánica.

tiles a Servia en Viena y la enfurecida muchedumbre procuró inútilmente destrozar la bandera servia. La policía tuvo que dar algunas cargas para disolver los tumultuosos manifestantes, pero después de alguna confusión y carreras por las calles, la manifestación se reorganizó y acudió ante el Consulado ruso, donde se contentaron con gritar ¡Mueran los asesinos servios y sus amigos!

Durante los días sucesivos, la prensa servia arreció sus ataques contra Austria y fué respondida en igual tono, pero en los altos círculos de la Corte y la Diplomacia no se hacía la menor alusión a la posibilidad de la guerra.

Sin embargo, no tardaron en hacerse algunas insinuaciones añadiendo que la situación se había agravado.

En el Consejo de Ministros en pleno que tuvo lugar el 7 de julio en Viena se trató de la tragedia de Sarajevo.

Antes de empezar el Consejo, los Ministros tuvieron una conferencia con el Jefe del Estado Mayor Barón Conrad, y el Comandante de las fuerzas navales Almirante Haus. Por esta circunstancia se sacó en consecuencia que no sólo iba a discutirse la situación política sino también la militar.

La reunión duró desde las 11'30 de la mañana hasta las 6'45 de la tarde. La inusitada duración de estas deliberaciones demostraba claramente su inmensa importancia. El principal tema de la discusión fué la agitación servia en Bosnia.

El asesinato de Sarajevo había proyectado una siniestra luz sobre la situación de Bosnia, demostrando que las circunstancias creadas por la conspiración eran insostenibles. Los ministros deliberaron sobre las medidas que convendría tomar para poder arrancar de raíz la agitación. Se reiteró el amor de Austria a la paz, pero añadiendo que, en vista de la actitud de toda la prensa servia, iba a ser muy difícil el conservarla.

«La prensa servia que comenzó por disculpar el atentado contra el Archiduque aplaudía ahora sin reservas hasta el mismo asesinato; esta incalificable actitud explica el que, a pesar de nuestro amor a la paz, desenvainaremos la espada si nos vemos obligados a ello».

El informe oficial del consejo de ministros dice: «Se ha descubierto cierta relación entre el atentado y los negocios políticos, que exige examen más detenido».

Al mismo tiempo, las noticias de lo tratado en el Consejo repercutieron en la Bolsa de Viena, ya muy alterada desde el atentado. El día 7 de julio los cambios experimentaron una terrible baja.

Aquella misma noche partió el Conde de Berchtold a Ischl para presentar al Emperador la decisión tomada en consejo de ministros. Se creyó que el gobierno austro-húngaro intentaría un *paso diplomático* en Belgrado. No se divulgó por el momento de qué naturaleza sería ese *paso*; pero el *Pester Lloyd* dice con fecha 8 de julio: «Nada se exigirá del gobierno servio que

pueda ser contrario a su propia conciencia ni a la dignidad nacional que le está confiada».

Las precauciones que se tomaron no tenían más objeto, según se dijo, que guardar más rigurosamente las fronteras de Bosnia.

El día 10 de julio se supo que el anciano Emperador había aprobado el *paso diplomático*. La aprobación fué dada por el monarca en persona al ministro de Negocios Extranjeros, Conde de Berchtold, durante la audiencia que le concedió en Ischl.

Fué, entonces, general la creencia de que después de las conclusiones a que había dado lugar el proceso de Sarajevo, se le participarían éstas al Gobierno de Belgrado, dándole los nombres de los que resultaban comprometidos en él, y se le invitaría por la vía diplomática a entregar los cómplices que estuvieran en territorio servio.

Además también se supuso que se impondría a Servia la necesidad de dar alguna garantía para que en lo futuro la propaganda que llevaran a cabo las sociedades servias en territorio austro-húngaro, no sólo no pudiera contar con la aprobación de su gobierno, sino que éste la reprimiría por cuantos medios estuvieran a su alcance.

Este resultado de la audiencia, satisfizo, con muy contadas excepciones, la expectación general de los que conocían el amor del viejo Monarca por la paz. También

correspondía con las declaraciones que hizo el primer ministro húngaro Conde de Tisza en el parlamento de Hungría el 9 de julio.

El Conde Julio Andrassy preguntó si los hilos de la trama estaban realmente en Belgrado. Añadió que las actuales condiciones de Bosnia podían designarse como las más propias para una inminente revolución. El Conde Tisza protestó con energía añadiendo que era una afirmación gratuita y que la incorporación de Bosnia a la Monarquía, no se había debilitado en lo más mínimo. En cuanto a los rumores de que en el asunto estuvieran complicadas sociedades y personas influyentes en los círculos servios, sólo podía decir que las investigaciones se llevarían a cabo sin contemplaciones; pero mientras tanto era imposible divulgar detalles.

La peroración del Conde Tisza dió a entender que Austria deseaba la paz, pero no la paz a cualquier precio. Si la agitación causada por las sociedades servias cesaba, habría paz. Todos los comentarios de la prensa de Viena y Buda-Pest, fueron en el mismo sentido. Un órgano oficial resumió la cuestión en los siguientes términos: «Esperamos y deseamos que el gobierno servio, cumplirá nuestros justos deseos. Si Belgrado rehusa prestarnos su concurso para descubrir los asesinos del Príncipe heredero y procura dispensar su protección a los autores del complot, Servia se colocará fuera de la ley como sucedió a la muerte del Rey Alejandro. Es de

esperar que Servia no cometerá la locura de seguir abusando por más tiempo de nuestra casi sobrehumana paciencia».

Aquel mismo día, más tarde, se dijo que Austria-Hungría, pediría a Servia que los cómplices de los asesinos, residentes en Belgrado, fueran confrontados con éstos. Para esto se encontró un precedente; en el año 1868, cuando el asesinato del Príncipe Miguel Obrenovitch en Belgrado, el gobierno servio pidió el careo del asesino con el Príncipe Alejandro Karageorgevitch, acusado por la opinión pública como instigador del crimen, y que residía en Hungría, y el gobierno austro-húngaro satisfizo la demanda.

Al siguiente día, corrió el rumor de que la *triple entente* había dado un paso amistoso en Belgrado, encaminado a encarecer la necesidad de tomar resoluciones conducentes a tranquilizar a Austria. También se dijo que el embajador de Rusia en Viena había ofrecido sus servicios al Conde Berchtold para las *futuras negociaciones con Servia*.

El Dr. Dillon, único periodista que tenía a la Europa Occidental al corriente de los planes, deseos y opiniones del gobierno austro-húngaro, envió un largo telegrama a su periódico el día 11 de julio. Este informe telegráfico que a continuación reproducimos, resume toda la situación con tal clarividencia, que mereció ser citado por la prensa de los cuatro continentes. Por primera vez se presentó al

mundc el verdadero punto de vista del gobierno austriaco:

«Una persona perteneciente a los más altos círculos oficiales me informa de la animadversión que siente el gobierno de Austria-Hungría contra Servia por los trágicos sucesos de Sarajevo. Mi comunicante dice lo que sigue:

«Para poder comprender los sentimientos que animan a Austria-Hungría, después del asesinato de Bosnia, es preciso traer a la memoria los perjuicios que esta potencia ha sufrido ya a causa de sus molestos vecinos.

»No puede caber la menor duda de que, durante los diez años últimos, la política servia no ha tenido otro fin que el restar a Austria-Hungría los territorios habitados por servios, y quizás ha llegado su ambición hasta soñar con el total dominio de toda la Slavonia, que es justamente la región recién incorporada a la Monarquía austro-húngara.

»La sola idea de que unos vecinos acaricien semejantes planes basta para destruir toda confianza e impedir el disfrute de la paz y tranquilidad. A esto debe añadirse el hecho de que Servia en su lucha contra Austria emplea medios reprobables y que han sido ya desterrados de todos los países civilizados. La conspiración y el asesinato son los medios favoritos de que se vale esta pequeña potencia; y su prensa no cesa de recomendar el empleo de medidas que seguramente no merece-

rían la aprobación de ningún pueblo europeo.

»No es sólo Austria-Hungría la que se resiente de este sistema poco escrupuloso y anárquico, no hace muchos años aun que toda Europa se estremecía de horror al tener noticia del asesinato del Rey Alejandro y de su esposa. De este podemos pasar al atentado de que fué víctima el Rey Nicolás, el padre político del monarca reinante que es otro capítulo en la sangrienta historia de Servia.

»El fanatismo servio no se detiene ni aun ante la tumba de sus enemigos políticos. Sirva de ejemplo a esta afirmación el repugnante atropello que se cometió con el sepulcro del Príncipe Alejandro Karageorgevitch, durante las Pascuas de 1911, en que sacaron su calavera del lugar en que descansaba y después de cometer toda clase de profanación la arrojaron en un montón de basura. Los servios, enemigos de la actual dinastía, fueron los que realizaron este hecho incalificable.

»También ha sido perpetrado por servios el reciente asesinato del Archiduque, y es digno de mencionarse que, si bien cuando ocurrió el caso que sirve a éste de precedente, vinieron a Viena oficiales de policía servios que con el beneplácito de la policía austriaca, practicaron cuantas investigaciones juzgaron oportunas; en cambio, a la demanda hecha por el gobierno austriaco de que se permita a su policía continuar las pesquisas sobre el drama de Sarajevo en Belgrado, responde toda la

prensa servia rechazándola como pretensión inadmisible.

»El asesinato del Archiduque Francisco Fernando y de su esposa, es un nuevo capítulo en la sangrienta historia contemporánea de Servia. Hasta la prensa rusa en el primer momento de estupor que le causó la catástrofe de Sarajevo no vaciló en señalar a Belgrado como la verdadera causa del crimen.

»Es un detalle muy importante, pues demuestra lo que los rusos esperaban de la actual política de Servia.

»Aunque no se consiga probar la complicidad material en el asesinato, mediante pruebas jurídicas (lo que es aún dudoso), no por eso será menos cierto, que la participación moral está ya establecida a los ojos de toda Europa. Repetidas veces se ha leído en la prensa servia la explícita aprobación que les merecía el cobarde atentado, y la satisfacción que su funesto resultado había producido allí; y estas pruebas no serán suficientes para el juez, pero bastan para el político.

»Quienquiera que haya seguido con atención el sedicioso lenguaje de la prensa servia, no se sorprenderá de que las personas educadas en esos principios estén dispuestas a aprovechar la falta de resistencia moral de la juventud para colocar en sus manos armas destinadas al asesinato de un Príncipe.

»Sean las que quieran las pruebas que puedan aducir las investigaciones de la policía sobre el luctuoso hecho que nos ocupa,

las pruebas político-morales de la complicidad de Servia ya están aquí; y esto hace comprender la excitación que reina entre la plebe de Austria-Hungría.

»Verdad es que la prensa servia se esfuerza en demostrar que esa excitación es exagerada y desprovista de fundamento; y no les faltan a los diarios servios el apoyo de colegas europeos que comparten su opinión y que recriminan duramente a la Monarquía por todos los pasos que da en su defensa, aun antes de darlos. Este exceso de celo en la defensa de los asesinos se presta a numerosos comentarios.

»¿Permitiría Inglaterra que otro estado produjera en Egipto o la India los trastornos que fomenta Servia en Bosnia? ¿Podría aceptarse que la visita de un Príncipe británico en dichos territorios se considerara como una provocación por parte de los naturales del país? Pues esta es justamente la obra que los agitadores que están llevando al cabo. Defienden a los criminales diciendo que el Príncipe heredero no debía presentarse en unas fiestas nacionales de Sarajevo. ¿Qué dirían los americanos si como consecuencia del odio que en Méjico existe contra los yanquis, algún mejicano fanático asesinara a su Presidente? Y, sin embargo, la prensa servia se atreve a hablar de un plan premeditado antiservio, concebido en Bosnia, para la destrucción completa de los servios residentes en dicho punto, autorizada por las autoridades austriacas.

»Numerosos periódicos franceses han lle-

gado al extremo de encontrar comprensible la agitación producida por las sociedades servias en territorio austriaco. ¿Sostendría Francia la misma opinión si, como consecuencia de las predicaciones a favor del Islam, algún santón asesinara al gobernador de Argelia? Es decir, que la prensa francesa repite las frases de la de Belgrado achacando el crimen a una inevitable consecuencia del largo sistema de opresión que vienen sufriendo los servios en Bosnia. A pesar de estas afirmaciones, todos los que están bien informados saben que los servios no han tenido nunca motivos de queja en Bosnia. Hasta hace pocos años tuvieron numerosa representación en las Dietas y hoy disfrutaban autonomía de religión y enseñanza. Algunas personas competentes llegaron a preguntarse si la libertad de que disfrutaban los servios no era algo excesiva. Lo cierto es que siempre estaban incitados a la sedición desde Belgrado y que durante largos años han constituido un centro de intranquilidad para toda Europa.

»Continuamente la monarquía austro-húngara ha sufrido disgustos e inquietudes, cuya causa ha sido su pequeño y molesto vecino. Esta situación a la larga se hace insoportable y mucho más para una potencia tan importante como Austria-Hungría. Ella es la única que puede juzgar si le es posible continuar esta situación o no. Austria-Hungría, durante los últimos años, ha dado tales pruebas de su

amor a la paz ante los ojos de toda Europa, que nadie puede pensar que aprovecha gustosa una ocasión de romper las hostilidades con Servia.

»La política internacional de Austria está dirigida por el Emperador Francisco José a quien toda Europa con justicia ha dado el honroso nombre de amigo de la paz. Su primer ministro, Conde de Berchtold, tampoco es ni mucho menos un espíritu belicoso. Estos dos personajes ofrecen por sí mismos bastante garantía de que las decisiones que en vista de las circunstancias, se vea obligada a adoptar la Monarquía, serán maduradas con la mayor calma y reflexión, inspirándose ante todo y sobre todo en el deliberado propósito de preservar la paz.

»Es de la mayor importancia no sólo para la Monarquía, sino para toda Europa, que se llame al orden a Servia recordándole los más elementales deberes de la corrección.

»Para hacer posible a Austria el obtener por medios pacíficos la necesaria reparación, es preciso que ningún pueblo preste ayuda moral a las odiosas pasiones que agitan a Belgrado. Aun el simple hecho de advertir a la Monarquía austro-húngara que no lleve demasiado lejos su indignación por la catástrofe de Sarajevo, debe ser considerado como un medio de alentar a Servia. Además, semejantes advertencias son superfluas: Austria-Hungría como todo el resto de Europa, desea la paz; pero, lo mismo que toda Europa, tam-

poco puede consentir el asesinato de sus Príncipes, ¿y cómo ha de esperarse que Servia desista de sus movimientos sediciosos e incitaciones al asesinato, sin acudir a los remedios extremos?

»En las primeras horas de la mañana del 13 de julio, empezaron a correr rumores de que el embajador de Austria en Belgrado había perecido víctima de las turbas; estos rumores no sólo circularon por Viena, sino también llegaron a Buda-Pest, aumentando la tirantez de ambos países.

»El hecho es que el Barón de Giesl recibía aviso de que se proyectaba algo más que una manifestación contra la embajada, y, en vista de estas noticias, el embajador rogó a la policía servia que tomara las determinaciones necesarias para proteger el edificio.

»No bien llegaron tan malas nuevas a oídos de la colonia austro-húngaro en Belgrado, cuando se apoderó de ella el pánico que es de imaginar. Díjose que los servios querían vengarse de las matanzas efectuadas en Bosnia, sobre todo en Sarajevo, y se repetía con insistencia que aquella misma noche se realizaría un plan de ataque general. Muchas familias huyeron a Semlin, mientras otras buscaron refugio en la legación y consulado.

La noche al parecer transcurrió tranquila; aunque era indudable que entre el pueblo reinaba sorda agitación. Esta aumentó al expresar sus dudas algunos órganos de la prensa acerca de si había sido natural la muerte del ministro residente

ruso que falleció en casa del de Austria. Los mismos periódicos insinuaron, que un documento importantísimo, que encerraba la cartera del difunto, había desaparecido; todos estos rumores estaban desprovistos de fundamento, según afirmó el mismo gobierno serbio.

En el día 15 de julio, recibió el gobierno de Belgrado una enérgica nota en la que se le conminaba categóricamente con que, si no accedía a las justas demandas de Austria, sería inevitable que los hechos sustituyeran a las palabras. En el mismo día un pequeño incidente de orden económico que, sin duda, no se habrá olvidado, vino a complicar aún más la situación.

En los círculos austriacos de Londres ya se sabía que desde la muerte violenta del archiduque y su consorte las relaciones de Austria y Servia no tenían nada de amistosas. Podía muy bien ocurrir que al hacerse las necesarias pesquisas el gobierno austriaco solicitara el permiso de que sus agentes policíacos pudiesen practicarlas también en Servia; pretensión que no dejaría de ser negada, si, como se suponía, había hombres públicos serbios complicados en el asesinato. Lo que inevitablemente traería un aumento de tirantez en las relaciones de ambos Estados, seguido de gravísimas complicaciones.

Se recordó a este propósito que las negociaciones entre Austria y Servia a propósito del ferrocarril oriental, no se habían terminado, pareciendo más bien que el gobierno serbio había rechazado el pro-

yecto franco-austriaco de internar la línea oriental en territorio servio.

El último documento de aquellas negociaciones era la altiva negativa de Austria a la proposición presentada por Servia de que se permitiera arreglar la tarifa del mencionado trozo de línea bajo su jurisdicción. Hemos de advertir que, como Servia no tiene acceso directo al mar dentro de su territorio, Austria puede vengar a su vecina tanto en la parte administrativa como en la militar.

Si ambos gobiernos fracasaran en sus intentos conciliadores, Austria no dejaría de valerse de su derecho y reclamar que terminase la agitación fomentada por Servia, solicitando definitivas garantías.

El día 19 de julio la situación parecía haber llegado a su período crítico.

El proceso de Sarajevo continuaba, pero sin haber llegado aún a la sentencia.

El mundo diplomático parecía no sospechar la gravedad del caso, como lo demuestra la adjunta carta escrita por Sir Grey al embajador de Inglaterra en Berlín Sir Goschen, y cuyo contenido es el siguiente (1):

«Ministerio de Negocios Extranjeros, 20 de julio 1914.

Señor embajador.

Con fecha de hoy he preguntado al embajador alemán si tiene noticias de Viena

(1) Esta carta y todas las demás cartas oficiales están tomadas del diario oficial, sección de correspondencia sobre la Crisis Europea.

sobre lo que ocurre respecto a Servia. Respondió negativamente añadiendo que consideraba difícil la situación.

Le dije que en los últimos días no había oído nada, y que mis últimas noticias sobre este asunto eran que el Conde Berchtold, hablando con el embajador de Italia, había convenido en que la situación era grave, pero que esperaba poderla arreglar satisfactoriamente.

El representante alemán insinuó la gran conveniencia de que Rusia accediese a obrar como intermediaria entre las dos potencias.

Yo le dije que, a mi juicio, Austria no tomaría ninguna determinación extrema hasta después de haber hecho públicos sus agravios, en vista de la luz que sobre ellos arrojaron las actuaciones del proceso.

El embajador no ocultó que abrigaba el mismo convencimiento.

Añadí que esto facilitaría la labor de otros, es decir, que el embajador de Rusia, por ejemplo, tendría más probabilidades de éxito en Belgrado al aconsejar la moderación. Resumiendo: Cuanta más moderación demuestre Austria al hacer su demanda, y más sólidas sean las bases en que la funde, demostrando que tiene derecho a hacerlo, tanto más probabilidades habrá de poder llegar a un acuerdo. Detesto la idea de una guerra entre las grandes potencias; y la posibilidad de que alguna de ellas se vea arrastrada por Servia, me es particularmente penosa.

El embajador alemán se mostró entera-

mente conforme con estas ideas. Quedo vuestro afmo., etc.

E. Grey».

El 22 de julio se recibió la siguiente contestación de Sir E. Goschen:

«Berlín, 22 de julio 1914.

Anoche tuve ocasión de ver al ministro de negocios extranjeros y en el curso de nuestra conversación tocamos la cuestión de Austria. S. E. manifestó su opinión de que el paso que daba ahora Austria debía haberlo dado antes. Repitió con insistencia que el arreglo de esta cuestión pertenecía a Austria y Servia solas, y que ningún Estado debería entrometerse en ellas. No juzgó conveniente que el gobierno alemán apoyara oficialmente las pretensiones del austro-húngaro. Sin embargo, en sus conversaciones con el ministro servio le ha manifestado con énfasis la absoluta necesidad de que las relaciones austro-servias continúen siendo lo que deben ser.

Por último S. E. me hizo observar que la actitud, desde largo tiempo adoptada por Austria hacia Servia, era notable por lo conciliadora».

El día 23 escribió Sir Eduardo Grey a Sir Bunsen, embajador británico en Viena, diciéndole que esperaba recibir al día siguiente una copia de la comunicación que, según sus noticias, Austria iba a presentar a Servia aquel mismo día. En el transcurso de la carta dice el ministro que se abstiene de comentar dicha comunicación puesto que aún no la conoce, pero que en prin-

cipio no aprueba el que se limite el tiempo para contestar, pues opinaba y así lo había manifestado al Conde Mensdorff, embajador de Austria en Londres, que «el imponer plazo para la respuesta, es un medio que sólo se emplea cuando han fallado todos los demás». Proseguía la carta:

«El embajador austriaco dijo que si Servia, en el tiempo transcurrido desde el asesinato, hubiese entablado una acción judicial en su territorio y por su propia cuenta se habría evitado todo esto.

»En 1909 Servia dijo en una nota, que sus deseos eran vivir con Austria en relaciones de buena amistad, pero nunca lo había hecho así; antes al contrario constantemente había instigado a una rebelión que tenía por fin el desmembramiento de Austria y hora era de que ésta pensase en defenderse.

»He dicho que no quiero comentar la respuesta dada por el Conde Mensdorff esta tarde a mis observaciones; pero no puedo separar de mi mente la idea de que se acercan terribles acontecimientos. También se me han manifestado temores, no sólo por parte de Mr. Cambon y del conde de Benkendorff, sino de otros varios; y todos están acordes en que sería muy conveniente que los que tengan influencia en San Petersburgo la empleen recomendando calma y moderación.

»Yo repliqué que la eficacia de la influencia estaría en relación directa con las razones en que Austria fundara sus demandas y la justicia que la asistiera para

presentarlas. Las consecuencias posibles de la situación presente, son espantosas.

»Si se suscitara una guerra en que tomaran parte cuatro de nuestras potencias de primer orden (Austria, Alemania, Francia y Rusia), a mi juicio, serían incalculables las pérdidas que acarrearía y Europa entera sufriría un rudo golpe en su industria y su crédito. Para los estados industriales de hoy esto significaría un retroceso a los peores días de 1848 y fuere quien fuere el vencedor, muchas cosas desaparecerían para siempre.

»El conde Mensdorff no negó mis vaticinios, pero dijo que, por el momento, todo dependía de Rusia.

»Me permití hacer la advertencia de que en tiempos tan difíciles como los presentes, podía decirse con verdad que se necesitaban dos para conservar la paz, ya que hasta ahora, siempre se ha dicho que «dos no riñen si uno no quiere», y manifesté a continuación mi esperanza de que si se presentaban obstáculos, Austria y Rusia podrían discutirlos directamente una con otra.

»El conde respondió que él lo deseaba más que nadie, pero que tenía la impresión de que la actitud de Rusia, últimamente, no era tan favorable».

El parlamento húngaro de Buda-Pest, experimentó cierta sorpresa, cuando en la sesión del día 22 el primer ministro conde de Tisza, se negó a dar ninguna explicación referente a los asuntos pendientes entre Austria y Servia. Esta actitud del

primer ministro dió lugar a apasionadísimos comentarios.

El mismo día publicó la *Lokalanzeiger* de Berlín un suelto semioficial en que se daba cuenta de que: «los gobiernos de Italia y Alemania habían sido informadas confidencialmente del contenido de la nota de Austria a Servia, y que semejante paso había sido implícitamente apoyado por el gobierno alemán».

Otros órganos de la prensa se empezaron a ocupar del asunto y a hacer reflexiones sobre su creciente gravedad.

Decía el conde Reventlow desde las columnas del diario conservador *Deutsche Tageszeitung*: «Va pareciendo como si únicamente la guerra nos pudiera procurar una situación definitiva y aceptable. Celebraba la enérgica actitud en que se había colocado Austria y expresaba sus ardientes deseos de que el Imperio Germánico regulara su conducta, no por las eternas exigencias de los políticos ingleses, sino ajustándolas a las conveniencias de su porvenir y al de la Triple Alianza».

El diario liberal *Deutsche Courier* expresaba una opinión semejante, añadiendo que hasta los menos avisados podrían comprender el peligro inminente de que estallara una guerra mundial, puesto que la atmósfera política estaba tan cargada de electricidad que sólo esperaba una chispa para inflamarse.

La cuestión proseguía su camino y las declaraciones hechas en el Senado fran-

cés por Mr. Humbert (1) y la crisis interna que sufría Inglaterra, hicieron creer a Austria que era el momento más favorable para arreglar de un modo definitivo sus diferencias con los servios.

Los que dieron tales consejos seguramente no pensaron en las terribles consecuencias que había de producir la resuelta actitud de Austria. También se equivocaron al juzgar hasta dónde les seguiría Italia.

(1) Este Senador en un discurso de la Cámara dijo, que la nación no estaba preparada para la guerra a causa de deficiencias en el Ejército y falta de municiones.

CAPITULO II

La Nota austríaca.— Alemania ayuda a Austria.— Correspondencia entre Sir Eduardo Grey y Sir Mauricio Bunsen.

A pesar de que con todo lo expuesto hay suficiente para que se pueda apreciar la extrema gravedad porque atravesaba Europa, diremos que el golpe final cogió desprevenida a Inglaterra a causa de sus circunstancias especiales.

Las conferencias sobre la ley *Amending* acababan de fracasar; en Dublín se presagiaban serios disturbios populares, y en cuanto a la parte financiera continuaba vivamente la discusión de los presupuestos.

El 24 de julio hízose público en Londres que Austria había presentado a Servia lo que virtualmente podía llamarse un *ultimátum*. El documento fué entregado a Sir Grey por el embajador de Austria-Hungría y estaba escrito en francés. La traducción que sigue es copia exacta de la oficial, hecha en el ministerio de nego-

cios extranjeros y tal como aparece en el Libro Blanco:

«El gobierno austro-húngaro se ve obligado a dirigir (el 23 de julio) la siguiente nota al gobierno servio por conducto de su ministro residente en Belgrado:

El día 31 de marzo de 1909 el ministro de Servia residente en Viena hizo la siguiente declaración al Gobierno Real e Imperial:

«Servia reconoce que el *hecho consumado* respecto a Bosnia, no afecta a sus derechos y, por consiguiente, se aceptará con la decisión que abracen las demás potencias en conformidad con el artículo 25 del tratado en Berlín.

Deferente con los consejos de las grandes potencias, Servia renuncia desde ahora en adelante a la actitud de protesta y oposición que ha manifestado desde que en otoño último se realizó la anexión. Se compromete además a variar el giro de su política respecto a Austria-Hungría a fin de vivir con esta potencia en lo futuro en buenas relaciones de amistad».

La historia de recientes acontecimientos y, sobre todo, la catástrofe del 28 de junio último, demuestran la existencia de un movimiento subversivo que se propone arrancar de la Monarquía algunos territorios austro-húngaros.

Este movimiento que ha nacido a la vista del propio gobierno servio, se ha manifestado en ambos lados de la frontera en la forma de actos de terrorismo y de una serie de ultrajes y asesinatos.

No solamente el gobierno servio no ha cumplido los compromisos contraídos por la nota del 31 de marzo de 1909, sino que tampoco ha hecho diligencia alguna para reprimir estos hechos vandálicos. Al contrario, ha permitido las intrigas y maquinaciones de varias sociedades francamente enemigas de la Monarquía, y ha dejado pasar sin correctivo el incalificable lenguaje usado por la prensa en la que se ha glorificado a los autores de esos crímenes, así como la participación que en ellos han tenido oficiales y altos funcionarios.

Se ha tolerado en público una propaganda disolvente: en una palabra, hánse consentido todas las manifestaciones capaces de despertar en el pueblo servio el odio a la Monarquía Austriaca y el descrédito de sus instituciones.

Esta culpable tolerancia del gobierno servio no ha cesado, ni siquiera cuando los funestos acontecimientos del 28 de junio han demostrado a los ojos de todo el mundo las deplorables consecuencias de semejante norma de conducta. Resulta de las declaraciones prestadas por ambos asesinos en el proceso que siguió al atentado de Sarajevo, que éste se fraguó en la capital de Servia; que las armas y municiones de que se sirvieron para perpetrarlo, les fueron entregados por oficiales servios y altos funcionarios, miembros todos de la *Narodna Odbrana*; y, por último, que la entrada en Bosnia de los malhechores y sus armas se llevó a cabo por la media-

ción de los jefes de servicio de la frontera servia.

Los resultados del proceso, que dejamos apuntados, no permiten al gabinete austro-húngaro permanecer por un momento más en la actitud de expectación condescendiente, que viene manteniendo frente a las maquinaciones de Belgrado y su subversiva propaganda en territorios de la Monarquía. Estos resultados, al contrario, la imponen la obligación de poner término inmediato a las intrigas que son una perpetua amenaza para su Monarquía.

A fin de lograr estos fines, el Gobierno Real e Imperial se ve compelido a pedir del Real Gobierno de Servia una formal garantía en demostración de que condena esta peligrosa propaganda contra las instituciones. En otras palabras, que se comprometa a poner cuantos medios estén a su alcance para terminar con dicha propaganda terrorista.

Para dar mayor carácter de formalidad al compromiso del Real Gobierno Servio, éste publicará en la primera página de su *Diario Oficial* con fecha 26 de junio la siguiente declaración:

«El Real Gobierno Servio condena la propaganda directa contra Austria-Hungría, cuyo fin es separar de la Monarquía territorios que le pertenecen y sinceramente deplora las fatales consecuencias de procedimientos tan criminales.

El Real Gobierno deplora que oficiales servios y funcionarios públicos hayan tenido parte en dicha propaganda, poniendo

así en peligro las buenas relaciones de vecindad que el Real Gobierno se había comprometido solemnemente a sostener por sus declaraciones de 31 de marzo de 1909.

El Real Gobierno que desapruueba y rechaza toda idea de intervenir ni pretender intervenir en ningún territorio perteneciente a Austria-Hungría, se cree en el deber de advertir formalmente a sus oficiales, funcionarios públicos y a toda la población del reino, que de aquí en adelante procederá con todo rigor contra la persona que se haga culpable de semejantes maquinaciones, procurando además prevenirlas por todos los medios de que disponga».

Esta declaración se comunicará al Real Ejército como orden del día y se publicará en la primera cara del *Boletín Oficial del Ejército*.

Además, el Real Gobierno Servio se compromete:

1.º A suprimir cualquier órgano de la prensa que incite al odio o al desprecio de Austria-Hungría, o que manifieste alguna tendencia contra su integridad territorial.

2.º A disolver inmediatamente la Sociedad llamada *Narodna Odbrana*, confiscar todos sus medios de propaganda y proceder del mismo modo con todas las sociedades de análogas significaciones contrarias a Austria-Hungría. El Real Gobierno tomará las medidas necesarias, a fin de que las Sociedades disueltas no vuelvan a continuar sus tareas con otro nombre.

3.º A eliminar sin pérdida de tiempo, de la instrucción pública servia, tanto en la enseñanza física como en los medios educativos, todo lo que pueda tener alguna aplicación para fomentar la propaganda contra Austria-Hungría.

4.º A separar del servicio militar o de la administración pública a cuantos oficiales o funcionarios se hayan hecho culpables de la propaganda contra la Monarquía Austro-húngara y cuyos nombres y hechos se reserva el Gobierno Austro-húngaro el derecho de comunicar al Real Gobierno Servio.

5.º A aceptar la colaboración de funcionarios escogidos por el Gobierno Austro-húngaro para la supresión del movimiento subversivo, dirigido contra la integridad territorial de la Monarquía.

6.º A emplear procedimientos judiciales contra los cómplices del atentado que residen en Servia. Los delegados del Gobierno Austro-húngaro intervendrán en las investigaciones que se practiquen con dicho fin.

7.º A proceder sin dilación al arresto del Mayor Voiija Tankositch y al del individuo llamado Milán Ciganovitch, empleado del Gobierno, que han resultado complicados según lo que se deduce de las investigaciones judiciales de Sarajevo.

8.º A prevenir por medio de determinaciones eficaces la cooperación de las autoridades servias en el ilícito tráfico de armas y municiones a través de la frontera y castigar severamente a los funcio-

narios que estaban de servicio entre Schatz y Loznica culpados de haber prestado ayuda a los criminales de Sarajevo, facilitándoles el paso a través de la frontera.

9.º A presentar sus disculpas al Gobierno Real e Imperial respecto al injustificable lenguaje de varios elevados jefes militares serbios, que tanto en Servia como en el extranjero y a pesar de su carácter oficial, no han vacilado en usar después de cometido el crimen de 28 de junio, expresándose en términos agresivos e insultantes contra el Gobierno Austro-húngaro, y finalmente:

10 A notificar al Gobierno Real e Imperial sin dilación el cumplimiento exacto de todo lo expuesto en los artículos anteriores.

El Gobierno Austro-húngaro espera la respuesta del Gobierno Real de Servia hasta el sábado 25 de julio a las 6 de la tarde, último término del plazo concedido.

Adjunta a esta nota va una memoria con el resultado del proceso de Sarajevo, respecto a los oficiales y funcionarios complicados en él.

Cábeme la honra de rogar a V. E. que ponga esta nota en conocimiento del gobierno cerca del que está acreditado, acompañando la comunicación con las siguientes observaciones».

El día 31 de mayo de 1909 el Real Gobierno Servio dirigió al de Austria-Hungría la declaración que anteriormente hemos reproducido.

Al día siguiente de la mencionada declaración, la política de Servia tomó un rumbo notablemente revolucionario inculcando en los servios que habitaban en la Monarquía Austro-húngara, ideas encaminadas a lograr la separación de los territorios austriacos fronterizos a Servia.

Servia llegó a ser el centro de una agitación criminal.

No se perdió ni un instante en formar sociedades cuya aspiración pública o secreta era la creación de dificultades en el territorio austro-húngaro.

Estas sociedades o grupos, cuentan, entre sus miembros, a generales y diplomáticos, altos funcionarios y magistrados, en una palabra, a los hombres que ocupan los más altos puestos del mundo oficial.

La prensa servia es, casi en su totalidad, defensora de esa propaganda que va dirigida contra Austria-Hungría y no pasa día sin que sus órganos publiquen cuantas excitaciones puedan contribuir a fomentar el odio o el desprecio de la Monarquía vecina, o los ultrajes que más o menos abiertamente ataquen a su seguridad o integridad.

Nos consta que numerosos agentes están empleados en aumentar por todos los medios posibles la agitación contra Austria y corromper la juventud de las provincias fronterizas.

Desde la reciente crisis balcánica ha habido un recrudecimiento del espíritu de conspiración que constituye uno de los distintivos de los ministros servios y que tan

sangrientas huellas han dejado en la historia de su país. Individuos que pertenecieron a los bandos que operaban en Macedonia, acudieron presurosos a ofrecerse al comité terrorista de propaganda contra Austria-Hungría.

En vista de estos actos que desde hace años viene sufriendo Austria-Hungría, el gobierno servio no ha creído de su incumbencia dar el menor paso para impedirlo, faltando así al deber que él mismo se había impuesto en su declaración del 31 de mayo de 1909, y obrando en contra de los intereses de Europa y del compromiso contraído con Austria-Hungría.

La paciencia demostrada por el Gobierno Real e Imperial frente a la provocativa actitud de Servia, estaba inspirada en el desinterés territorial de la Monarquía Austro-húngara, y en la esperanza de que al fin el gobierno servio acabaría por apreciar la amistad de Austria-Hungría en su verdadero valor. Observando una actitud benévola hacia los intereses de Servia, el Gobierno Real e Imperial creyó que dicha nación acabaría por imitar su conducta.

Sobre todo Austria-Hungría esperó que se produjera una reacción en sentido favorable después de los sucesos de 1912 en que, gracias a la actitud desinteresada del gobierno austro-húngaro, pudo Servia lograr un engrandecimiento considerable.

La benevolencia que Austria-Hungría demostró a la nación vecina, no fué óbice para que ésta continuara tolerando en su territorio la propaganda, cuyas fatales con-

secuencias quedaron demostradas ante el mundo el día 28 de junio, fecha en que el presunto heredero de la Monarquía y su ilustre esposa cayeron víctimas del complot maquinado en la capital de Servia.

En vista de tal estado de cosas, el Gobierno Real e Imperial se ha visto obligado a dar nuevos y decisivos pasos en Belgrado, a fin de inducir al gobierno serbio a que ponga término al movimiento incendiario, que constantemente amenaza la seguridad e integridad de la Monarquía Austro-húngara.

El Gobierno Real e Imperial tiene el pleno convencimiento de que, al tomar esta determinación, tendrá de su parte la opinión favorable de toda la Europa civilizada, la cual no querrá permitir que el regicidio se convierta en arma de combate, pronta a ser empleada impunemente en materias políticas, ni tolerar que todas las naciones estén constantemente amenazadas por los movimientos sediciosos de Belgrado.

Para comprobar lo arriba escrito, el Gobierno Real e Imperial pone a disposición del Gobierno Británico un expediente explicativo de las intrigas de Servia en conexión con el asesinato del 28 de junio.

Una comunicación idéntica se ha expedido a todos los representantes del Gobierno Real e Imperial, acreditados en potencias extranjeras.

Se autoriza a V. E. para poner una copia del presente documento en manos del ministro de Negocios Extranjeros.

Viena, 24 julio 1914.

COPIA

De la causa criminal incoada por el tribunal de Sarajevo contra Gavriilo Princip y sus cómplices por delito de asesinato, cometido el 28 de junio último, se desprenden las siguientes conclusiones:

1.º El complot que tenía por objeto asesinar al archiduque Francisco Fernando, durante su visita a Sarajevo, se formó en Belgrado entre Gavriilo Princip, Nedeljko Cabrinovic, Milán Ciganovic y Trifko Grabez, con ayuda del Mayor Voiija Tankosic.

2.º Las seis bombas y las cuatro pistolas Browning con que los culpables perpetraron el crimen fueron entregadas a éstos por el llamado Milán Cinagovic y el Mayor Voiija Tankosic en Belgrado.

3.º Las bombas eran granadas de mano procedentes del depósito de armas servio en Kragujevac.

4.º Con el fin de asegurar el éxito del atentado Ciganovic enseñó a Princip, Cabrinovic y Grabez el manejo de las bombas, así como también les dió lecciones de tiro en un bosque cerca del campo de tiro de Topschider.

5.º Princip, Cabrinovic y Grabez, para poder cruzar la frontera con su contrabando de armas, emplearon un sistema de transporte organizado por Ciganovic.

6.º Por este medio penetraron los criminales y su armamento en Bosnia por la

frontera de Chabac (Popovic) y Loznica con la ayuda de los funcionarios de aduanas Rudivoj Grbic y otros.

Al recibir esta nota Sir Eduard Grey conferenció sobre ella con el conde Mensdorff, y poco después envió el siguiente telegrama a Sir Mauricio Bunsen:

«Ministerio de Negocios Extranjeros, 24 de julio 1914.

Me ha sido entregada por el conde Mensdorff la nota dirigida a Servia y una detallada información de las causas que la han motivado.

En la conversación que tuve con S. E. hice presente a éste mi sentimiento por la circunstancia de señalarse un plazo tan breve para resolver las dificultades, dado el extremo a que han llegado las cosas.

La desgracia del heredero del trono, así como varias de las circunstancias que expone la nota despiertan la simpatía hacia Austria, pero debo añadir que nunca he visto que un Estado dirija a otro independiente un documento tan formidable como el de que se trata. La demanda número 5 parece casi incompatible con la independencia de Servia, si es que pretende, como parece, que Austria-Hungría esté investida de derecho para que sus funcionarios tengan autoridad dentro de las fronteras de Servia.

Añadí que sentía grandes temores y que meditaría el asunto, considerándolo única y exclusivamente en sus relaciones con la paz europea.

Las razones de la disputa entre Austria y Servia no son de la incumbencia del Gobierno de S. M. Británica; y los comentarios que hubieran podido inspirarme no tenían por objeto discutir esas razones.

Concluí diciendo que debíamos ante todo cambiar impresiones con otras potencias, y que en vista de los distintos pareceres juzgaría cuál había de ser lo más conveniente para suavizar las asperezas de la situación.

El conde Mensdorff, dijo que las presentes circunstancias no habrían llegado, si Servia, a raíz del asesinato del archiduque, hubiese tendido la mano lealmente, pero esta nación se abstuvo de dar la menor prueba de simpatía o ayuda, y esto hacía necesario, según añadió S. E., la limitación del tiempo en vista de la obstinación de Servia.

Observé yo que, si continuaba la obstinación, más tarde se hubiese podido pedir la respuesta con tiempo limitado; pero en el estado en que se hallan las cosas, la respuesta de Servia la ha dictado Austria misma, al exigirla a las 48 horas de presentada la demanda».

El 25 de julio, el *Daily Telegraph*, después de reproducir la violenta nota austriaca, daba el primero la voz de alarma, insinuando que quizás ocurriría una conflagración europea si la respuesta de Servia no era satisfactoria.

El sábado, a la una de la tarde, por medio de una conferencia telefónica, un

corresponsal de París dió la siguiente alarmante noticia:

El embajador alemán Barón von Schön, visitó ayer tarde al ministro de Negocios Extranjeros y le participó una nota de su Gobierno.

En la nota se expresa la completa satisfacción con que su Gobierno ha visto los términos en que está redactada la nota de Austria y manifiesta sus deseos de que, mientras sea posible, se localice el conflicto entre las dos. En caso de que Francia se sintiese inclinada a mantener distinto criterio, Alemania hace saber que podrían surgir graves complicaciones entre la *Tríplice* y la *Triple Entente*. Creemos que Alemania ha debido dar un paso semejante cerca de Rusia por conducto de su embajador en San Petersburgo.

La autenticidad de esta información (que la conducta posterior de Alemania se encargó de comprobar) no fué puesta en duda, y aún se llegó a decir que el corresponsal había dulcificado algo los términos en que dicha potencia se había expresado.

En el mismo día se recibieron tres telegramas, expedidos desde Viena por el Dr. J. Dillon, y un despacho de San Petersburgo, en el que se daban a entender las miras del gobierno ruso. Decía el doctor Dillon:

«Acabo de recibir por teléfono desde Buda-Pest, noticias de origen particular y poco tranquilizadoras. Contra el optimismo que domina en Viena, hasta en los

círculos financieros, aquí las personas mejor informadas esperan con notorio pesimismo la respuesta de Servia y sus consecuencias.

Consideran la guerra inevitable, porque tienen la completa seguridad de que Servia se negará a satisfacer las demandas de Austria. Las hostilidades, según creen todos empezarán el sábado por la noche y uno o dos días después producirán resultados notables, cuando no decisivos. Esta creencia va siendo admitida por todos».

El corresponsal del *Telegraph* en Rusia, comunicaba:

«El *ultimátum* de Austria ha caído como una bomba en Rusia, sobre todo por lo improcedente y el tono en que está redactada. Según mis noticias, ha causado verdadera consternación en los centros oficiales, en los que se esperaba una solución satisfactoria. Personas muy serias hablan ya de una posible movilización como consecuencia inmediata.

En vista de la gravedad de las circunstancias hoy se reunirá el Consejo de Ministros, para tratar de la situación, considerándola a la luz de las complicaciones internacionales que podrá acarrear, y en lo referente a las determinaciones que Rusia deberá tomar.

Esperamos algunos amargos comentarios de la prensa rusa, a no ser que lo impida la huelga que venimos sufriendo y que nos tiene casi sin periódicos».

Telegrafando desde Viena, dice el doctor Dillon:

«¿Vendrá la paz o la guerra? Y si ésta llega a ser inevitable, ¿quedará localizada o se extenderá a toda Europa? Estas son preguntas que están hoy en todos los labios. Mi convicción personal es que se podía evitar la guerra; pero, habiendo hecho un viaje reciente desde el extremo meridional de la Monarquía hasta Viena, y conversado con representantes de todas las clases sociales por el camino, estoy en condiciones de poder afirmar que todo el mundo desea con ansia que la amenazadora tormenta estalle de una vez. Y no es que los sentimientos nacionales hayan tomado repentinamente un giro belicoso, sino que todos los ciudadanos están rendidos y aquejados de estas crisis periódicas que alteran la vida pública y privada, paralizan el comercio y la industria, causan enormes pérdidas a las clases más pudientes, y ocasionan innumerables trastornos.

Lo mismo sucede en el movimiento bursátil que ha permanecido bastante tranquilo después de la publicación de la nota austriaca al gobierno serbio.

Es una gran equivocación suponer, como lo hacen muchos, que la guerra entre los dos Estados tendrá por base el nefando crimen que ha privado a la Monarquía de los Habsburgos de su príncipe heredero y de su esposa.

Este hecho criminal no es más que la ocasión; pero la verdadera causa tiene raíces más hondas. Atando los cabos sueltos que dejan los diplomáticos, saco en consecuencia que las diferencias existen-

tes entre Servia y Austria-Hungría, son los primeros chispazos de la gigantesca lucha que envolverá a toda la Europa, poniendo frente a frente a eslavos y teutones, o, en otras palabras, a las elementos conservador y revolucionario del mundo, es decir, a los Estados que se contentan con lo que tienen y sólo desean consolidar sus dominios y a los que ambicionan apropiarse las posesiones de sus vecinos.

El año último, cuando Servia firmó su ventajoso tratado de paz, anuncié con la seguridad que me daba el conocimiento del asunto, que Servia no podría ya vivir con Austria en relaciones de amigable vecindad y corrección diplomática, quedando ambos países separados por un irreconciliable antagonismo.

El trato mutuo de los dos Estados tenía que ser francamente cordial, o enteramente hostil. Añadí que lo último era lo que, a mi juicio, tenía probabilidades de prevalecer como se demostraría cuando llegara la ocasión.

Este anuncio mío fué muy discutido y hombres de Estado de la *Tríplice* dijeron que mi apreciación no era exacta a la realidad, pues de serlo envolvería una especie de amenaza, que estaba muy lejos de expresar la opinión del gabinete austro-húngaro. Hoy, sin embargo, pueden convencerse de que los hechos han confirmado mi previsión.

La nota presentada por el gabinete austro-húngaro al gobierno servio no es más que la demanda formal e imperativa de

esas garantías que ya hace tiempo debiera haber exigido, y que siempre han estado presentes en la mente de los ministros del emperador.

Considerado en su doble aspecto político y militar, el momento actual se considera favorable; y fácil será convencerse de ello con sólo examinar someramente la situación interna de los Estados que forman la *Entente*. He discutido prolijamente la cuestión con esos hombres de Estado cuyas palabras quedan grabadas en la Historia, y he aquí lo que de tan autorizados labios he aprendido referente al caso austro-servio.

El Gobierno de la monarquía austro-húngara, no espera que países no unidos a ella por vínculos de alianzas o íntima amistad hagan suya su causa, pero tiene naturales deseos de que pongan su atención en las razones que la asisten, y de que todos (y muy especialmente Inglaterra) aporten al caso la alteza de miras y espíritu imparcial que las distingue.

El fondo del asunto es este: que Servia, en lugar de dedicarse, como hacen otros países, a consolidar su organización interior y normal desarrollo, emplea sus energías en fines incompatibles con la tranquilidad de la Monarquía de los Habsburgo, y con la conservación y pacífico desenvolvimiento de la marina. Y que estos deseos sediciosos los manifiestan públicamente todos los partidos políticos y todas las clases de la sociedad. La prensa servia es el instrumento paladino de una pro-

paganda cuyo principal fin es la desmembración de Austria-Hungría.

Oficiales del ejército proclaman en Belgrado y otras ciudades, que la próxima adquisición territorial de Servia será la Bosnia, pero que no estará tranquila mientras no haya reunido bajo su cetro todos los territorios eslavos de la Monarquía austro-húngara.

No hace muchos días que el arzobispo de Uskub, dijo en público que muy próximamente la Bosnia volvería a incorporarse a Servia. Hasta se atribuye al primer ministro la frase de que el asesinato del archiduque retrasaría el arreglo definitivo de la cuestión de Oriente; que quizás se necesitaran años para desvanecer sus efectos; pero que el porvenir era de Servia.

Estos principios agresivos y la afirmación de que Austria estaba destinada a un reparto, esparcidos tanto en el propio Estado como en el extranjero, han contribuido a sembrar disensiones entre Austria-Hungría y los Estados europeos a pesar de los esfuerzos de Austria por conservar buenas relaciones con todos.

Así se comprende que un influyente diario parisién, al enumerar los puntos que probablemente se tratarían en la visita de Mr. Poincaré a Rusia, entre éste y su ilustre anfitrión, cite la división y reparto de Austria-Hungría, cuya Monarquía agoniza. Desde Berlín se lamentan de que el profesor ruso Mitrofanoff haya dicho, desde las columnas de la revista *Preussische Jahr-*

buecher, que es necesario reconquistar en Eslavonia, Rumanía y Turquía las tierras subrepticamente ganadas por Alemania a los rusos.

En una palabra, la inminente disolución de la Monarquía austro-húngara ha llegado a convertirse en dogma político, aceptado teóricamente por algunas potencias y considerada por otras como centro en torno del que debían girar sus intereses interiores e internacionales.

Este es el caso de Servia, cuyas sociedades y asociaciones públicas y secretas no sólo tenían por único fin aprovechar la primera oportunidad, sino que aspiraban a crearla artificialmente. Estas sociedades cuentan en su seno oficiales del ejército, jóvenes diplomáticos y altos funcionarios que trabajan de consuno para la realización de sus reprobables proyectos, sin que las autoridades les pongan el menor obstáculo, no obstante haber prometido oficialmente vivir como buenas vecinas con la doble Monarquía.

Esta agresiva agitación con sus numerosas ramificaciones ha sido la principal causa de la desafección difundida entre los servios residentes en Bosnia, haciendo allí imposible el buen gobierno y hasta la vida normal. Aun exponiéndose a las más graves contingencias el gobierno austro-húngaro no podía tolerar por más tiempo una situación artificiosamente creada, e imposible de soportar por sus propios súbditos. Aquí está la verdadera clave de la situación.

La propaganda servia paraliza o intenta paralizar los resortes administrativos de la Monarquía austro-húngara, la cual, agotada la paciencia, al fin tiene que resolverse a poner término a la agitación por medios pacíficos si es posible, y cuando no, por medio de la fuerza militar. No se trata de salvar prestigios; es una cuestión de vida o muerte para la mencionada Monarquía y como tal debe de ser tratada. En consecuencia están preparados para recibir la respuesta de Servia, sea la que quiera.

El asesinato del heredero de la Corona, es uno de los frutos de esta labor subversiva. Pero no hay ningún hombre de Estado en el Imperio que haga responsable de tal crimen al gobierno del Rey Pedro; al contrario, todos están de acuerdo en que el gabinete servio rechazó con horror el crimen y en que no hubiera vacilado en castigar a los criminales y sus cómplices con todo el rigor de la ley, si el sangriento caso fuera el único motivo de discordia.

Repetimos que la verdadera causa es otra. También reconocemos de buen grado que nadie puede reprochar a los hombres de Estado servios el combinar grandiosos planes de conquista en beneficio de su país; es un deber de patriotismo. Pero si lo que hacen con tal propósito altera la tranquilidad y hace imposible la existencia normal en Austria-Hungría, esta potencia está igualmente justificada al tomar cuantas me-

didias crea conducentes al exterminio de la sediciosa agitación organizada en contra suya.

Expresándonos en lenguaje vulgar, las diferencias entre ambas naciones son, como dicen los alemanes, pura cuestión de poder. Servia hace esfuerzos porque llegue el reparto de la doble monarquía, y la doble monarquía está resuelta a suprimir estos esfuerzos, sea del modo que quiera. Si Servia se resiste a aceptar las duras condiciones que le impone Austria, ésta empleara la fuerza para conseguirlo.

Sólo así y no mirando el asunto como una mera disputa judicial es como puede comprenderse la nota presentada al gobierno servio por Austria-Hungría. Conforme escribí ya el año pasado, los ministros del emperador hicieron cuanto estuvo en sus manos para llegar a un arreglo definitivo con Servia, compatible con la tranquilidad en ambas naciones. Servia no escaseó las promesas y los signos exteriores de aquiescencia, pero sin modificar sustancialmente su política en lo más mínimo. De ahí el haberle impuesto condiciones, tan humillantes para su orgullo nacional.

No se concede tiempo; no se permite discusión.

Añádese que a pesar de cuanto ha sucedido, Austria-Hungría sigue deseosa de vivir amistosamente con el pueblo servio, sin alimentar los menores deseos de engrandecimiento territorial a su costa. Con toda franqueza puso oportunamente en co-

ngimiento del gobierno servio la anexión de las dos nuevas provincias. Y contra lo que suponían los estadistas de la Triple Alianza, no quiso avanzar hasta Salónica, porque está satisfecha con lo que posee y sólo aspira a poder dedicarse con libertad a la reorganización política y social de Bosnia y Herzegovina».

En un informe separado dice el doctor Dillon:

«El gobierno central de Viena no hace ostentaciones inútiles, pero está preparado para todas las eventualidades. El conde Berchtold, acompañado del conde de Hoyos, sale esta noche para Ischl, en donde aguardará la respuesta decisiva de Servia para poder comunicársela inmediatamente al emperador y recibir sus órdenes.

El primer ministro servio volvió hoy a Belgrado, celebrando en el acto consejo de ministros; pero es lo más probable que la decisión final no se tome hasta esta noche o mañana temprano.

Mientras tanto, los aliados de Austria tomarán sus posiciones, decididos a sostener a la última en sus pretensiones, pero haciendo todos los esfuerzos de que son capaces para localizar el conflicto eventual. Se presume que la Gran Bretaña permanecerá alejada y que Francia empleará su influencia para evitar la colisión, antes que para localizarla.

En cuanto a Rusia las opiniones andan muy divididas, pero en lo que todos están conformes es en que si esta crisis se hubiese retardado un par de años, no ha-

bría vacilado en prestar todo su apoyo a Servia.

Expongo todas estas opiniones, pero me reservo la mía. Sin embargo, si me viese obligado a decir lo que pienso de las presentes circunstancias, concretaría mi dictamen afirmando que considero que por primera vez van a chocar los dos colosos que luchan por el dominio de Europa; el eslavo y el teutón».

El inesperado desarrollo de la crisis cogió de improviso a los estadistas franceses. Las dos primeras figuras de la Francia oficial contemporánea no se hallaban siquiera en su país. Pocos días antes, el Presidente de la República Mr. Poincaré había emprendido un viaje a Rusia, y se ocupaba en revistar 60,000 rusos el mismo día en que Austria envió su nota a Belgrado. En su visita al Zar le acompañaba el presidente de su consejo de ministros, Mr. Viviani, pero las dificultades que repentinamente se suscitaron en la Europa Central pusieron término a las fiestas; y ambos personajes regresaron sin pérdida de tiempo y por mar.

El 24 de julio el ministro de negocios extranjeros de Rusia Mr. Sazonoff, telefoneó al embajador de Inglaterra, rogándole que pasara por el Ministerio.

Tan pronto como el embajador, Sir G. Buchanan, se presentó, el ministro le comunicó el texto de la nota austriaca, diciendo al mismo tiempo que la conducta de Austria «era no sólo provocativa sino inmoral, y que no se hubiese atrevido a

dar un paso semejante sin haber consultado antes con Alemania». Añadió que Francia cumpliría seguramente sus compromisos con Rusia si llegaba el caso, y que esperaba del gobierno de la Gran Bretaña la demostración de su solidaridad con ambas naciones. Cuando el embajador inglés manifestó que su nación no tenía ningún interés directo en Servia, replicó el ministro ruso que la cuestión europea iba envuelta en ella. Sir Buchanan insinuó que quizás la Gran Bretaña se prestase a emplear su influencia con ambas naciones germánicas, a fin de que desistiesen de su actitud, puesto que un ataque a Servia podría arrancar serios peligros a toda Europa.

En el telegrama que dicho embajador envió a Sir Grey el 24 de julio, refiriéndose a este estado de cosas dice:

«Presidente de la República Francesa y Presidente del Consejo no pueden estar en Francia, de regreso de Rusia, hasta dentro de tres o cuatro días; y parece como que Austria ha escogido este momento para presentar el *ultimátum*».

En el mismo día 24 el encargado de negocios de la Gran Bretaña en Belgrado, Mr. D. Crackanthorpe, anunciaba la actitud de Servia en el siguiente telegrama enviado a Sir Grey:

«Belgrado, 24 de julio 1914.

Las demandas de Austria son consideradas por el gobierno servio como totalmente inaceptables, y este gabinete confía en que el Gobierno de S. M. Británica

empleará su valimiento cerca del Gobierno Imperial, para persuadirle a que las modere.

Dicho ruego me ha sido trasmitido por el jefe del gobierno, quien volvió esta mañana a Belgrado. S. E. parecía muy preocupado, y, como es natural, con gran ansiedad por las complicaciones que puedan surgir».

El mismo día también el embajador de Alemania en Londres, príncipe Lichnowsky, comunicó a Sir Grey una nota de su Gobierno.

La nota ponderaba el carácter revolucionario de la agitación servia, aprobaba la mayor parte del contenido del ultimátum austriaco y calificaba la demanda del conde Berchtold de «moderada y equitativa».

No cabía la menor duda de que la acción de Austria, era incondicionalmente secundada por Alemania.

A fin de que Sir Francis Bertie pudiera estar al corriente de cuanto sucedía en Londres y en las demás potencias, Sir Eduardo Grey le escribió el día 24 de julio, diciéndole que había visto a Mr. Cambon (embajador francés en Londres); que estaba a punto de celebrar una entrevista con el embajador alemán, y que propondría a este último que a fin de ejercer una influencia pacificadora debían unirse Alemania, Francia, Italia y la Gran Bretaña, para mediar entre Austria y Rusia. Mr. Cambon ha expresado su parecer de que era ya demasiado tarde porque Aus-

tria había roto las hostilidades contra Servia.

El siguiente telegrama de Sir Grey a Sir H. Rumbold, Canciller de la Embajada de Berlín, exteriorizó la actitud de Inglaterra en esa fecha:

«Ministerio de Negocios Extranjeros, 24 de julio 1914.

Embajador alemán me ha comunicado el dictamen de su Gobierno sobre la demanda de Austria, dándome a entender que hará la misma comunicación a las demás potencias.

Yo añadí que si el ultimátum de Austria a Servia no promovía dificultades entre Austria y Rusia, nada tenía que ver con él, pero que no podía menos de desconfiar del comportamiento de Rusia en esta cuestión a pesar de que no tenía aún noticias de San Petersburgo. Recordé al embajador que, muy pocos días antes, había solicitado mi amistosa intervención en San Petersburgo, pero ahora, dije, en vista del tono extraordinariamente altanero de la nota, del escaso tiempo concedido para la respuesta y de la calidad y cantidad de las demandas, me reconocía impotente para lograr algo de Rusia, y estaba seguro de que tampoco lo conseguiría ninguna otra potencia sola.

La única probabilidad de éxito que veía para moderar esta tirantez de relaciones, era una mediación de las cuatro potencias reunidas, Alemania, Francia, Italia e Inglaterra.

El peligro inmediato es la falta de tiem-

po, pues quizás dentro de algunas horas Austria marcharía contra Serbia, y en Rusia el partido eslavo exigiría que se acudiera inmediatamente en ayuda de esta última; por eso sería tan de desear que no se precipitase Austria en emplear la fuerza armada para poder ganar tiempo. Pero ninguno de nosotros tiene bastante influencia para conseguir esto de Austria, a no ser que Alemania apoyara la misma opinión en Viena. Informad al secretario de Estado.

El príncipe de Lichnowsky aseguró que Austria se pondría en movimiento en cuanto terminara el plazo concedido, a no ser que Serbia aceptara incondicionalmente todas las peticiones de Austria.

Hablando en confianza S. E. manifestó que no había que temer una contestación negativa de Serbia, y que si no favorable sobre varios puntos sería suficiente para impedir a Austria hacer en seguida uso de la fuerza».

CAPITULO III

Intervención Rusa. — Opiniones de Mr. Dillon. —
Respuesta de Servia.

El paso inmediato fué un telegrama enviado por Mr. Sazonoff al príncipe Kudachef, encargado de Negocios de Rusia en Viena, dándole instrucciones para que hiciera presente al Gobierno la conveniencia de conceder más tiempo a Servia a fin de que pudiera meditar su contestación. Esto fué el 24 de julio.

Al siguiente día Sir Grey telegrafió a Sir Bertie y a Sir Buchanan participando que el embajador de Austria le había comunicado que el paso dado por su Gobierno en Belgrado no era un *ultimátum*, sino una *demarche* o diligencia con tiempo limitado, una intimación perentoria.

Sir Buchanan enteró por telégrafo al primer ministro inglés de una entrevista habida entre el embajador de la Gran Bretaña y el ministro de Negocios Extranjeros de Rusia. En el contenido de su te-

legrama el embajador daba cuenta sumariamente de una proposición hecha por Mr. Sazonoff:

«Si Servia apela a las potencias, Rusia de muy buen grado se apartaría y dejaría la cuestión en manos de Francia, Alemania, Italia e Inglaterra... al expresar yo mis esperanzas de que Rusia no precipitara la guerra movilizandó tropas antes de que hayáis tenido tiempo de usar vuestra influencia en favor de la paz, S. E. me aseguró que las intenciones de Rusia no son en modo alguno hostiles y que no recurrirá a medios violentos, mientras no se vea obligada a ello. Porque la acción de Austria en realidad iba dirigida contra Rusia; a la monarquía austro-húngara se le hacía tarde para dar al traste con el presente *statu quo* en los Balkanes, y establecer allí su propia hegemonía. Si nos colocamos ahora firmemente en nuestro puesto entre Francia y Rusia, no habrá guerra; pero cualquier vacilación puede ser causa en estos momentos críticos de que corran ríos de sangre y de que al fin nos veamos envueltos en complicaciones. Expuse que por el momento la mediación de Inglaterra podía tener eficacia especial, predicando moderación en las cortes de Berlín y Viena, como amigo que puede convertirse en aliado de los contrarios, si su mediación es rechazada.

S. E. dijo que Alemania desgraciadamente estaba convencida de que permaneceríamos neutrales.

En respuesta al telegrama de Sir Grey

del 24 de julio, Sir Rumbold contestó por medio de otro despacho en el que decía haber hablado con el ministro de Negocios Extranjeros de Alemania, quien le aseguró «que sólo en último trance el Gobierno Germánico emprendería una guerra europea, y que haría cuanto estuviese en su mano para evitar tamaña calamidad».

Sir Rennell Roda, embajador británico en Roma, telegrafió el 25 de julio:

«Roma, 25 de julio 1914.

He visto hoy al secretario general y tengo la seguridad de que conoce la proposición de que Francia, Alemania, Italia e Inglaterra actuén como mediadores entre Viena y San Petersburgo, si las relaciones de ambas potencias amenazaron llegar a una ruptura.

En su opinión sólo podrá detener a Austria la incondicional sumisión de Servia a las demandas expresadas en la nota. Tenemos informes verídicos en los que se dice que Austria intenta apoderarse del ferrocarril de Salónica».

En el mismo día se hizo nueva luz sobre los propósitos de Viena, por el siguiente despacho de Sir M. Bunsen a Sir Grey:

«Viena, 25 de julio 1914.

El lenguaje de la prensa de hoy induce a creer lo que no se espera, ni casi se desea, esto es, la sumisión de Servia. Anunciase oficialmente que se han dado las órdenes oportunas al ministro de Austria residente en Belgrado, para que, si a las 6 de la tarde no se ha recibido la incon-

dicional aprobación de la nota, abandone la legación con todo el personal.

Ministro de Negocios Extranjeros sale para Ischl hoy para comunicar inmediatamente al emperador respuesta Serbia».

En la tarde del 25 de julio, telegrafió Mr. Crackanthorpe:

«Belgrado, 25 de julio 1914.

Los ministros están reunidos en Consejo para decidir la contestación que ha de darse a Austria.

Me informa el subsecretario de Negocios Extranjeros que la respuesta estará inspirada en corrientes conciliadoras, y que se aceptan la mayoría de las condiciones.

Envío adjunto un breve compendio del proyecto de contestación.

El gobierno serbio consiente en publicar una declaración en la Gaceta Oficial. Se aceptan los diez puntos con reservas. El gobierno serbio consiente en la formación de una comisión mixta que prosiga las averiguaciones, siempre que la formación de ésta se ajuste a los usos internacionales. Consienten en separar del ejército a todos los oficiales que resulten comprometidos en el atentado y ya se ha llevado a cabo el arresto del oficial, cuyo nombre se cita en la nota austriaca. La sociedad *Narodna Odbrana* será disuelta.

El gobierno serbio confía en que, si Austria no desea la guerra a toda costa, se dará por satisfecha con la cumplida reparación que se le ofrece».

Aquella misma tarde, no habiendo sido aceptada la nota austriaca sin condicio-

nes, el mencionado funcionario inglés dió como complemento a su primer telegrama la siguiente aterradora noticia:

«Belgrado, 25 julio 1914.

El ministro residente de Austria ha partido a las 6'30.

El gobierno marchó a Nish, donde el lunes se reunirá la Skuptchina; yo me marchó con mis colegas, dejando al vicecónsul encargado de los archivos».

En contestación al anterior mensaje de Sir Buchanan, Sir Grey telegrafió:

«Ministerio de Negocios Extranjeros, 25 de julio 1914.

Habéis obrado perfectamente en las presentes difíciles circunstancias y habéis interpretado muy bien la actitud del Gobierno de S. M. Británica. Apruebo cuanto decís en vuestro telegrama de ayer; y no puedo tampoco prometer más en obsequio del gobierno servio.

No creo que la opinión pública de Inglaterra había de sancionar que nos metiéramos en una guerra, por defender la causa del país servio. Sin embargo, si las hostilidades llegan a romperse, fácil sería que por una razón u otra nos viéramos obligados a tomar parte en la lucha, y justamente por eso haré cuanto pueda por impedirlo. El carácter rápido, brusco e imperativo de la nota austriaca hace temer que muy en breve Rusia y Austria movilizarán sus tropas una contra otra.

Teniendo esto presente, la única probabilidad de paz, a mi juicio, consiste en que los otros cuatro Estados europeos unan sus

voces para pedir a Austria y Rusia que no atravesen la frontera y que den tiempo a las potencias para influir en Viena y San Petersburgo procurando orillar dificultades.

Si logramos persuadir al Gabinete de Berlín a secundar este plan, no me parece probable que se niegue Francia, y en cuanto a Italia estoy seguro de que prestará muy gustosa su concurso.

Ni Rusia ni Austria tolerarán ninguna mediación diplomática que no sea completamente imparcial y compuesta de potencias amigas o aliadas de ambas; por eso nos es indispensable el concurso de Alemania».

Lo que dice el siguiente telegrama expedido por Sir Grey a Sir H. Rumbold parece indicar que Austria a estas fechas no daba muestras de querer llevar las cosas al exterior :

«Ministerio de Negocios Extranjeros, 25 de julio 1914.

El embajador de Austria ha recibido autorización para decirme que, al presentar la nota en la forma en que estaba redactada, la intención había sido descartar la acción diplomática y empezar preparativos militares, lo cual no es lo mismo que operaciones militares. Al poner esto en conocimiento del embajador alemán, manifesté que ahora se preparaba una especie de movilización antes de pasar la frontera; determinación que por mi voluntad se habría detenido.

Según parece, nos encontramos ya frente a frente con la movilización de Rusia.

y Austria. La única probabilidad de hoy, si es que alguna queda, sería que Francia, Italia, Alemania e Inglaterra se pusieran de acuerdo para interponerse ante Rusia y Austria y las decidieran a permanecer dentro de sus respectivos territorios hasta que nos hubieran dado tiempo de mediar entre ambas.

El embajador alemán me leyó un telegrama de su ministro en el que manifiesta que Alemania no tuvo previo conocimiento de los términos en que iba redactada la nota austriaca y que por tanto desconocía su contenido, pero una vez que Austria la había hecho llegar a su destino, ya no podía recogerla. El príncipe de Lichnowsky añadió que si lo que yo proponía era un medio de intervención amistosa, Austria podría aceptarla sin menoscabo de su dignidad. El, personalmente, se mostró favorable a mi proposición. Yo le hice presente que no me juzgaba autorizado para interesarme en Austria, pero desde el momento en que las diferencias entre esta nación y Rusia amenazaban con alterar la paz de Europa, nadie tenía derecho para negar su concurso.

Traté de que el embajador se penetrara de que dada la situación actual, sería indispensable la cooperación de Alemania para intentar con éxito alguna acción diplomática que paralizara las movilizaciones. Solos no podemos hacer nada. El jefe del gobierno de Francia estaba actualmente de viaje y no me había sido posible consultar con él; pero si Alemania

estaba de acuerdo con mi parecer, yo tomaba a mi cargo la aprobación del gabinete francés».

A la demanda del príncipe Kudachef's de que se concedieran otras cuarenta y ocho horas a Servia, contestó Austria negativamente; y, aunque no se hicieron demostraciones ostensibles en las demás capitales, todos empezaron a sentir el temor de que la cuestión no iba a quedar localizada.

El lunes, 27 de julio, la fiebre de la guerra lo había invadido todo, Rusia, Austria, Alemania y Francia.

En Copenhague, el pueblo manifestaba su indignación porque Alemania había dado órdenes para que su escuadra se reuniera en las costas de Dinamarca y Noruega.

En Bruselas se decretó la movilización (esa valiente movilización que, con asombro de Europa, detuvo más de una semana el avance de las tropas germánicas; precisamente en una época en que los minutos eran preciosos para las fuerzas del Kaiser), y refiriéndose a la entrevista del embajador alemán en París con el primer ministro interino, decía el corresponsal del *Telegraph*:

«Dejando aparte los circunloquios diplomáticos, lo manifestado por el Barón von Schoen es lo siguiente: «Si Francia e Inglaterra no intervienen para paralizar la acción de Rusia contra Austria la *Triple* declarará la guerra a la *Entente*». Lo que aumentaba la gravedad de esta comunicación extraordinaria, es que se hizo

primero a Francia y eso el viernes. Según me han dicho por autorizadísimo conducto, ayer (25) se envió la misma comunicación al ministro de Negocios Extranjeros de Londres; pero el hecho es que fué hecha primero a Francia, y esto es lo más grave... puedo añadir que tan sorprendente e inesperado fué lo dicho por el embajador alemán, que en cierto modo pareció hablar por su propia autoridad y sin tener instrucciones para ello; pero tal suposición es inadmisible, pues el Barón von Schoen tiene bien sentada su fama de diplomático discreto y circunspecto. Sin duda obraba de lleno dentro de las instrucciones recibidas de la *Wilhelmstrasse*. El espíritu de la comunicación verbal del Barón fué que Francia debía quedar como en rehenes para garantizar la no intervención de Rusia».

El mismo corresponsal envió esta otra interesante información:

«Toda Europa está envuelta en la más tremenda crisis que han conocido las edades modernas. Hablo con pleno conocimiento de causa y alguna autoridad. No puedo decir todo lo que sé, ni cuáles son los recursos de información de que disfruto. Pero repito que nos acercamos a la crisis más grande que ha conocido la nueva Francia, es decir, desde el año 1870. Hoy he recorrido los círculos oficiales y los centros de la diplomacia extranjera de París; y todos los pareceres, por desgracia, están de acuerdo.

«Aún quedan algunas probabilidades para la paz», dijo alguno; y esta opinión ha sido la más optimista que he oído.

No quisiera pecar de alarmista, pero por mucho que uno quiera medir sus palabras, no puede menos de convenir en que la presente crisis es mucho más peligrosa que, por ejemplo, la que siguió al incidente de Agadir, o, retrocediendo aún, la que agitó a Francia y Alemania cuando el caso de Schnaebele. Mucho se vacila antes de escribir la palabra guerra; porque una guerra como esta no se habrá conocido nunca, pero no habrá más remedio que escribirla.

Es muy difícil expresar el verdadero alcance de las impresiones recogidas.

Lo que puedo asegurar es que nunca he sentido una impresión tan concreta de la gravedad de la situación europea y de la resolución de Francia como la que he obtenido hoy en algunos centros oficiales. La lectura de la prensa no da idea de la verdadera gravedad de las complicaciones que nos amenazan. Muchas circunstancias he atravesado en que la prensa emulaba a Casandra, mientras la diplomacia permanecía tranquila y risueña; la diplomacia francesa en estos momentos está serena, pero me tomo la licencia de asegurar que no está risueña.

He aquí el estado de la cuestión según el criterio dominante en las esferas oficiales francesas: Han dejado de existir dos condiciones substanciales para el sostenimiento de la paz, la primera, una com-

pleta sumisión de Servia a las exigencias de Austria; la segunda que esta última potencia se hubiese dado por satisfecha con la parcial concesión otorgada a sus demandas. Ninguna de las dos cosas ha sucedido; luego la ruptura entre Austria y Servia es un hecho consumado.

Dentro de un par de días, tal vez el martes o miércoles, se decidirá la paz o sobrevendrá la conflagración general europea. Hasta que Austria-Hungría invada el territorio servio, estará abierto el camino para las negociaciones. Si el martes Austria-Hungría ha dado ese paso decisivo es inconcebible que Rusia no intervenga.

Esta opinión la he oído no sólo en labios de los franceses, sino en los muy autorizados de diplomáticos extranjeros. Cuando Rusia haya intervenido contra Austria, entonces *tendrá la palabra Alemania*. Lo que quiere decir que Francia e Inglaterra también tendrán que decir la suya. En esto estriba la gravedad de la situación y, por consiguiente, todo el peligro. Terminada la guerra de los Balkanes todo el mundo creyó, y a mi juicio con fundamento, que la paz del mundo estaba asegurada por largo tiempo, pues en el caso de que los planes de conquista de Austria, hacía el sur eslavo, llegasen a suscitar una guerra, no era esta la guerra que necesitaba el imperio germánico. Hasta hace un par de días esta opinión ha sido sustentada hasta por profundos observadores. Pero hoy ha sufrido una transformación completa.

Es imposible no alimentar la sospecha, y el gobierno francés la alimenta, de que la presente crisis es el fruto de un plan deliberado y hábilmente combinado.

Hace unas cuatro semanas que se cometió el asesinato del archiduque Francisco Fernando y de su esposa; y Austria aprovecha para hacer sus amenazadoras reclamaciones el momento en que el presidente de la República acompañado del primer ministro, se hallan cruzando los mares escandinavos, y en que el rey de Inglaterra convoca las conferencias encaminadas a esclarecer los disturbios de Ulster.

Austria-Hungría obra de acuerdo con Alemania. Todas las autoridades que he consultado sobre el particular están de acuerdo en considerar imposible que hubiese obrado como lo ha hecho, no estando segura del formidable apoyo teutón. Siendo esto así, el impulso que ha producido el movimiento es alemán y la alternativa que se presenta es una guerra europea o la humillación de la *Triple Entente*. Esta teoría me ha sido expuesta hoy mismo por un diplomático extranjero, residente en París:

«El Kaiser cree llegado el momento de dar el golpe final. Rusia hace esfuerzos por progresar, pero aún está resentida; Francia también los hace, pero tampoco goza toda la plenitud de su vigor. Los Estados Balkánicos aliados, apenas han convalecido de sus últimas guerras. En pocos años, quizá en tres o cuatro, hubiesen

llegado a constituir un poderoso núcleo de fuerza, peligroso para Austria».

El 27 de julio regresó a Londres Mr. Winston Churchill, primer Lord del Almirantazgo, desde Overstrand donde se hallaba veraneando.

A media noche el Almirantazgo tomó el siguiente acuerdo:

Orden a la primera escuadra, sita en Portland, para que por ahora suspenda las maniobras.

Que todos los barcos de la segunda escuadra permanezcan en sus puertos de escala, con la dotación dispuesta para el primer aviso.

También se dijo en Copenhague que la actual crisis había obligado al Kaiser a abreviar su estancia en Noruega, y que al día siguiente pasaría por las aguas danesas en su viaje de regreso.

El sábado, 26 de julio, el Dr. Dillon telegrafió desde Viena la siguiente importante información:

«Durante las cuarenta y ocho horas transcurridas desde que Austria envió su nota a Servia, la diplomacia perteneciente a las naciones de la *Entente* no ha hecho más que cometer desaciertos. No ha comprendido el fondo de las diferencias que dividen a los dos Estados. Partiendo del principio de que la única razón de las mismas es el asesinato del heredero de la Corona y de su esposa, y considerando solamente las obligaciones político-morales que este crimen, cometido por el paneslavismo, impone al Gabinete de Belgrado,

los diplomáticos se afanan por conseguir un plazo más largo para dar lugar a reflexionar sobre la dureza de alguna de las cláusulas, y también trabajan con empeñado ahinco en persuadir amistosamente a los ministros del rey Pedro, que deben dar cumplida satisfacción a las legítimas reclamaciones de Austria.

Pero los estadistas austriacos miran esas condiciones como los medios que conducen al fin y no como el fin mismo, el cual no es otro que el cambio radical y permanente de la conducta de Servia y de su gobierno con respecto a Austria-Hungría.

Tengo la completa seguridad de reflejar la opinión de los consejeros responsables del emperador, al afirmar que si ese objeto pudiera lograrse por medio de una espontánea y sincera declaración acompañada de los actos correspondientes del gobierno servio, Austria habría retirado inmediatamente lo restante de la nota. Lo que se pedía era un cambio de miras que debía manifestarse con la transformación de la política paneslavista, y el abandono completo de todas las tentativas a que daba lugar; y como esta petición se venía haciendo durante diez y ocho meses y nunca fué atendida, las humillantes condiciones no eran más que el pretexto para concluir con un estado de cosas, que con un poco de buena fe no habría existido.

Se afirma que en el caso de que Servia hubiese aceptado la nota íntegra, ésta no habría sido más que una paz artifi-

cial, cuyo único resultado se reduciría a posponer la guerra para otra ocasión, que quizás no fuese tan favorable como la presente para la monarquía austro-húngara.

Los términos en que Servia anunció al Barón Giesl que rechazaba la nota han irritado mucho los ánimos. Ayer mismo a las tres de la tarde, los corresponsales de la prensa austro-húngara que se hallaban en Belgrado, recibieron impresiones oficiales en el sentido de que se verá obligada a aceptar la nota y que por consiguiente no había complicaciones.

A las 6 de la tarde, es decir, a la hora señalada, el primer ministro Mr. Pasitch visitó al Barón Giesl y le presentó una larga nota. Después de leerla el Barón declaró que no era suficiente y que en su consecuencia se veía obligado a romper desde aquel mismo instante las relaciones diplomáticas con Servia y a salir del país con toda la legación. Media hora después, el ministro, acompañado de todo su personal, salía de Belgrado; pero antes pudo enterarse de que aquella misma tarde a las tres,—mientras en el departamento de la prensa se decía a los corresponsales extranjeros que no había complicaciones,—se daba una orden de movilización al ejército servio. Hasta el diario oficial *Samouprava* publicaba un artículo la noche anterior, dando a entender que la nota de Austria sería aceptada.

Los periódicos de hoy dicen que Servia, en estas graves circunstancias, ha demostrado una vez más su habitual peri-

cia en las artes de la perfidia y el engaño, dando seguridades de paz, cuando ya tenía decidida la guerra.

La noticia de que el cambio de opinión del ministerio se debe a un telegrama de dos mil palabras que recibieron de San Petersburgo, aquí no ha sido creída.

En resumen, la petición de Austria era que Servia se comprometiese en cuarenta y ocho horas a un cambio radical de política hacia la doble monarquía.

Si lo hubiese hecho así y hubiera convencido a su vecina de proceder con sinceridad las restantes peticiones no hubiesen sido obstáculo para una amistosa inteligencia.

Como ya he explicado largamente, el asesinato del archiduque y la parte de responsabilidad indirecta que les pueda caber a los hombres políticos de Servia, no son más que circunstancias que apenas tocan el margen de la cuestión.

La causa fundamental dimana de principios más hondos que esos recientes sucesos. Esa causa existe desde hace largo tiempo y ha sido repetidamente expuesta a los hombres que podían remediar el mal y que siempre se han hecho los sordos. He ahí por qué será muy probable que los ministros del emperador nieguen el plazo que intentan pedirles los embajadores de la *Entente*. El gobierno alemán ha estado constantemente bien informado del desarrollo del asunto, así como de las posibles consecuencias que podía acarrear.

Todas las deliberaciones a que se en-

tregó la diplomacia y todos los pasos que se dieron leyendo la famosa nota, pesando sus términos, etc., fueron caminos inútiles y desagradables para los mismos a quienes se quería favorecer; y, mientras tanto, se cumplían en Viena y Buda-Pest, los requisitos diplomáticos y se tomaban las determinaciones necesarias, antes de emprender la acción decisiva.

No puede negarse que el momento estaba bien escogido.

Era el instante en que toda la atención de Europa demostraba su respetuosa simpatía al anciano emperador, cuyo heredero había sido vilmente asesinado por móviles políticos; crimen odioso perpetrado por la instigación y ayuda de Servia.

Era el momento en que Francia, impresionada por las sensacionales revelaciones hechas en su Senado, sobre lo deficiente de sus aprestos militares, parecía menos dispuesta que nunca a dar ningún paso capaz de conducirla a la ruptura de la paz.

Era el momento en que toda la atención del gobierno británico estaba absorbida por asuntos de orden interior, que hacían temer como posible hasta la fatal contingencia de una guerra civil.

Era el momento en que el presidente de la República y su primer ministro se hallaban ausentes, en Rusia, brindando diariamente por la paz europea y estrechando los lazos que unían a Rusia y a Francia.

Era el momento en que la misma Rusia se hallaba frente al problema de unas huelgas revolucionarias, las que era de supo-

ner estallarían con la violencia arrolladora de una tromba, si el imperio se enredaba en una guerra con las potencias de la Europa Central.

Y finalmente era el momento en que el amigo y mentor de Servia, Mr. Hartwig, el ministro representante de Rusia en Belgrado, acababa de fallecer, y los ministros del rey Pedro tenían que juzgar por sí solos sin los luminosos consejos de Mr. Hartwig, y sin tener ningún consejero de absoluta confianza en cuestiones diplomáticas o militares.

Pensar que los estadistas austro-húngaros dejarían de aprovechar las ventajas ofrecidas por tal cúmulo de circunstancias, sería suponerlos dotados de una enorme dosis de candidez, virtud muy poco generalizada entre los hombres públicos.

El fin de los ministros del emperador al presentar la nota fué, buscar un rompimiento en la recusación de la misma o una franca reconciliación, y no regatear el valor de las palabras con cabildeos diplomáticos. Los estadistas austro-húngaros que estaban en el secreto temían la aceptación de Servia; y su esperanza, que no se atrevía a ser creencia, era que el Barón Giesl recibiera por respuesta un *non possumus*.

El sentir oficial de Servia, en esta fecha, se refleja con exactitud en la siguiente carta, escrita por Sir Grey a Mr. Crackanthorpe:

«Ministerio de Negocios Extranjeros, 25 de julio 1914.

El representante de Servia se presentó en el Ministerio y habló con Sir A. Nicolson, de la tirantez de relaciones existente entre su país y Austria-Hungría.

Dijo que su Gobierno estaba muy inquieto y desazonado. Manifestó que no tenía inconveniente en satisfacer cualquier demanda razonable, siempre que no saliera del *terreno jurídico*.

Si el resultado del proceso que se instruye en Sarajevo (con tanta reserva y misterio) demuestra el hecho de existir algunos individuos complicados en la organización del complot en territorio servio, el Gobierno está dispuesto a dar cuantos pasos sean necesarios para ofrecer cumplida satisfacción a Austria-Hungría, pero si esta potencia lleva la cuestión al terreno político, manifestando que la orientación de la política servia no le conviene y que debe cambiar radicalmente de modo que Servia renuncie a ciertos ideales, esas son exigencias a las que no puede someterse un Estado independiente.

Mencionó que los dos asesinos eran austriacos (de Bosnia), que uno de ellos había residido algún tiempo en Servia y que las autoridades de este país encontrando sospechoso al individuo quisieron hacerle salir del territorio, pero se encontraron con que las autoridades austriacas, a las que pidieron referencias, le calificaron de hombre inocente e inofensivo.

Sir A. Nicolson, preguntado por el ministro servio sobre la cuestión palpitante, respondió que carecía de antecedentes para

formar juicio y que tenía que limitarse a desear que el gobierno servio se penetrara de un espíritu conciliador al responder a las demandas de Austria».

El mismo día se recibió un telegrama de Sir Bunsen que decía lo siguiente:

«Viena, 25 de julio 1914.

Respuesta servia, considerada insuficiente por Austria. Ministro ausente de Belgrado. Se considera inminente la guerra».

Por otro telegrama posterior, de Sir Mauricio Bunsen, puede verse que los austriacos habían acariciado ideas optimistas acerca de la conducta que seguirá Rusia.

«Viena, 26 de julio 1914.

Según la creencia que me ha participado confidencialmente el embajador alemán, Rusia permanecerá en expectativa mientras dure el castigo que Austria piensa infligir a Servia, después de recibir seguridades de que Austria no se anexionará ningún territorio perteneciente a aquella nación. A mi pregunta de si el gobierno ruso no se vería compelido por la opinión pública a intervención en la guerra, me respondía que eso dependía todo del ministro de Negocios Extranjeros, quien si quería podría resistir muy bien la presión que trataran de ejercer sobre él unas cuantos periódicos. Aseguró que los días del paneslavismo habían pasado y que Moscou estaba perfectamente tranquilo.

El ministro de Negocios Extranjeros ruso, añadió S. E., no sería tan imprudente que diese un paso comprometedor atendiendo a las muchas fronteras con que cuenta Ru-

sia. Francia tampoco se hallaba en condiciones de arrostrar una guerra.

Repliqué manifestando mi recelo de que el tono ofensivo de la nota hubiese dificultado la intervención de las otras potencias. En el fondo todas las demandas son justas; y sólo se necesitaba que estuviesen expuestas en un tono más templado. Según el embajador alemán, hubiera sido inútil proponer reclamaciones a Servia en otra forma.

Dicho Estado iba a recibir una lección merecidísima, pero esta contienda, puramente local, no debía dar lugar a que intervinieran otras potencias. Sin embargo, desconfiaba de Rusia que, a pesar de no tener derecho alguno de protectorado sobre Servia, tal vez quisiera proceder como si en realidad existiera.

En cuanto a Alemania conocía muy bien la extensión de sus compromisos al apoyar a Austria.

El embajador me manifestó que tenía conocimiento de una carta escrita al embajador alemán en Londres, en la que se expresaba la opinión de que las concesiones servias fuesen juzgadas suficientes. Me preguntó si estaba enterado de que en el último momento Servia había simulado la intención de ceder; contesté que mis noticias eran que bajo un punto de vista práctico, Servia parecía dispuesta a hacer algunas concesiones. S. E. me replicó que las concesiones de Servia eran poco serias, que ella misma sabía muy bien lo insuficientes que eran para satisfacer las le-

gítimas aspiraciones de Austria, y tan convencida estaba de ello, que mientras enviaba la contestación para ganar tiempo, daba la orden de movilizar el ejército y el gobierno se retiraba de Belgrado».

En 26 de julio después del rápido regreso del emperador, el gobierno alemán desistió de la proyectada mediación. Este cambio de actitud fué explicado a Sir Grey, por una carta de Sir H. Rumbold:

«Berlín, 26 de julio 1914.

El subsecretario del ministerio de Negocios Extranjeros acaba de telefonearme que se han enviado las instrucciones necesarias al embajador de Alemania en Viena, para que haga presente al gobierno los esfuerzos de la Gran Bretaña, de que Austria-Hungría acoja favorablemente la respuesta de Servia, si ésta corresponde al proyecto transmitido en telegrama del día 25 por el representante inglés (telegrama de Mr. Crackanthorpe que ya conocemos).

El subsecretario considera que la circunstancia misma de hacer esta comunicación al gobierno austro-húngaro por medio de su embajador ya significa cierta solidaridad con vuestro deseo (el de Sir Grey); y el gobierno alemán no cree poder llevar más adelante sus gestiones».

En cambio por el lado de Italia los horizontes se presentaban más despejados.

El día 26 de julio Sir Rennel-Rodd telegrafió a Sir Grey lo siguiente:

«Roma, 26 julio 1914.

Ministro Negocios Extranjeros acoge gus-

tosos proyecto conferencia; y esta noche dará órdenes oportunas al embajador de Italia.

Embajador de Austria informará gobierno que ministro Belgrado pedido pasaportes; pero esto no implica declaración de guerra».

En el Libro Blanco este telegrama va seguido de otro de Sir Grey a Sir Bertie, a Sir H. Rumbold y Sir R. Rodd:

«Ministerio de Negocios Extranjeros, 26 de julio 1914.

¿Está dispuesto ministro de Negocios Extranjeros a dar instrucciones embajador de aquí, para reunirse con representantes de Francia, Italia, Alemania y el autor de esta comunicación, y conferenciar sobre la fórmula capaz de evitar complicaciones? Preguntad al ministro de Negocios Extranjeros qué piensa hacer en este punto. En el caso de mostrarse conforme, tan luego como se tenga autorización, póngase en conocimiento respectivos representantes en Viena, Belgrado y San Petersburgo, para que acudan a los Gobiernos de los tres Estados y les rueguen suspendan preparativos militares mientras tienen lugar conferencias».

El curso de los acontecimientos nos lleva a reproducir el texto íntegro, según la auténtica versión inglesa oficial, del documento en que se expone la respuesta de Servia. Como puede verse y el deseo de conservar la paz le hizo casi aceptar las condiciones de Austria:

«El Real Gobierno Servio ha recibido

la comunicación del Gobierno Real e Imperial austro-húngaro y tiene el convencimiento de poder disipar por medio de su respuesta cualquiera mala inteligencia que existiese entre Austria-Hungría y Servia con menoscabo de las buenas relaciones de vecindad que deben existir entre ambos gobiernos.

Partiendo del principio de que las protestas que se exteriorizaban desde la tribuna de la *Skuptchina* y por las declaraciones de los poderes responsables, y representativos, fueron acalladas por el compromiso formal del Gobierno expuesto en el acta del 18 de mayo de 1909, sin que desde entonces hayan vuelto a renovarse respecto a la doble monarquía vecina, y que tampoco han pretendido los sucesivos Gobiernos Reales e Imperiales, ni sus órganos en la prensa cambiar nada de la marcha política y legal creada en Bosnia Herzegovina, exceptuando tan sólo una reclamación producida por un libro de texto, y respecto de la que el Gobierno Real se apresuró a satisfacer por completo los deseos del Gobierno Real e Imperial.

Servia ha tenido ocasión de dar pruebas repetidas de su política moderada y pacífica durante la crisis de los Balkanes; y, gracias a los sacrificios que ha hecho en obsequio a Europa, es como ha podido conservar la paz de ésta.

Al gobierno servio no puede hacérsele responsable de manifestación de orden privado, como son artículos en la prensa o la pacífica labor de sociedades existentes

como en todas los países, y cuyos trabajos por regla general, eluden las investigaciones oficiales.

El Real Gobierno hace constar que en la solución de las distintas cuestiones que se presentaron entre Austria-Hungría y Servia, ésta siempre hizo gala de su prontitud para aceptar temperamentos conciliadores que pusieron término satisfactorio a las diferencias de vecindad surgidas entre ambas naciones.

Por todas estas razones el Real Gobierno ha quedado dolorosamente sorprendido ante la afirmación de que naturales de este país hayan tomado parte activa en la preparación del crimen cometido en Sarajevo. El Real Gobierno esperaba ser invitado a colaborar en las investigaciones de cuanto concierne al esclarecimiento del crimen, y a fin de demostrar la completa corrección de su conducta, está dispuesto a proceder contra cualquiera que resulte complicado en tan punible suceso.

Coincidiendo con los deseos manifestados por el Gobierno Real e Imperial, no tiene inconveniente en entregarle cualquier individuo de nacionalidad servia, sea la que fuere su posición política o social, siempre que se pueda demostrar con pruebas su complicidad en el crimen de Sarajevo; y al mismo tiempo demuestra su conformidad con publicar en la primera página del Diario Oficial la siguiente declaración:

«El Real Gobierno Servio condena toda propaganda hecha contra Austria-Hungría,

es decir, todas las manifestaciones y trabajos que tienden a desprender territorios que forman parte de la monarquía austro-húngara; y es el primero en deplorar sinceramente las dolorosas consecuencias de este movimiento revolucionario.

El Gobierno Real de Servia ha sentido una penosa impresión, al ver por el comunicado del Real e Imperial Gobierno, que existen varios oficiales del ejército y funcionarios servios complicados en la mencionada propaganda, comprometiendo así las buenas relaciones de vecindad a que el Gobierno Real Servio se había obligado solemnemente por su declaración de 31 de mayo de 1909, cuya declaración desaprueba y rechaza todo intento de intrusión en el destino de los habitantes de cualquiera de las provincias del imperio austro-húngaro, y considera como un deber advertir a los oficiales, funcionarios, y a la población en masa, de todo el reino, que de aquí en adelante se castigará con todo el rigor de la ley a cuantas personas se hagan culpables de semejantes actos y que para prevenirlos y reprimirlos tomará el Real Gobierno todas las determinaciones que juzgue oportunas.

Esta declaración se pondrá en conocimiento del Ejército Real de Servia en la orden del día en nombre de S. M. el Rey por S. A. el príncipe heredero Alejandro, y se publicará en el próximo Boletín del ejército.

Además se compromete el Real Gobierno:

1.º A presentar en la primera convoca-

toria de la Skupschina una proposición de ley conducente a inflingir los más severos castigos a la prensa, siempre que ésta, en alguna forma, incite al odio o menosprecio de Austria-Hungría, y poder suprimir cualquier publicación cuyas tendencias sean contrarias a la integridad de dicha monarquía. El Gobierno se compromete a aprovechar la próxima reforma de la Constitución para introducir una enmienda en el artículo 22 que le permita la confiscación, procedimiento hoy completamente imposible por los categóricos términos en que está redactado dicho artículo.

2.º El Gobierno no posee ninguna prueba, ni tampoco se la ha suministrado la nota del Real e Imperial Gobierno, de que la sociedad llamada *Narodna Odbrana* ni otras semejantes hayan cometido ningún acto criminal mediante alguno de sus miembros; sin embargo, y para demostrar su buena voluntad, el Gobierno se compromete a disolver dicha sociedad, así como todas las que demuestren inclinaciones contrarias a la doble monarquía.

3.º El Real Gobierno se obliga a separar de sus establecimientos de enseñanza, a cuantos fomenten con sus doctrinas la propaganda de ideas subversivas, tan luego como el Real e Imperial Gobierno, suministre las pruebas de dicha propaganda.

4.º El Real Gobierno está dispuesto a separar de sus cargos militares o civiles a cuantos resulten complicados en el proceso y convictos de haber perpetrado ac-

tos contra la integridad del territorio austro-húngaro y esperan que el Gobierno Real e Imperial tendrá a bien comunicarnos los nombres de los culpables para poder proceder contra ellos.

5.º El Real Gobierno confiesa que no comprende bien el alcance de la demanda hecha por el Gobierno Real e Imperial acerca de que aceptemos la colaboración de algunos funcionarios suyos, a fin de proceder a las investigaciones en nuestro propio territorio, pero declara que aceptará gustoso la colaboración siempre que se ajuste a los principios internacionales de la ley en procedimientos criminales y a las relaciones de buena vecindad.

6.º No es necesario decir que el Real Gobierno considera como un deber el abrir una sumaria contra todas las personas que estén, o puedan aparecer, complicadas en el complot del mes de junio último y que se hallen dentro de las fronteras del reino. En cuanto a aceptar la ayuda en estas investigaciones de agentes o funcionarios austro-húngaros, según propone el Gobierno Real e Imperial, el Gobierno Real se ve en la necesidad de declinar este ofrecimiento, pues sería una manifiesta violación de la Constitución del Estado y de la ley de procedimientos criminales; sin embargo, en casos concretos daremos parte de los resultados de nuestras pesquisas a los agentes austro-húngaros.

7.º En la misma tarde en que se recibió la nota procedió el Real Gobierno al arresto del Mayor Voislav Tankossitch. En

cuanto al individuo, llamado Milán Ziganovitch, que es súbdito austro-húngaro y hasta el 15 de junio estaba empleado (de meritorio) en la dirección de ferrocarriles, no nos ha sido posible encontrarle todavía.

Se ruega al Gobierno austro-húngaro que tenga a bien presentar lo más pronto posible y en la forma acostumbrada, las pruebas de la culpabilidad que deben constar en el proceso de Sarajevo, a fin de que aquí puedan emprenderse las actuaciones.

8.º El gobierno servio reforzará y facilitará los medios de impedir el ilícito tráfico de armas y explosivos al través de la frontera. No es menester advertir que se practicarán minuciosas averiguaciones y se castigará en consecuencia a los funcionarios y oficiales de la frontera de Schabatz-Loznitza que, faltando a su deber, permitieron el paso a los asesinos.

9.º El Gobierno Real se apresurará gustoso a dar toda clase de explicaciones, respecto a la conducta de sus oficiales que tanto en la patria como en el extranjero, hayan hecho en público ciertas demostraciones a raíz de cometerse el crimen de Sarajevo, que Austria-Hungría juzga injuriosas, tan pronto como el Gobierno Real e Imperial nos comunique la ocasión en que aquellas se hicieron y nos de las pruebas de que realmente sus autores fueron oficiales servios. Queda, pues, encargado el Gobierno Real e Imperial de procurarse las pruebas.

10. El Gobierno Real informará al Real

e Imperial de toda la parte no ejecutada en las anteriores cláusulas, tan pronto como haya sido llevada a la práctica cada una de ellas.

El Real Gobierno considera que, si el Gobierno Real e Imperial no se da por satisfecho con la presente nota, es de interés común no precipitar los acontecimientos; y, deseoso de encontrar una solución por medios pacíficos, está dispuesto a aceptar que la cuestión sea sometida, bien al tribunal internacional de La Haya, o a las grandes potencias que intervinieron en la declaración hecha por el Gobierno servio en el día 18 (31) de marzo de 1909.

Belgrado, 12 (25) de julio 1914».

CAPITULO IV

Comentarios a la respuesta Servia. — El Conde Mensdorff
y Sir Eduard Grey.—Telegramas de San Petersburgo.

Las opiniones estuvieron muy divididas al juzgar esta respuesta y la proposición de Sir Grey de solucionar la cuestión por medio de una conferencia. En algunas naciones, sobre todo en Italia e Inglaterra, se creyó en la posibilidad de hallar medios de evitar la catástrofe europea, y que además el Gobierno austriaco, obrando de buena fe, no podía menos de mostrarse complacido con la respuesta de Servia.

Por otra parte los periódicos alemanes arreciaron sus ataques contra Rusia, proclamando que si se alteraba la paz de Europa, la culpa debía recaer entera sobre el Zar por haber autorizado la parcial movilización de sus fuerzas. En cuanto a Austria, un telegrama de la Agencia Reuter nos da a conocer su opinión sobre la nota servia.

«Viena, 27 de julio 1914.

El siguiente comunicado semioficial, demuestra la actitud austro-húngara ante la nota servia.

El Barón Giesl, ministro residente de Viena en Belgrado, a su regreso de esta capital, presentó ayer en el ministerio de Negocios Extranjeros la nota de Servia dando respuesta a nuestras peticiones. El principal objeto de esa nota es crear una falsa atmósfera, dando a entender que el Gobierno servio está dispuesto a no escasear sacrificios para satisfacer nuestras condiciones; pero fácil es de comprender que toda la nota está impregnada de un espíritu de perfidia que delata en el Gobierno servio el deseo de eludir un compromiso formal que le obligara a poner término a la culpable tolerancia con que hasta ahora ha presenciado las intrigas que se tramaban contra la Monarquía imperial.

La nota servia contiene tales y tan graves reservas y limitaciones, no sólo en cuanto a los principios generales de nuestra demanda, sino también en cuanto a las pretensiones individuales que hemos presentado, que las concesiones hechas vienen a perder toda su importancia. En particular la proposición que hacíamos de que nuestras autoridades intervinieran en las investigaciones encaminadas a la captura de los cómplices del atentado, en territorio servio, ha sido rechazada.

Nuestro ruego de que tomen resoluciones contra la prensa hostil a Austria-Hungría ha sido desestimado, y en cuanto a

nuestro deseo de que el Gobierno servio impidiera la reorganización de las sociedades austrófobas bajo otro nombre no ha sido ni siquiera sometido a consideración.

Puesto que las peticiones que contenía la nota austriaca del 22 de julio respecto a la futura conducta que debe observar Servia representaron las menos que puede exigirse como garantía de tranquilidad permanente en el Sur Oriental de nuestros dominios, la nota servia es, en definitiva, insuficiente por todos conceptos. La advertencia que viene al pie de la nota, proponiendo un arbitraje demuestra que el mismo Gobierno servio, juzgó su respuesta inaceptable. La invitación al arbitraje cae por su propio peso al saber que tres horas antes de entregar la nota, es decir, casi a la terminación del plazo, se dió la orden de movilizar el ejército servio».

Al mismo tiempo la referida agencia publicaba la siguiente comunicación que decía haber recibido «por autorizado conducto servio»:

«Parece que nuestra situación ha mejorado algo desde esta mañana. Esto se debe al hecho de que Rusia ha adoptado una actitud tan enérgica y decidida y a la vez tan reposada, que, según todas las probabilidades su influencia será decisiva para alejar la guerra.

Esperamos que Austria por su parte considerará la situación y en interés de la paz, modificará sus peticiones, teniendo en cuenta las consideraciones debidas a un Estado independiente como es el servio,

y así podrá evitarse la guerra. Si a pesar de todo, Austria se empeña en querer la guerra, ya ha podido ver que nosotros no la rehuímos cuando hay que salvar los intereses y la dignidad del Estado.

La culpa no será nuestra. El mundo juzgará que en nuestra respuesta a la nota austro-húngara, hemos demostrado los mejores deseos de satisfacer las legítimas pretensiones de Austria-Hungría, y que haciendo caso omiso del tono destemplado en que venía escrita la nota, hemos satisfecho cuantas demandas no estaban en pugna con nuestros derechos soberanos. Servia, en conjunto, es decir, mirada la cuestión en sus aspectos político, social y militar, contempla con horror y profundo disgusto el bastardo e inútil crimen de Sarajevo, pero, hemos de observar:

1.º Que el asesino fué un súbdito austro-húngaro.

2.º Que fué arrojado de su país, en Herzegovina, y perseguido por causas políticas por las autoridades austriacas.

3.º Que el autor fué un joven idealista y desequilibrado; y que el crimen no fué provocado por ninguna clase de propaganda servia.

Según el principio *auditur et altera pars* hemos de declarar que se había emprendido una verdadera campaña, fraguada por la prensa austro-húngara para presentar toda la política servia, animada de un espíritu de parcialidad y para sostener la altanera y cesárea actitud de Austria-Hungría, justificando sus ilimitados deseos de

humillar a Servia, cuyo prestigio, conquistado en los campos de batalla, miraba Austria como una amenaza. El fruto de esta labor ha sido inducir a error a la opinión pública, haciéndola aceptar como buenas las informaciones tendenciosas y sin comprobación posible emanadas de Austria. Una vez conocidos los hechos, tal y como son, estamos perfectamente seguros de que nuestra situación será examinada en su verdadero aspecto, y que Servia podrá contar con las simpatías de toda la Europa imparcial».

Las declaraciones anteriores sin duda fueron hechas antes de que llegaran las noticias del primer ataque de tropas servias a las fuerzas austro-húngaras».

El último párrafo de la información que acabamos de transcribir, se refiere a una escaramuza ocurrida en la frontera antes de la ruptura de las hostilidades.

El mismo día, 27 de julio, pronunció Sir Eduardo Grey su primer discurso en la Cámara de los Comunes, a propósito de la crisis europea; y el marqués de Crewe, en respuesta a Lord Lansdowne, hizo casi las mismas declaraciones en la Cámara de los Lores. Dijo Sir Eduardo:

«Supongo que por medio de la prensa, ha llegado a conocimiento de la Cámara la crítica situación porque pasa Europa en estos momentos. Creo un deber ineludible enterar a la Cámara de la posición que hasta ahora, ha guardado el Gobierno de S. M. Británica.

El viernes último, por la mañana, recibí,

de manos del embajador austro-húngaro, el texto de la comunicación hecha por Austria-Hungría, que ya ha publicado la prensa, y que contiene todas las reclamaciones de aquel Gobierno a Servia.

Durante la tarde vi a otros embajadores a todos les manifesté mi opinión, de que mientras la cuestión esté localizada entre Servia y Austria-Hungría no creo que tenemos derecho para mezclarnos en ella; pero si las relaciones entre Austria-Hungría y Rusia toman un carácter amenazador, entonces corre peligro la paz de Europa y eso nos concierne a todos.

Desconociendo el terreno en que se había colocado Rusia, y no sabiendo cómo podrían desenvolverse las cosas, no pude hacer ninguna proposición inmediata; pero dije que, si las relaciones entre Austria y Rusia tomaban un giro peligroso, el único medio probable que, a mi parecer, restaba para conservar la paz, era que las cuatro grandes potencias no comprometidas directamente en el asunto, es decir: Francia, Italia, Alemania y la Gran Bretaña, se reunieran para trabajar de consuno en San Petersburgo y Viena, a fin de lograr de ambas naciones que suspendan los aprestos militares, mientras aquéllas, de común acuerdo, hallan una fórmula de arreglo.

Después de saber ayer tarde que Austria-Hungría había roto sus relaciones diplomáticas con Servia, presenté por telégrafo la siguiente proposición, como un medio práctico de aplicar las opiniones que

ya había expresado. Di mis instrucciones a los embajadores de S. M. en París, Berlín y Roma, para que preguntaran a los respectivos gobiernos, cerca de los que están acreditados, si consentirían en que los embajadores de Italia, Alemania y Francia, acreditados en Londres, se reunieran aquí inmediatamente conmigo para ver de obviar por medio de una conferencia las presentes dificultades. Al mismo tiempo, encargué a los embajadores de S. M. que rogaran a los gobiernos autorizaran a sus respectivos representantes en Viena, San Petersburgo y Belgrado, para informar a estos gobiernos del proyecto de la conferencia y que se sirvieran suspender las operaciones militares, mientras se verificaban las sesiones.

Aún no he recibido todas las respuestas y dicho está que para intentar una solución por este medio se necesita imprescindiblemente el concurso de las cuatro potencias. En circunstancias tan graves como las presentes, el poder de una sola nación sería ineficaz en absoluto para mantener la paz.

El tiempo, para este asunto, era tan apremiante, que me he arriesgado a hacer la proposición mencionada sin dar los usuales pasos preliminares, para saber si sería bien recibida; pero cuando la cuestión es tan grave y el tiempo tan corto, no puede evitarse el riesgo de proponer algo que tal vez, al fin, tropiece con una acogida indiferente o desagradable.

Si el texto de la respuesta de Servia,

que publicó la prensa de la mañana, es exacta, como espero que lo será, mi opinión es que ofrece bastante base para que un grupo de potencias imparciales puedan formular un arreglo, aceptable para ambas partes.

Cualquiera que reflexione sobre la situación, comprenderá a la primera ojeada, que, en el momento en que la disputa deje de estar localizada entre Austria-Hungría y Servia, interviniendo en ella otra potencia de primer orden, la crisis revestirá un carácter agudo que puede ser preludio de la más horrorosa catástrofe que jamás ha sufrido Europa.

Nadie puede prever los límites en los que se detendrán las consecuencias originadas por semejante conflicto; estas consecuencias, repetimos, directas e indirectas, serán incalculables.

Mr. Lawson preguntó si era cierto que aquella misma mañana el emperador de Alemania había aceptado en principio la mediación propuesta por S. S.

Sir E. Grey, dijo: tengo entendido que el gobierno alemán es favorable a una mediación, pero no he recibido respuesta sobre el proyecto de discutir esta idea en una conferencia.

El 28 de julio se publicó un importante artículo escrito por un corresponsal diplomático, el cual resumía la situación tal como era el lunes por la noche, añadiendo algunos detalles referentes a las negociaciones.

Los acontecimientos más graves por el momento, eran:

- 1.º La publicación de la nota servia.
- 2.º La dilación de Austria-Hungría en proclamar la guerra.
- 3.º El anuncio hecho en la Cámara de los Comunes por Sir E. Grey de que los cuatro Estados que no tenían parte directa en el presente asunto, Francia, Italia, Alemania e Inglaterra iban a reunirse en una conferencia por medio de sus embajadores para tratar de encontrar un arreglo que solucionara los distintos puntos de vista de Rusia y Austria en la cuestión de Servia.

La impresión causada por la nota de Servia en los círculos diplomáticos de Londres, es muy favorable. Todos convienen en que concede casi todo lo que solicita Austria-Hungría, y a pesar de eso, la contestación ha sido una brusca negativa a continuar las negociaciones. ¡En menos de cuarenta y cinco minutos, el ministro de Viena en Belgrado, Barón Giesl, tuvo tiempo de leer la nota, que es un documento muy largo; decidir que no daba lugar a proseguir las negociaciones; escribir una contestación a Mr. Pasitch y tomar el tren! La vertiginosa rapidez de estos actos casi parece indicar que en Austria hay empeño en llevar las cosas al último extremo. Sin embargo, aún no ha tenido lugar ningún acto de fuerza, aunque sería muy fácil a las tropas austriacas cruzar el Danubio. En varios círculos se considera este

indicio como una prueba de la oportunidad de las conferencias.

Según ha dicho el mismo Sir Eduardo Grey, con una franqueza que le honra, la proposición para esta Conferencia de Embajadores, no ha pasado aún del período inicial. Francia la ha aceptado y, aun cuando haciendo algunas reservas en cuanto al procedimiento, puede decirse que también Italia; pero, en cuanto a Alemania, hasta ahora sólo se sabe que se ha mostrado conforme en principio, respecto a la mediación, pero sin decir nada de la forma en que ésta se ha de llevar a efecto. En estos momentos se sostienen discusiones animadas entre los gobiernos de la *Triple*, los cuales examinan, en vista de los últimos acontecimientos, todo lo sucedido durante las últimas semanas. Es de esperar que se decidan a dar algún paso provechoso para la paz en general.

Las mayores esperanzas para un arreglo pacífico se fundan en la intervención de Alemania y, mejor dicho, en la de su emperador. Aún se ignora si el imperio alemán ha empezado ya a valerse de su amistosa influencia en Viena, pero ayer pareció más inclinado a hacerlo de lo que lo estaba el sábado último.

La orden dada a la flota por Mr. Churchill el sábado por la noche y el tono de las declaraciones que hizo ayer Sir Grey, han causado gran satisfacción en Francia y Rusia.

En el mismo día también se recibió la noticia de que la escuadra alemana, que

estaba en maniobras, había sido llamada a aguas alemanas.

El día 27 recibió Sir Grey un telegrama enviado por Sir Bunsen, en el que le participaba que el embajador ruso en Viena le había participado su convencimiento de que el gobierno austro-húngaro estaba decidido por la guerra, y que sería inútil pedir nuevos plazos. En el mismo día 27 se recibió la comunicación oficial de Francia aceptando la conferencia.

Pero el gobierno alemán no dió su consentimiento al proyecto, según supimos por un telegrama de Sir E. Goschen, enviado al ministerio de Negocios Extranjeros. El texto del despacho telegráfico decía así:

«Berlín, 27 de julio 1914.

El secretario de Estado dice: «Que las conferencias propuestas nuevamente tienen que convertirse en tribunal de arbitraje, y ese, según su opinión, no puede constituirse a menos que no sea reclamado por alguna de las naciones que están en pugna. Así es que no puede aceptar vuestras proposiciones, a pesar de sus deseos de cooperar al mantenimiento de la paz». Yo insistí en que no se trataba de un arbitraje sino de que las cuatro potencias, que no están directamente interesadas, discutieran y procuraran hallar un medio para salir de tan peligrosa situación. Sin embargo, mantuvo su criterio de que una conferencia en esos términos no era posible. Añadió que había recibido noticias de San Petersburgo, según las que parecía pro-

bable que el ministro Sazanoff cambiara impresiones con el conde Berchtold.

En opinión de S. E. este procedimiento podría producir resultados muy satisfactorios y en consecuencia sería lo mejor no dar ningún paso hasta conocer los efectos de la entrevista entre los ministros ruso y austro-húngaro.

En el curso de nuestra conversación dijo el secretario de Estado que Austria, hasta ahora, sólo había hecho una movilización parcial, pero que si Rusia movilizaba contra Alemania, ésta no tendría más remedio que seguir el ejemplo.

Pregunté qué es lo que quería decir con la frase *contra Alemania*. Contestó que si la movilización rusa se limitaba al Sur de dicho Imperio, Alemania no movilizaría, pero que si los preparativos militares rusos se extendían hacia el Norte, Alemania no podría permanecer inactiva, y, como, dado el complicadísimo sistema de movilización rusa, es muy difícil localizarla, Alemania tenía que estar muy sobre aviso para no ser sorprendida.

El secretario terminó diciendo que las últimas noticias de San Petersburgo le habían hecho concebir lisonjeras esperanzas de la situación en general».

En el mismo día el embajador británico en San Petersburgo, telegrafiaba lo siguiente:

«San Petersburgo, 27 de julio 1914.

En una larga conferencia, celebrada ayer por el embajador austro-húngaro con el ministro de Negocios Extranjeros, trató

aquél de disipar la mala impresión causada por los últimos actos de su Gobierno. El ministro repuso que, aunque no dejaba de comprender los motivos que impulsaban a Austria-Hungría, su nota era tan dura, que no podía haber esperado su total aceptación por parte de Servia. Conviniendo en que algunas de las peticiones eran razonables; pero otras no sólo eran imposibles de ejecutar inmediatamente, puesto que para ello era necesario una reforma en las leyes vigentes en Servia, sino que pecaban de incompatibles con la dignidad de un Estado independiente. Sería inútil que Rusia ofreciera sus buenos oficios en Belgrado, en vista de la desconfianza que la demostraba Austria-Hungría. Sin embargo, deseosa de poner término a este intolerable estado de tirantez consideraba oportuniísimo que Italia e Inglaterra emplearan su influencia cerca de Austria-Hungría.

El embajador de Austria tomó a su cargo informar a su Gobierno sobre las observaciones de S. E.

A las preguntas que me dirigió el ministro respondí que había interpretado acertadamente la opinión de mi Gobierno en la entrevista que con él tuve y participé telegráficamente el 24 del corriente. Añadí que Inglaterra no podía hacer más, y que estaba en un error si creía que el decir nosotros a Alemania que estábamos dispuestos a marchar con Rusia y Francia, si ella sostenía las pretensiones de Aus-

tria, podría redundar en beneficio de la conservación de la paz.

La amenaza que va envuelta en estas frases no contribuiría más que a agriar aún más las relaciones, e insistí, que sólo tendríamos algunas probabilidades de éxito, acercándonos como un amigo desinteresado y deseoso de conservar la paz, rogándole a título de tal, que emplee su influencia en Viena. Para entender que nuestros esfuerzos obtengan buen resultado, lo primero, según dije a S. E., había que contar con la seguridad de que Rusia no haría ningún acto que precipitara los acontecimientos. Es decir, esperaba que el Gobierno Imperial difiriese todo lo posible el promulgar el *ukase* de movilización y que no se permitiera a las tropas cruzar las fronteras del Imperio.

La contestación del ministro fué que mientras no se hiciera público el *ukase* no se podía dar ningún paso efectivo en la movilización; y que, si éste se difería mucho, el Gobierno austro-húngaro aprovecharía esta dilación para completar sus preparativos militares.

Finalmente, el ministro insinuó que juzgaba lo más breve y decisivo para llegar a un acuerdo, una negociación directa entre su país y Austria-Hungría».

Sir Buchanan, telegrafió lo siguiente a Sir E. Grey:

«San Petersburgo, 27 de julio 1914.

Después de mi conversación de hoy con el ministro de Negocios Extranjeros, de la que ya he dado cuenta telegráficamente-

te, me informan que S. E. se ha decidido por una comunicación directa con Austria-Hungría, para tratar de las modificaciones que podrían introducirse en la nota de esta potencia».

Sir E. Grey define su actitud en un telegrama que con la misma fecha expidió a Sir Goschen:

«Ministerio de Negocios Extranjeros, 27 de julio 1914.

Embajador alemán me ha informado de que su Gobierno acepta en principio la mediación de los cuatro Estados entre Austria y Rusia, reservándose, naturalmente, como aliado que es, el derecho de apoyar a Austria, si se la ataca. También ha recibido instrucciones para rogarme que intervenga cerca de Rusia, para lograr que la guerra quede localizada y a salvo la paz de Europa.

Respondí que la respuesta de Servia satisfacía más de lo que se podía esperar de las peticiones de Austria-Hungría. El mismo secretario de Estado germánico, había manifestado su opinión de que la nota austriaca contenía algunas exigencias punto menos que inaceptables para Servia. Añadí que no creía que el Gobierno servio se hubiese mostrado tan condescendiente, si Rusia no hubiese usado su conciliadora influencia en la capital de Servia, y que, ahora, realmente, donde más falta hacía predicar la templanza era en Viena.

Si Austria, dejando a un lado la nota servia sin querer discutirla siquiera, emprendía su marcha contra dicho Estado,

era la mejor señal de que estaba resuelta a aplastarlo, sin prestar atención a las consecuencias que esto pudiese traer. La respuesta de Servia debe al menos aceptarse como una base para entablar una reposada discusión. Añadí que todo esto debía hacerlo presente al gobierno austro-húngaro el embajador alemán en Viena.

Recordé que Alemania también manifestó sus temores si la guerra no lograba localizarse, y que si ahora Alemania prestaba incondicional ayuda a Austria contra Rusia, sería porque tal vez contrariaba sus intereses el que Austria fuese perjudicada, pero no en mérito de la justicia de la causa. Seguramente esto originaría otras complicaciones y de una en otra llegaríamos a la más espantosa conflagración europea que se ha conocido; pero, mientras Alemania trabaje para conservar la paz, nos tendrá a su lado. Insistí en que después de la nota servia era preciso producir en Viena corrientes de moderación».

Las negociaciones habidas entre Sir E. Grey y el conde Mensdorff, se resumen en la siguiente carta:

«Sir E. Grey a Sir M. Bunsen.

Ministerio de Negocios Extranjeros, 27 de julio 1914.

Señor embajador:

El conde de Mensdorff me ha informado hoy de que el Gobierno servio no ha aceptado las peticiones que el Gobierno austro-húngaro se vió obligado a hacerle, para preservarse sus más vitales intereses. Servia ha demostrado su propósito ma-

nifiesto de no renunciar a sus pretensiones de producir continuos desórdenes en los territorios fronterizos de Austria, y la final desmembración de la monarquía.

Muy contra sus deseos, y no sin alguna vacilación, el Gobierno austro-húngaro se ha creído en el deber de tomar algunas graves resoluciones que produzcan un cambio fundamental en la conducta de manifiesta hostilidad seguida por Servia hasta la hora presente.

No se le oculta al Gobierno inglés que Austria-Hungría ha tratado de conllevar durante años enteros las turbulencias de su vecino, cosa muy difícil dadas sus continuas provocaciones.

El asesinato de Sarajevo ha demostrado las terribles consecuencias de esta atroz propaganda y la continua amenaza que envuelve para Austria. Creemos llegado el momento de que el Gobierno austro-húngaro procure obtener, por medio de una presión enérgica, la dejación por parte de Servia de sus injustas aspiraciones, contrarias a la paz y seguridad de sus fronteras. Como ya se han agotado sin resultado los medios pacíficos, Austria no tiene más remedio que emplear la fuerza.

Según parece, no se ha llegado a esta resolución, sin antes pensarlo mucho, y esta actitud, que no tiene nada de agresiva, ha de ser considerado solamente como un acto de defensa propia. Es más, el Gobierno austro-húngaro está convencido de que presta un verdadero servicio a Europa, impidiendo que Servia continúe siendo un ele-

mento de discordia e intranquilidad, como ha sido durante los últimos diez años.

El alto espíritu de justicia que posee Inglaterra y sus hombres de Estado no pueden encontrar ninguna culpa en que el Imperio austro-húngaro defienda con la espada lo que es suyo, y aclare su situación respecto a un Estado cuya política hostil le ha obligado, durante el transcurso de años enteros, a tomar medidas tan costosas, que han causado graves perjuicios en la prosperidad nacional.

En resumen, el Gobierno austriaco, confiado en las buenas relaciones que nos unen, cree poder contar con vuestra simpatía en la lucha a que le han obligado, y con vuestra ayuda, si fuese necesaria, para localizar la acción.

El conde Mensdorff añadió, particularmente, que mientras Servia tuvo enfrente a Turquía, Austria no quiso tomar ninguna grave determinación, fiel a su política del libre desarrollo de los Estados Balkánicos. Ahora que Servia había duplicado su territorio y su población, sin que Austria se hubiese opuesto en lo más mínimo, la represión de las tendencias subversivas de Servia se imponía, como un acto de defensa propia por parte de Austria-Hungría. Reiteró que Austria no alimentaba intenciones agresivas, ni tenía intención de apropiarse ningún territorio vecino.

Yo dije que no penetraba bien el sentido que el Gobierno austro-húngaro daba a la nota servia, y referí al conde la con-

versación que había tenido aquella misma mañana con el embajador alemán, justamente sobre el mismo tema de la nota servia.

El conde Mensdorff admitió que sobre el papel quizá la contestación servia pudiera parecer satisfactoria, pero habían rechazado una cláusula, y es, a saber, la intervención de funcionarios austriacos para las investigaciones que se llevasen a cabo en territorio servio,—que hubiese sido la mejor garantía para impedirles continuar su campaña subversiva contra la monarquía austriaca.

Contesté que no parecía colegir de sus palabras la certidumbre que tenía el Gobierno austro-húngaro, de que, aun después de recibida la respuesta de Servia, podría llevar adelante la guerra sin temor a que Rusia se mezclara en ella. Si Austria estaba en disposición de declarar la guerra a Servia, y a la vez satisfacer a Rusia, nada tenía que decir, pero en caso contrario, las consecuencias serían incalculables. Expuse que no hacía más que repetir una frase del propio embajador de Alemania. Le manifesté mis temores de que en San Petersburgo quizás creyeran que la nota servia había apaciguado los ánimos, y al encontrarse con que las dificultades se habían aumentado, era posible que la situación tomase un carácter de inusitada gravedad, que aumentara la angustia de toda Europa.

Le insinué que la escuadra británica, debía dispersarse hoy, pero que habíamos dado

contraorden. No teníamos la menor intención de llamar a las reservas ni nuestra determinación tenía nada de amenazadora, pero admitiendo la posibilidad de una conflagración europea, no sería prudente dispersar nuestras fuerzas en tan críticos momentos, y que esto era prueba de la ansiedad que todos sentíamos. Mi opinión era que la respuesta servía entrañaba la mayor humillación que puede sufrir un Estado independiente, y que había sufrido un verdadero desengaño, al ver que el Gobierno austriaco no le concedía más importancia que si hubiese sido una rotunda negativa.

Quedo affmo., etc.

67.

E. Grey».

El 27 de julio, el embajador italiano manifestó a Sir A. Nicolson, secretario perpetuo del ministerio de Negocios Extranjeros inglés, que el Gobierno de Roma aceptaba la mediación de las cuatro potencias.

Al día siguiente, 28 de julio, se suspendieron todas las negociaciones, porque Austria-Hungría había declarado la guerra a Servia.

En París aún se manifestaron algunos sentimientos optimistas, esperando, entre otras cosas, que la actitud resuelta de las tres potencias que formaban la *Entente* bastaría para impedir la ruptura de las hostilidades europeas. Alguien insinuó que Austria se conformaría con la ocupación de Belgrado y negociaría después la paz, siguiendo la iniciativa rusa.

La declaración de guerra se hizo en los siguientes términos:

«No habiendo dado el Real Gobierno de Servia una respuesta satisfactoria a la nota que le presentó el ministro de Austria-Hungría en Belgrado el día 23 de julio de 1914, creemos necesario, para la defensa de nuestros intereses, recurrir a la fuerza de las armas.

Austria-Hungría declara, pues, que desde este momento se considera en estado de guerra con Servia.

(Firmado)

Conde Berchtold,

Ministro de Negocios Extranjeros del Imperio Austro-Húngaro.

El Dr. Dillon envió otra advertencia a la Europa Occidental, por medio del siguiente telegrama:

«Ya no queda la menor duda; nos hallamos en vísperas de la guerra. Hasta ahora la declaración oficial no se ha hecho, pero ya vendrá. No siendo Servia una de las naciones firmantes de la Convención de La Haya, no está obligada a declarar la guerra oficialmente; por eso no ha sorprendido a nadie el que sus soldados hayan hecho fuego contra tropas austriacas en Temes Kubín, pero el Gobierno austro-húngaro debe de proceder con el debido respeto a las obligaciones que tiene contraídas.

»El principal objeto de esta campaña será, como ya dije en mi información de ayer, el establecimiento de un equilibrio político en los Balkanes, y no se restablecerá la paz hasta que se haya conseguido.

»Aquí han corrido rumores de que Ru-

sia ha empezado la movilización de tropas en el Sur; en obsequio a la paz de Europa esperemos que estos rumores carezcan de fundamento, porque la movilización de hoy sería diferente por completo a lo que fué hace cuatro años o diez y ocho meses. La parte financiera es la misma; costará las mismas enormes sumas ahora que entonces. Pero no me equivoco, por desgracia, al afirmar, que este acto de Rusia provocará otros semejantes de Austria y Alemania y ahora tengo la completa seguridad de que ninguna de estas potencias moviliza para desmovilizar después, como han hecho otras veces. Esto lo afirmo rotundamente».

El pesimismo que se dejó sentir en las Bolsas a principios de la anterior semana y que tanto influyó en los cambios de Londres, se ha hecho más intenso y el pánico que se apoderó de los ánimos el martes, sobrepujaba a todos los que recordaban los agentes más viejos. Sólo el Centro de *Wall street* hasta ahora se había mantenido optimista, pero a estas fechas ya era creencia general que había que prepararse para lo peor.

En 27 de julio, justamente la víspera de la declaración de guerra, el Gobierno ruso envió una enérgica advertencia al austriaco. El lector lo verá minuciosamente en el siguiente telegrama que Sir Bunsen envió a Sir Grey aquel mismo día:

«Viena, 27 de julio 1914.

El embajador ruso ha tenido hoy una larga conferencia con el subsecretario del

ministerio de Negocios Extranjeros, Barón de Macchio. Aquél puso en conocimiento de éste que, como precisamente acababa de regresar de San Petersburgo, estaba bien enterado del pensamiento de su Gobierno y nación. Afirmó categóricamente que si estallaba la actual guerra, sería imposible localizarla, porque Rusia no estaba dispuesta a ceder de nuevo, como ya había hecho en varias ocasiones, especialmente durante la crisis de anexión de 1909. Su única esperanza era que se pudiese evitar la invasión de Servia. El Barón Macchio, respondió que eso le parecía muy difícil, pues ya había tenido lugar una escaramuza sobre el Danubio, en la que los servios habían sido los agresores. El embajador ruso dijo que estaba dispuesto a hacer cuanto le fuera posible para tener quietos a los servios, mientras duraran las negociaciones diplomáticas, añadiendo después que aconsejaría a su Gobierno empleara su influencia con Servia para inducir al Gobierno de ésta a evitar un conflicto durante todo el tiempo que pudiese, mandando retirar las tropas ante el avance austriaco. La tregua obtenida bastaría para hallar una solución aceptable, justamente había oído hablar de una entrevista muy satisfactoria entre el ministro de Negocios Extranjeros de Rusia y el embajador austriaco en San Petersburgo. El primero había reconocido que gran parte de las peticiones de Austria estaban ajustadas a la razón; y ambos representantes habían llegado a un acuerdo respecto a

las garantías que razonablemente se podía exigir a Servia como prenda de su futuro comportamiento. El embajador ruso insistió en que se dieran plenos poderes al embajador de Austria en San Petersburgo, a fin de que pudiera seguir la negociación con el ministro de Negocios Extranjeros ruso, quien estaba animado de las mejores intenciones para aconsejar a Servia que cediera hasta donde fuera compatible con su condición de Estado independiente. El Barón Macchio prometió transmitir estas manifestaciones al ministro.

El optimismo que aún animaba al Gobierno italiano puede verse por el siguiente telegrama enviado por el embajador británico en Roma a Sir Grey:

«Roma, 27 de julio 1914.

Ministro Negocios Extranjeros duda mucho de que Alemania quiera aconsejar verdaderamente a Austria que suspenda la acción militar durante la conferencia, pero tiene esperanzas de que esta acción quedará materialmente paralizada, si se logra que aquélla se reúna inmediatamente.

Según me informó, no creía que Austria llegara a retirar ninguna de las peticiones formuladas, pero si aun ahora Servia las aceptara, Austria tendría que darse por satisfecha y diferir el empleo de las armas, sobre todo si esta era también la opinión de las potencias reunidas.

El consejo de las cuatro naciones podría conseguir de Servia que aceptase la nota íntegra y esto le daría ocasión de decir que había cedido a los consejos de Eu-

ropa y no a las amenazas de Austria-Hungría.

Según me asegura el ministro, los telegramas de Viena que publicó la prensa de aquí diciendo que el Gobierno austriaco estaba muy satisfecho con las declaraciones del italiano, carecen de fundamento, pues el último no había manifestado ninguna opinión respecto a la nota. El ministro reiteró que tanto antes como después de la presentación de la nota y aún hoy mismo, el Gobierno austriaco le había afirmado que no exigiría de Servia ningún sacrificio de territorio».

Otra tentativa llevó aún a cabo Sir Grey para evitar el conflicto:

«Sir E. Grey a Sir E. Goschen.

Ministerio de Negocios Extranjeros, 28 de julio 1914.

Habiendo el Gobierno alemán aceptado en principio la mediación de las cuatro potencias entre Austria y Rusia, estoy dispuesto a que sea el secretario de Estado alemán el que trace las líneas de la forma que se ha de dar a estas conferencias. Sin embargo, no quiero dar publicidad a esta idea hasta que veamos qué rumbo toman las conversaciones directas entre Austria y Rusia».

En el mismo día se envió otro telegrama a Sir Buchanan:

«Ministerio de Negocios Extranjeros, 28 de julio 1914.

Vuestro telegrama de ayer, 27 de julio, me causa viva satisfacción, y espero que el cambio directo de impresiones entre Ru-

sia y Austria, tendrá un buen resultado práctico.

Estoy dispuesto a dar cuantos pasos sean necesarios para facilitar una solución, pero no veo bien claro qué es lo que el ministro de Rusia se propone aconsejar a Servia. ¿No sería preferible que antes se lo participara de una manera confidencial a Austria? Así tomaría una forma más concreta».

El período verdaderamente crítico empezó el 29 de julio, cuando el embajador de Rusia en Londres, conde de Benekendorff, participó a Sir Grey los siguientes

1.º Telegrama de Mr. Sazonoff al embajador de Rusia en Berlín, 28 julio 1914.

«En consecuencia de la declaración de guerra de Austria contra Servia, el Gobierno Imperial ruso, anunciará mañana (29) la movilización militar en los distritos de Odessa, Kieff, Moskou y Kazan. Os ruego reiteréis Gobierno alemán la total ausencia, por parte de Rusia, de intenciones hostiles a Alemania.

El embajador ruso en Viena permanece en su puesto».

2.º Telegrama al conde Benekendorff:

«La declaración de guerra de Austria, pone término a las comunicaciones directas entre esa potencia y Rusia. Es urgentísima la mediación del Gabinete de Londres para buscar una mediación que suspenda las operaciones militares de Austria contra Servia.

A menos que las operaciones militares sean suspendidas, las conferencias no ser-

virán más que para dar largas dejando libre a Austria para aplastar a Servia».

Con fecha 28 de julio telegrafió Sir M. Bunsen a Sir Eduardo Grey:

«Viena, 28 de julio 1914.

Acabo de saber por el embajador ruso en esta capital que el Gobierno austro-húngaro no ha aceptado la proposición del Gobierno ruso. La proposición se reducía a que se procurara encontrar la solución del conflicto por medio de unas entrevistas directas entre el ministro de Negocios Extranjeros ruso y el embajador de Austria en San Petersburgo, quien debería estar debidamente autorizado para ello.

La opinión del embajador ruso es que una conferencia en Londres por las potencias menos directamente interesadas, según propuso Inglaterra, sería la única probabilidad de conservar la paz europea, y está seguro de que el Gobierno ruso se prestará gustoso a la proposición. Mientras no haya habido choque de armas, no hay motivo para desesperar».

También el Gobierno alemán decía no haber perdido las esperanzas y Sir E. Goschen telegrafió lo siguiente:

«Berlín, 29 julio 1914.

De nuevo he sido llamado hoy por el Canciller; y éste me ha manifestado que con el mayor sentimiento debía participarme como el Gobierno austro-húngaro, al que se había apresurado a dar cuenta de la proposición de la Gran Bretaña, había respondido que los acontecimientos se ha-

bían precipitado, siendo ya demasiado tarde para aceptar el ofrecimiento de debatir la solución de la crisis sobre la base de la nota servia. S. E., según me dijo, que tan pronto como recibió esta respuesta, envió un mensaje a Viena diciendo que aunque, según su opinión, la respuesta de Servia estaba inspirada en cierto deseo de complacer a Austria-Hungría, comprendió perfectamente, en vista de las pasadas experiencias, que dicha potencia no se diera por satisfecha sin sólidas garantías de que sus peticiones serían íntegramente aceptadas.

Entonces se aventuró a decir que, sin duda, las hostilidades que estaba a punto de romper con Servia no tenían más objeto que proporcionarle esas garantías, puesto que el ministro austriaco había afirmado al embajador de Rusia que no deseaban ningún aumento de territorio.

Aconsejaba al Gobierno austriaco que si, realmente, eran esos sus designios, se apresurara a ponerlos de manifiesto. Un lenguaje franco sobre el particular, alejaría toda mala inteligencia.

Hasta el presente, según me dijo el Canciller, no había recibido la contestación de Viena.

Por el hecho de haberse atrevido a dar consejos a Viena en ese sentido, espera que la Gran Bretaña se persuada de que ha hecho todos los esfuerzos imaginables para impedir el peligro de las complicaciones europeas.

Y el participaros estos esfuerzos, es una

prueba de la confianza que le inspira Inglaterra, y de los vivos deseos que tiene de patentizar que ha aprovechado todas las ocasiones de colaborar en vuestra obra a favor de la paz, en general, obra que nadie aprecia mejor que él.

El mejor comentario a estos optimismos está en los sucesos que ocurrieron el miércoles 29 de julio. La decisión de Rusia de seguir movilizandó sus tropas, obligó a Alemania a poner su ejército en pie de guerra. El Gobierno alemán se manifestó intranquilo por efecto de la movilización rusa en sus fronteras. París, mientras por un lado seguía alimentando esperanzas, por otro hacía sus aprestos militares, y el Gobierno empezaba a tomar precauciones, incluso la de pedir a la prensa gran cautela en la publicación de noticias. El día antes, justamente, Mr. Asquith había dicho en la Cámara de los Comunes:

«Como ya tiene la Cámara conocimiento, el martes pasado, hizo Austria-Hungría una formal declaración de guerra contra Servia. La situación por el momento es de extraordinaria gravedad.

Sólo puedo limitarme a decir que el Gobierno de S. M. Británica no se da punto de reposo para hacer cuantos esfuerzos están en su mano a fin de limitar en lo posible el área del conflicto».

Las Bolsas habían caído en un completo colapso. El precio del trigo sufrió un alza importante.

CAPITULO V

El manifiesto del Emperador. Designios de Austrla.—
La oferta Alemana.

Al mismo tiempo el emperador Francisco José, decía en una carta a su primer ministro:

«Querido conde Stuerzk: He resuelto notificar al Real Gobierno Servio, por conducto de mis ministros del Interior y de Negocios Extranjeros, el principio de un estado de guerra entre esta monarquía y Servia. En esta hora crítica experimento la necesidad de expresar a mis queridos pueblos los sentimientos de mi corazón, y os ruego publicuéis el adjunto manifiesto.

Francisco José».

Ischl, 28 de julio 1914.

MANIFIESTO

«A mis pueblos:

Era mi más ardiente deseo consagrar, los pocos años que, por la Gracia de Dios, aún me quedan de vida, a los trabajos propios de la paz, y salvar a mis pueblos de los dolorosos sacrificios y penosas cargas que impone la guerra; pero la Providencia, en sus altos designios, ha dispuesto otra cosa. Las intrigas de un reino malévolo me han obligado a empuñar la espada, después de largos años de paz, en defensa de mi monarquía, para proteger su posición y su dignidad de potencia de primer orden, y para la seguridad de su conservación.

Dando pruebas de olvidadizo e ingrato, el reino de Servia que, desde su creación como estado independiente hasta hace muy poco tiempo, fué siempre sostenido por mis antecesores y por mí, viene demostrando hace años la más abierta hostilidad contra Austria-Hungría. Cuando después de seis lustros de fecundos trabajos por la pacificación y prosperidad de Bosnia y Herzegovina, hice extensivos a ambos territorios mis derechos soberanos, este acto despertó en Servia, cuyos derechos en nada perjudicaba, un movimiento de furiosa cólera, que no tardó en convertirse en profundísimo odio.

Mi Gobierno ha empleado durante todo

este tiempo los nobles privilegios del más fuerte, y con una consideración llena de benevolencia, se ha limitado a exponerle la conveniencia de reducir su ejército a un pie de paz y guardar en lo sucesivo una actitud correcta y amistosa.

Guiado por el mismo espíritu de moderación, cuando hace dos años se vió Servia envuelta en una lucha contra el Imperio otomano, mi Gobierno limitó su acción a la defensa de los más principales intereses de la monarquía, y a esta conducta debió Servia, en primer término, los beneficios que obtuvo en dicha guerra.

Las esperanzas de que el reino de Servia apreciase algún día nuestra paciencia y el amor a la paz de mi Gobierno, han sido constantemente defraudadas. La llama de su odio a mi persona y dinastía se ha encendido cada vez más, y cada vez se ha recatado menos de disimular sus propósitos de desprender a la fuerza pedazos de terrenos inseparablemente unidos a la Corona de Austria-Hungría.

Ha extendido al través de la frontera una propaganda criminal cuyo objeto no era otro que destruir los cimientos del Estado en la parte oriental de la monarquía, y envenenar a sus habitantes (a los que yo hacía extensiva mi paternal confianza, creyendo en su lealtad hacia la casa reinante y hacia la patria) con infames y sediciosas teorías, que pervertían a la juventud irreflexiva, concitándola a llevar a cabo no sólo actos reprobables, sino crímenes de alta traición.

Una conspiración bien organizada y llevada adelante con imperturbable energía, cuyos actos son toda clase de atentados criminales, que me han herido en el corazón, llevando el luto a mis fieles pueblos, son los frutos sangrientos de estas maquinaciones, inspiradas y preparadas por Servia.

Hemos de poner término a tan intolerables procedimientos, acabando al mismo tiempo con las eternas provocaciones de Servia. El honor y la dignidad de mi monarquía han de conservarse en toda su pureza, y su desarrollo económico, político y militar no puede estar sujeto a tales y tan continuas alteraciones. Han sido inútiles todos los esfuerzos de mi Gobierno que, en su deseo de conseguir tales fines por medios pacíficos, hizo a Servia una seria y última invitación a desistir de su criminal sistema.

Servia ha rechazado las justas y moderadas demandas de mi Gobierno, y rehusa conformarse con esas obligaciones, cuyo cumplimiento forma la natural y necesaria base en la vida pacífica de los pueblos y las naciones.

No me queda, pues, más recurso que obtener por la fuerza de las armas esas indispensables garantías, únicas que pueden asegurar la tranquilidad y la paz interior y exterior en mis estados.

En esta hora solemne me doy plena cuenta de toda la magnitud de mi resolución y de mi responsabilidad delante del Sumo Hacedor. Todo lo he examinado y pesado

con madura reflexión, y con serena conciencia doy el paso a que me obliga mi deber.

Confío en mi pueblo, cuyo amor y lealtad no me han faltado nunca en las numerosas tormentas que hemos atravesado juntos, y yo, a mi vez, estoy dispuesto a llevar a cabo los mayores sacrificios por la grandeza, el poder y el honor de nuestra patria. Confío en el valiente y fiel ejército austro-húngaro, y confío en la Justicia Divina que concederá la victoria a mis armas.

Francisco José».

Con la misma fecha el Dr. E. J. Dillon dirigía esta otra advertencia al pueblo británico:

«La necesidad de nivelar las fuerzas en la península balcánica y de establecer allí un durable equilibrio, como término del presente conflicto, se considera aquí como cosa indiscutible. Constituye la inevitable base para cualquier proyecto que quiera conducir a un arreglo pacífico de la cuestión. Austria no quiere expansión territorial para sí misma, pero tiene el convencimiento de que la partición que se hizo de las provincias arrancadas a Turquía, fué injusta o, mejor dicho, contraria a la naturaleza, y, por consiguiente, incompatible con la tranquilidad, que es su primer elemento de bienestar.

Así, pues, este principio habrá de aceptarse como fundamento para cualquier acuerdo, venga éste por mediación de las

potencias extranjeras, o sea el resultado de una campaña feliz. No puede permitirse por más tiempo a Servia la difusión de ideas subversivas que paralicen la máquina del Gobierno en Bosnia.

Si las potencias amigas de la paz, que están ahora dedicándose a la humanitaria, tarea de poner término a las hostilidades y a apurar todos los arbitrios para que no estalle la guerra, quieren verdaderamente obtener éxito en el laudable fin que se proponen, antes de dar un paso más, acepten sin comentarios la base que he apuntado antes. Como es de vital interés para la doble monarquía, no podrá ser sustituida por ningún subterfugio, ni discutida académicamente por ninguna potencia interesada en ello.

Otra consideración importantísima gira en torno de los distintos métodos de llevar a la práctica la localización de la lucha; el cese de las hostilidades, y la amistosa reunión en conferencia. Estos métodos, desde luego han de tener un carácter eminentemente pacífico. Las amenazas producirían un efecto desastroso, por ejemplo, sería un error estupendo el creer que la movilización de Rusia podría hacer comprender a Austria-Hungría las tremendas consecuencias que se acercaban y que este temor la haría retroceder; no lo creais, Austria no se forja ninguna ilusión respecto a esas probabilidades de la presente crisis, sino que las ha pesado todas cuidadosamente y por anticipado.

Sólo después de largas vacilaciones, re-

flexiones y paciencia ilimitada, se ha decidido a llevar las cosas al extremo. Y este examen preliminar de las contingencias ha sido tan completo como el de las precauciones tomadas. Es decir, que la amenaza de la movilización sólo puede tener un resultado contrario al fin que se busca.

Desde el momento en que Rusia movilice contra Austria-Hungría, esta nación y el Imperio germánico responderán en el mismo tono; y las operaciones militares se proseguirán hasta ese último término que tan gráficamente describe Sir Grey en sus proposiciones.

En interés de la paz europea, que aún puede salvarse, a pesar de las hostilidades proclamadas, es necesario que se agoten todos los medios de presión amistosa antes de recurrir a una medida tan amenazadora como la movilización.

Declarada oficialmente la movilización rusa, Austria y Alemania no podrán impedir la, por tanto tiempo temida, guerra europea.

La actitud con que aquí se ha acogido, y es seguro que en Alemania también, la proposición de Sir E. Grey, confirma todo lo que llevo dicho sobre el origen de las diferencias entre Austria y Servia, así como también el objeto de la campaña. Las manifestaciones de su deseo de no intervenir entre las dos naciones, han sido recibidas con muestras de calurosa aprobación de igual modo que la oferta de sus buenos oficios como mediador. Entre Austria y Servia no sólo no se debe mezclar

nadie, sino que también se debe dejar a ambos contendientes que determinen, sin ajena influencia, tanto el plan de la campaña como las condiciones en que se ha de concluir la paz.

Austria no puede alejarse de estos principios. Si, por el contrario, una tercer potencia se creyese autorizada para intervenir y regular la extensión del desagravio impuesto a Serbia, esta intervención crearía un precedente algo parecido a la doctrina de Monroe, que Austria no puede tolerar.

Respecto a la suspensión de hostilidades mencionada en la proposición de Sir Grey, llega demasiado tarde. La máquina de la guerra ha empezado a funcionar y no hay nada capaz de detenerla. La insinuación de localizar la guerra, ha sido recibida con general aplauso y seguramente será apoyada por Austria y Alemania. He de añadir que hasta ahora no hay entre la diplomacia de Austria y Rusia ninguna nota discordante que pueda justificar el temor de una colisión entre estas dos potencias.

El 29 de julio, Sir Mauricio Bunsen telegrafió a Sir Grey participándole que nada se podía hacer para impedir la prosecución de la guerra entre Austria y Serbia. El mismo día se recibió otro despacho telegráfico de Sir Rennell Rodd, diciendo que el ministro de Negocios Extranjeros italiano estaba conforme con la idea de celebrar una reunión en Londres, para cambiar impresiones; a lo que respondió Sir E. Grey:

«Ministerio de Negocios Extranjeros, 29 de julio 1914.

Me es imposible iniciar aquí ninguna reunión de Embajadores, pues según he sabido por el ministro de Negocios Extranjeros de Austria, esta potencia no está dispuesta a aceptar ninguna clase de discusión sobre la base de la nota servia y el resumen de todo lo que he oído de Viena y Berlín es que Austria se niega a aceptar ninguna mediación de potencias entre ella y Servia. Ministro de Negocios Extranjeros italiano debe acudir directamente a Viena o Berlín. Mucho celebraré que sus gestiones obtengan favorable acogida».

En el Libro Blanco, sigue a este telegrama uno de los más importantes de la serie. Lo firma el señor H. D. Beaumont, delegado británico de la Comisión Financiera Internacional, establecida en Atenas; está dirigido a Sir E. Grey, y arroja vivísima luz sobre los designios de Austria con respecto a Servia y al nuevo territorio adquirido recientemente por ésta como resultado de la guerra de los Balcanes. Telegrafía Mr. Beaumont:

«Constantinopla, 29 de julio 1914.

He creído comprender que los designios de Austria pueden extenderse mucho más lejos que al Sanjak y a una ocupación de todo el territorio servio. Lo presumo por unas frases que pronunció el embajador austriaco, quien se lamentó de la deplorable situación económica que reina en Salónica, bajo la administración griega, y añadió que la población musulmana des-

contenta del Gobierno servio, podía contar con la ayuda de las armas austriacas».

Hasta en el mismo día 29 continuaron los esfuerzos en favor de la paz como puede verse por este telegrama, enviado por Sir Grey a Sir Goschen:

«Ministerio de Negocios Extranjeros, 29 de julio 1914.

El embajador alemán me ha dicho por encargo del Canciller que éste hace todo lo posible por intervenir entre Austria y Rusia, y espera un resultado satisfactorio. Ambas potencias están en constante comunicación, y él procurará obtener de Viena el que explique, en cumplida forma, a San Petersburgo la extensión de los procedimientos que piensa emplear en Servia. No le oculté al embajador alemán que si las dos potencias llegan a un acuerdo directo, será la mejor solución del asunto. No quiero hacer ninguna proposición, mientras ésta tenga esperanzas de éxito, pero mis informes de esta mañana son, que el Gobierno austriaco no ha aceptado la oferta del Gobierno ruso, de que envíe instrucciones a su embajador en San Petersburgo para que pudiese discutir directamente con el ministro de Negocios Extranjeros ruso, los medios de arreglar el conflicto austro-servio. Los corresponsales que tiene aquí la prensa rusa, han recibido la noticia de que el Gobierno ruso moviliza. El Gobierno alemán ha dicho que si es necesario no se negará a una mediación entre Austria y Rusia. Según parece, encuentran demasiado formal el sis-

tema de conferencia diplomática en Londres y aun las sencillas *conversations à quatre*. Insté al Gobierno alemán para que propusiera un procedimiento en que se pudiera utilizar la influencia de las cuatro potencias para mediar entre Rusia y Austria. Francia está conforme; Italia también. Todos estamos dispuestos a aportar nuestra cooperación, tan luego como Alemania indique un medio si es que no acepta el que yo he propuesto. En una palabra, no se espera más que la proposición de Alemania, si es que ésta realmente quiere hacer algún esfuerzo en interés de la paz».

La primera insinuación de lo que más tarde, en 6 de agosto, llamó Mr. Asquith, *la infame proposición de Alemania*, estaba contenida en un telegrama enviado el 29 de julio a Sir Grey, por el embajador británico en Berlín:

«Berlín, 29 de julio 1914.

«El Canciller me ha mandado llamar esta noche. S. E. acababa de regresar de Potsdam.

Dijo que si Rusia atacaba a Austria temía que fuese inevitable una conflagración europea, pues a pesar de sus continuos esfuerzos en favor de la paz no podían faltar a sus obligaciones como aliados de Austria. Después pasó a rogarme encarecidamente que Inglaterra conservara su neutralidad. Me dijo que según tenía entendido uno de los principios fundamentales de la política inglesa, era el que la Gran Bretaña nunca prestaría su ayuda

material a Francia, y dejaría a ésta seguir su suerte en cualquier conflicto que se presentara. Pero no era este el fin que pretendía Alemania; con tal de que la neutralidad de Inglaterra fuera cierta, el Gobierno Imperial no tenía inconveniente en dar a la Gran Bretaña todas las seguridades de que no aspiraba a ninguna adquisición territorial a costa de Francia por victoriosa que resultara de cualquier guerra.

Interrogué a S. E. respecto a las colonias francesas, y me dijo que respecto a ese particular no podía hacerme las mismas afirmaciones. En cuanto a Holanda, sin embargo, S. E. dijo que mientras los adversarios de Alemania respetaran la integridad y neutralidad de los Países Bajos, Alemania estaba dispuesta a dar al Gobierno de S. M. Británica la seguridad de que haría lo mismo. Dependía del giro que tomaran los acontecimientos en Francia, el que las tropas alemanas se vieran o no obligadas a atravesar Bélgica; pero si llegaba este caso la integridad de Bélgica sería respetada tan luego como hubiese acabado la guerra, si es que no había hecho armas contra Alemania. S. E. concluyó diciendo que todas las aspiraciones de su política, desde que tomó posesión del cargo de Canciller, habían sido constantemente, como no ignorábamos, llegar a un acuerdo con Inglaterra; y esperaba que estas espontáneas declaraciones podrían formar la base para llegar a la deseada inteligencia. Tenía en proyecto un

tratado general de neutralidad entre Inglaterra y Alemania, aunque naturalmente no era el momento oportuno para discutir pormenores, pero la seguridad dada por la Gran Bretaña de permanecer neutral, en el conflicto que probablemente iba a presentarse, le daría nuevos alientos, para llevar a cabo la realización de su deseo.

En respuesta a la pregunta que me hizo sobre la opinión que formaríais de su proposición, dije que no me parecía probable que al punto que habían llegado las cosas, quisiérais contraer ningún compromiso, y que, a mi entender, la Gran Bretaña se reservaría su libertad de acción.

Habiendo terminado nuestra conferencia sobre este asunto, comuniqué a S. E. el contenido del telegrama que he recibido hoy, y me encargó que os hiciese presente sus más expresivas gracias».

La primera vez que se menciona la actitud de Inglaterra hacia Francia es en la siguiente carta de Sir Grey a Sir Bertie:

«Ministerio de Negocios Extranjeros, 29 de julio 1914.

Señor embajador.

Después de comunicar hoy a Mr. Cambon la gravísima situación en que nos hallábamos, añadí que pensaba decirle al embajador alemán, que no interpretara el tono afectuoso de nuestras relaciones como una falsa seguridad de que permaneciéramos inactivos, si los esfuerzos que hacemos en común con Alemania en pro de la paz resultan ineficaces. Llegué a decir Mr. Cam-

bon que me creía en el deber de informarle que la opinión pública juzgaba las presentes dificultades, con un criterio totalmente distinto al juicio que mereció el conflicto marroquí de hace pocos años. El conflicto de entonces era uno en que estaba principalmente interesada Francia y en el que Alemania, en su deseo de quebrantar a aquélla, promovía una disputa sobre una cuestión, objeto de un especial tratado entre Francia y nosotros. En el presente caso las diferencias son entre Austria y Servia y no nos consideramos llamados a intervenir; aun cuando fuesen entre Austria y Rusia, tampoco creeríamos necesaria nuestra intervención. Entonces la fase del asunto sería la supremacía teutónica o eslava en los Balkanes, y nosotros por principio siempre hemos rehuído el vernos envueltos en una guerra balcánica.

Si Francia se ve mezclada y Alemania toma parte, no hemos pensado aún lo que haríamos, pues vale la pena de reflexionarlo maduramente. Francia entonces habría sido arrastrada a tomar parte en una contienda que no era suya, pero en la que por su alianza, su honor e interés la obligaban a intervenir. Nosotros que estamos libres de compromisos, tendríamos que decidir lo más conveniente para los intereses británicos.

Creía necesario hacer las anteriores declaraciones, pues sabía yo que el embajador francés no ignoraba las precauciones que tomamos con nuestra flota, y, además, porque estando a punto de informar

al príncipe Lichnowsky que no contara con nuestro alejamiento del teatro de la guerra; no me parecía correcto que Mr. Cambon se viera erróneamente inducido a creer que nosotros habíamos decidido lo que habríamos de hacer, en una contingencia, que aún espero no llegará.

Mr. Cambon manifestó que había explicado la situación con gran claridad. Había comprendido que permaneceríamos alejados de un combate balcánico en que se decidiera si debe dominar la supremacía teutona o eslava; pero que, si a consecuencia de esto surgieran complicaciones que obligaran a Francia y Alemania a participar de la lucha, convirtiéndose esta en una cuestión de hegemonía europea, entonces decidiremos lo que más convenga a nuestros intereses. Parecía preparado a esta conclusión, y no le dedicó el menor comentario.

Dijo que la opinión en Francia estaba tranquila pero decidida. Esperaba una demanda de Alemania, solicitando la neutralidad de Francia, mientras Alemania atacaba a Rusia. Naturalmente no podrían acceder a semejante petición, pues estaban obligados a ayudar a Rusia, si ésta era atacada.

Vuestro affmo., etc.

E. Grey».

Al mismo tiempo se envió una amistosa advertencia al príncipe Lichnowsky y se informó a Sir E. Goschen inmediatamente:

«Ministerio de Negocios Extranjeros, 29 de julio 1914.

Señor embajador.

Después de hablar esta tarde con él embajador alemán, acerca de la situación de Europa, le dije que quería hacerle una privada y amistosa advertencia. Empecé por decirle que la situación era gravísima, añadiendo después, que mientras las cosas estén localizadas dentro de los actuales límites no teníamos la menor idea de tomar parte activa en el asunto. Pero que si Alemania entraba en la contienda y Francia la seguía, las consecuencias podrían ser tan incalculables, que afectarían a todos los intereses de Europa, y que le advertía no interpretara el amistoso tono de nuestra conversación, que espero podremos conservar siempre, como una garantía de nuestra neutralidad.

Me dijo que lo comprendía perfectamente, pero a su vez preguntó si es que mi pensamiento era anunciar una posible intervención en un caso dado. Repliqué que nada más lejos de mi ánimo que decir ni hacer nada, que de cerca o de lejos semejase a una presión o amenaza. Si ni Francia ni Alemania tomaban parte, no había para que hablar de nuestra intervención. Pero como era imposible prever los resultados que estas complicaciones podrían tener; en el caso de ir en ellas envueltos los intereses de la Gran Bretaña, necesitábamos reservarnos completa libertad de acción, para poder intervenir con la rapidez que demandara el curso de los acontecimientos. Le reiteré que esperaba no se alteraría el curso de nuestras amis-

tosas relaciones, y seguiría en inmediato contacto con el Gobierno alemán, para poder juntos colaborar en favor de la paz, pero si nuestros colectivos esfuerzos eran infructuosos y las circunstancias se agravaban hasta el punto de amenazar los intereses europeos, no quisiera exponerme a merecer ningún reproche por parte de quien pudiese decirme después que el afectuoso tono de nuestras conversaciones le había hecho creer en las seguridades de nuestra neutralidad, y que de haber sabido lo contrario a tiempo, hubiera sido otro el curso de los acontecimientos.

El embajador alemán no pareció comprender el alcance de mis palabras y se limitó a decirme que su opinión era la misma que ya había manifestado en Berlín, acerca del conflicto actual.

Queda vuestro affmo., etc.

E. Grey».

El conde Mensdorff, en la entrevista que tuvo el día 29 con Sir Grey dió una nueva versión de la actitud de Austria, que el ministro se apresuró a comunicar a Sir Mauricio de Bunsen. El último párrafo de la carta contiene un principio diplomático:

«Ministerio de Negocios Extranjeros, 29 de julio 1914.

Señor embajador.

El embajador de Austria me ha participado hoy, que ha concluído una larga memoria en la que expone los motivos de queja dados por Servia a Austria, seguido de una información detallada, de la ne-

cesidad en que se ha visto Austria de dar el paso decisivo.

Yo le dije que no tenía ningún interés en discutir la cuestión entre Austria y Serbia, que las noticias de hoy me parecían muy malas. No se permitía a las potencias procurar una satisfacción a Austria como habrían podido hacerlo si se les hubiese dado oportunidad para ello, dejando asegurada la paz europea.

El conde Mensdorff me hizo presente que la guerra con Serbia era inevitable. Austria no podía exponerse a movilizar una vez y otra, como ya le había sucedido en los últimos años. No alimentaba el menor deseo de conquistas territoriales y su única aspiración es poner a salvo sus derechos. Repuse que sería muy posible que sin intervenir directamente en la administración de Serbia ni privarle de ningún territorio, Austria la convirtiera en una especie de Estado tributario.

El conde rechazó esta insinuación.

En contestación a mis preguntas respecto al efecto que la actitud de Austria podría producir en la situación de Rusia en los Balkanes, respondió que antes de la última guerra Serbia se había considerado siempre como perteneciente a la esfera de influencia austriaca.

Queda vuestro, etc.

E. Grey».

Los incidentes que se sucedieron en el desarrollo de esta situación están compendiados en los siguientes telegramas, copiados del Libro Blanco:

«De Sir M. de Bunsen a Sir Eduardo Grey.—Recibido el 30 de julio 1914.

Viena, 29 de julio 1914.

Acabo de saber que ha sido ordenada, en Rusia la movilización de las fuerzas que han de operar en la frontera austriaca. El propio embajador de Rusia es quien me lo ha participado. El ministro de Negocios Extranjeros de aquí se ha enterado, por fin, aunque algo tarde, de que Rusia no permanece indiferente en esta crisis. Creo que la noticia de la movilización rusa no será una sorpresa para el ministro, pero todavía no es del dominio público en Viena, hoy por hoy.

A menos de una inmediata mediación, a la que el Gobierno alemán se mostró dispuesta de acuerdo con las tres potencias, no directamente interesadas, mediación capaz de cortar el avance de tan amenazadores sucesos, me parece que dadas las actuales disposiciones de Austria, se van a tomar determinaciones irrevocables. El embajador de Alemania simula sorprenderse de que los asuntos de Servia, despierten tanto interés en Rusia. Mis dos colegas de Francia y Rusia han conferenciado hoy con él. El embajador de Rusia manifestó que aún conserva esperanzas de llegar a un arreglo y añadió que Rusia no puede menos de interesarse seriamente en la presente contienda. Rusia, según dijo, había hecho todo lo humanamente posible en Belgrado, para lograr que Servia acogiera las principales cláusulas de Austria de un modo favorable, y quizás se logra-

ría que fuese lejos en el terreno de las concesiones, si alguien lo solicitara con cierto tacto y habilidad; pero estaba justamente ofendida por habérsela excluído de estas negociaciones, y esto no podía consentirlo. El embajador alemán dijo que, si se hacía alguna proposición que tuviera probabilidades de ser aceptada por ambas partes, él, según su opinión personal, creía que el Gobierno alemán, no se negaría a ejercer de mediador con las otras tres potencias.

Por lo que dijo el embajador ruso, creí adivinar que éste siente grandes temores del efecto que causará sobre la opinión pública rusa la noticia del compromiso adquirido. Pude comprender que Rusia está dispuesta a secundar aún las demandas de Austria a Servia».

De Sir M. de Bunsen a Sir E. Grey:

«Viena, 30 de julio 1914.

El embajador de Rusia, espera que la movilización rusa se tomará como lo que es, es decir, una enérgica intimación para recordar que Rusia debe ser consultada respecto a la cuestión servia, pero lo que él ignora es como lo está tomando aquí el Gobierno. Dice, además, que el Gobierno ruso quiere tener la garantía de que no se destrozará a Servia, pero que comprende muy bien el que Austria-Hungría se viese en la necesidad de tomar las medidas necesarias para la seguridad de sus provincias eslavas contra la continua propaganda inspirada en territorio servio.

El embajador de Francia ha tenido noticias de Berlín, en las que se dice que el embajador alemán en Viena ha recibido instrucciones para hablar seriamente al Gobierno austro-húngaro procurando disuadirle de provocar con sus actos una guerra europea.

Por desgracia, el mismo embajador está tan identificado con las ideas antirusas y antiservias que aquí se cree que es difícil pueda abogar en esta causa con entera imparcialidad.

Aunque no he tenido medios de confirmarlo, he recibido informes privados en los que se afirma que el embajador alemán conocía el texto de la nota austriaca antes de publicarse ésta, y que inmediatamente se lo había teleografiado al emperador. Me consta por el mismo embajador que ha puesto comentarios a cada línea».

Sir M. de Bunsen a Sir E. Grey:

«Viena, 30 de julio 1914.

El embajador nos ha participado esta tarde al embajador francés y a mí, en la embajada del último, donde por casualidad nos encontramos, la afectuosa entrevista que había tenido con el ministro de Negocios Extranjeros. El ministro le dijo que puesto que Rusia había movilizado, Austria no podía menos de hacer lo mismo. Esto no debía ser considerado como una amenaza, sino únicamente como precaución militar, semejante en un todo a la adoptada al otro lado de la frontera. Añadió que no tenía inconveniente en que

el ministro de Negocios Extranjeros ruso reanudara sus conversaciones con el embajador austriaco, pero no dijo qué podrían tomar por base la respuesta servia.

En conjunto el embajador ruso no se muestra descontento. En virtud de un rumor que anunciaba que Austria declararía la guerra en respuesta a la movilización rusa, ya había empezado a hacer sus preparativos de marcha, pero ahora espera que podrá evitarse la guerra entre ambas potencias».

Como se ve los embajadores trabajaron hasta el último instante por la conversacion de la paz; también la diplomacia ha dado pruebas de sentimientos humanitarios. Así lo confirma el sentido telegrama enviado por Sir G. Buchanan, a Sir E. Grey el día 30 de julio:

«San Petersburgo, 30 de julio 1914.

Embajador francés y yo hemos visitado ministro de Negocios Extranjeros esta tarde. S. E. nos manifestó que el embajador alemán, le había participado ayer noche, que su Gobierno estaba conforme con garantizar que el Gobierno austro-húngaro respetaría la integridad de Servia. A esto había replicado él que sería muy posible que así fuese, pero que no por eso dejaría Servia de convertirse en un Estado tributario como ya se habían dado varias casos en circunstancias parecidas, y que en Rusia estallaría una revolución popular si se permitieran semejantes cosas.

Mr. Sazonoff, nos aseguró que el Gobierno ruso tenía pruebas evidentes de que

el Gobierno alemán estaba haciendo preparativos militares y navales, contra Rusia, sobre todo hacia el Golfo de Finlandia.

Embajador alemán ha vuelto a tener otra entrevista con el ministro a las 9 de la madrugada, en la que ambos quedaron convencidos de que la guerra era inevitable. El embajador hizo un llamamiento a los sentimientos humanitarios del ministro, rogándole dijese algo que se pudiera telegrafiar al Gobierno germánico como una última esperanza. Demostrando sus buenos deseos, Mr. Sazonoff, alargó al embajador la siguiente fórmula escrita en francés y cuya traducción literal copio:

«Si Austria, reconociendo que el conflicto creado con Servia, está próximo a revestir caracteres de cuestión europea, se aviene a suprimir de su nota algunos puntos que violan el principio de soberanía de Servia, Rusia se compromete a suspender todos los preparativos militares.

Si Austria rechaza esta proposición, se continuará la movilización, y su inevitable resultado será una guerra europea. Los ánimos están aquí excitados en extremo, tanto, que si Austria rechaza el hacer alguna concesión, Rusia no podrá detenerse, y ahora que conoce los aprestos militares que está haciendo Alemania, casi es imposible que retarde el convertir, por razones estratégicas, la movilización parcial en total».

El modo como la Gran Bretaña rechazó *la infame proposición* está explicado en el

siguiente telegrama de Sir E. Grey a Sir Goschen: *

«Ministerio de Negocios Extranjeros, 30 de julio 1914.

El Gobierno de S. M. Británica no puede ni por un momento aceptar la proposición del Canciller del Imperio, y comprometerse a permanecer neutral en semejantes términos.

Lo que se nos pide es que permanezcamos inactivos, mientras Alemania se apodera de las colonias francesas, y destroza a esta nación, en tanto que no se anexe su territorio en Europa.

Considerada en su materialidad, esta proposición es de todo punto inaceptable, pues sin perder nada de su territorio europeo, Francia puede quedar tan quebrantada, que hasta pierda su categoría de potencia de primer orden, quedando convertida en una especie de Estado subordinado a la política germánica.

Además, sería una deshonra para nosotros hacer semejante arreglo con Alemania a expensas de Francia, una deshonra que para siempre empañaría el buen nombre de nuestra patria.

El Canciller también solicita que arrojemos como lastre inútil nuestras obligaciones e intereses respecto de la neutralidad belga. No podemos entrar en semejantes tratos.

Después de esto, es inútil llegar hasta el fin, para examinar qué ventajas nos ofrece la neutralidad propuesta por Alemania, puesto que así habríamos de en-

tregarnos a ella, atados de pies y manos. Preferimos conservar nuestra completa libertad para obrar, según requieran las circunstancias en esta lamentable crisis que el mismo Canciller considera como posible.

Podéis hablar en este sentido al Canciller, y decirle con la mayor seriedad que el único medio de conservar la buena inteligencia entre Alemania e Inglaterra es que ambas sigan colaborando juntas para el sostenimiento de la paz europea. Si triunfamos en dicho propósito no dudo que *ipso facto* las relaciones entre ambos países serán más estrechas y cordiales. Para tal fin, el Gobierno de S. M. Británica está dispuesto a trabajar con tanto celo como buenos deseos.

Añadiré: si logramos conservar la paz de Europa y conjurar la presente crisis, sin desgracias que lamentar, mi principal atención será promover un arreglo en que tome parte Alemania, para que ésta pueda estar segura de que ni Francia, ni Rusia, ni nosotros, juntos ni separados, abrigamos ningún propósito hostil contra ella ni su aliada. Hace tiempo que tengo este deseo y he trabajado por él en la última crisis balcánica, y si Alemania estuviera animada del mismo espíritu, nuestras relaciones habrían mejorado notablemente.

Esta idea, al principio, se parecía demasiado a una utopía para poder hacer sobre ella ninguna proposición formal, pero si la presente crisis, la más aguda que ha tenido lugar durante varias generaciones, llegara a resolverse felizmente, tengo fun-

dadas esperanzas de que la natural reacción que provocará, hará posible una aproximación más definida entre los Estados, de lo que las circunstancias han permitido hasta ahora».

Como parecía que se iba haciendo inevitable la cooperación anglo-francesa en la lucha armada, Mr. Cambon fué a visitar a Sir Grey. El resultado de esta contienda está condensado en una carta de Sir E. Grey a Sir F. Bertie en la que le incluye varias copias de documentos explanatorios:

«Ministerio de Negocios Extranjeros, 30 de julio 1914.

Señor embajador.

Mr. Cambon me ha recordado hoy la carta que le escribí hace dos años y en la que decía que si la paz de Europa se veía seriamente amenazada, nos reuniríamos inmediatamente para ponernos de acuerdo sobre la conducta que convendría seguir. Para mayor claridad incluyo dos copias una de mi carta a Mr. Cambon y otra de la respuesta de dicho diplomático. Según me ha dicho el embajador de Francia la paz no se ha visto nunca tan amenazada como lo está ahora. Añadió que no quería preguntarme directamente si pensábamos intervenir, pero que se holgaría de conocer nuestro modo de pensar en estos difíciles momentos, y qué pensábamos hacer si se presentaban ciertas complicaciones. La hipótesis que tenía *in mente* ya se comprende que era una agresión de Alemania a Francia. Me entregó un informe cuya copia también incluyo, en el

que se demuestra que los preparativos militares alemanes, estaban más adelantados y eran más ofensivos para las fronteras que todo cuanto Francia había hecho hasta ahora. Añadió el embajador serle conocido de antemano que la agresión tomaría la forma de una intimación a cesar en sus preparativos militares, o de una petición recabando la neutralidad de Francia, caso de estallar una guerra con Rusia. Francia no podía admitir ninguna de las dos cosas.

Le dije que mañana temprano tendríamos Consejo de ministros y que deseaba verle por la tarde.

Quedo vuestro, etc.

E. Grey».

COPIA ADJUNTA NUM I

Carta de Sir E. Grey a Mr. Cambon:

«Ministerio de Negocios Extranjeros, 22 de noviembre 1912.

Querido embajador.

Durante los últimos años, con cierta frecuencia los peritos navales franceses e ingleses se han consultado mutuamente en asuntos militares y navales. En estas consultas, siempre se ha sobreentendido, que los respectivos Gobiernos se reservarán su libertad para decidir en el hecho de presentarse ocasión, si habrían de prestarse o no mutua ayuda material. Hemos convenido en que una consulta entre autoridades en la materia, no puede ni debe ser considerada, como un compromiso que

obligue a un Gobierno a obrar de determinada manera en una contingencia que hoy no existe, y esperamos que no existirá jamás.

La disposición de las respectivas flotas, francesa e inglesa, por el momento no se funda en ningún compromiso de cooperación en caso de guerra.

Habéis insinuado a esto que si cualquiera de ambos Gobiernos tuviera fundadas razones para temer una agresión (no provocada), por parte de una tercera potencia, sería esencial que supiera en este caso si podía contar con la ayuda de las fuerzas del otro.

Convengo en que si cualquiera de ambos Gobiernos tiene fundadas razones para temer un ataque, no provocado por él, por parte de una tercera potencia o cualquier contingencia que amenace la paz de Europa, será necesario reunirnos inmediatamente para ponerse de acuerdo ambos Gobiernos, a fin de convenir el modo más conveniente de repeler la agresión y conservar la paz de Europa, tomando en común las medidas conducentes a ello. Si tales determinaciones implicaran acción militar se consultará, sin pérdida de tiempo, a los dos Estados Mayores, y los Gobiernos resolverán la aplicación que se ha de dar a los planes presentados.

Vuestro etc.

E. Grey».

COPIA ADJUNTA NUM 2

Mr. Cambon a Sir Grey (traducción):

«Embajada Francesa de Londres, 23 de noviembre 1912.

Querido Sir Eduardo.

En vuestra carta de fecha 22 de noviembre, me recordáis que en los últimos años las autoridades en asuntos militares y navales, francesas e inglesas, se han consultado frecuentemente unas a otras, pero que siempre ha de tenerse entendido que dichas consultas no restringen en lo más mínimo la libertad de sus respectivos Gobiernos, creando entre ellos compromisos que les obligarán a una acción determinada para el caso de sobrevenir ciertas eventualidades; pero que yo insinué que si uno de los Gobiernos tenía graves motivos para temer una agresión no provocada, de una tercera potencia, sería muy conveniente saber hasta qué punto se podía contar con la ayuda del otro. Vuestra carta viene a resolver mis dudas, y estoy autorizado para deciros que si uno de los dos Gobiernos tiene motivos fundados para temer una agresión no provocada, de una tercera potencia o algún acontecimiento que pueda alterar la paz de Europa, el Gobierno amenazado, se pondrá inmediatamente en contacto con el otro para entre ambos examinar la cuestión, y de común acuerdo, decidir si es que han de tener una acción común para rechazar la agresión o con-

servar la paz. Si se decide esto, los dos Gobiernos deliberarán para acordar en común las determinaciones más convenientes; y en el supuesto de que éstas envuelvan acción militar, ambos Gobiernos solicitarán en el acto los planes de sus respectivos Estados Mayores, y decidirán por último el curso que se ha de dar a dichos planes.

Queda vuestro etc.

Pablo Cambon».

COPIA ADJUNTA NUM 3

Ministerio de Negocios Extranjeros francés a Mr. P. Cambon (traducción):

«El Gobierno alemán ha colocado ayer (viernes) puestos avanzados en nuestra frontera. Patrullas alemanas han penetrado dos veces en nuestro territorio. Hemos retirado los puestos avanzados a diez kilómetros de la frontera. La población local protesta de que se la deje así abandonada y expuesta a los ataques del enemigo, pero el Gobierno quiere que no existan dudas en la opinión pública y sobre todo en el Gobierno británico, respecto a que Francia no ha sido la agresora.

Todo el cuerpo de ejército núm. 16 de Metz reforzado por parte del 8 de Tréveris y Colonia, está ocupando la frontera de Metz al Luxemburgo. El cuerpo de ejército núm. 15 de Estrasburgo, se ha aproximado a la frontera. Los habitantes de Alsacia Lorena, han recibido aviso de que será fusilado el que intente cruzar la

frontera. Los reservistas en crecidísimo número han sido llamados a Alemania. Tal es la situación de las cosas, antes de decretar la movilización, y cuando todavía nosotros no hemos llamado a un solo reservista.

Como puede verse, Alemania no se descuida. Añadiré que, conforme demuestra toda mi información, los preparativos de Alemania empezaron el sábado, es decir, el mismo día en que se entregó la nota de Austria.

Estos hechos unidos a los que contenía mi telegrama de ayer, podían servir de demostración para probar al Gobierno británico nuestras pacíficas disposiciones en contraposición con las agresivas de Alemania:

París, 31 de julio 1914».

Aquel mismo día, 30 de julio, después de expedir los telegramas anteriores, se reunió la Cámara de los Comunes, cuando la idea de la guerra flotaba ya en el ambiente.

Se dejaron a un lado los asuntos pendientes, y Mr. Asquith amplió el breve discurso de Sir Grey. Los incidentes de la sesión, fueron como sigue:

Mr. Bonar Law preguntó al ministro de Negocios Extranjeros, si tenía alguna comunicación que hacer a la Cámara.

Sir E. Grey.—Poco es lo que puedo decir a la Cámara. Profundo es mi sentimiento al no poder afirmar que la situación ha mejorado, pero los hechos internacionales son casi los mismos. Austria ha

empezado ya la guerra con Servia; y Rusia ha ordenado la movilización parcial. Esto, según mis informes, no excluye enteramente los pasos que puedan dar otras potencias. Nosotros continuaremos trabajando a fin de preservar a Europa de los horrores de la guerra; y para ello estamos en constante contacto con los demás Estados. Hasta ahora, tengo la satisfacción de decir que no hemos encontrado dificultades en estos cambios de impresiones, aunque no les haya sido posible a las potencias reunirse en junta diplomática con el propósito de unir todas las influencias en una común, conforme propuse el lunes pasado.

Una nota oficial que aparecía en la prensa de la mañana decía, que el Gobierno aceptaría la discusión sobre el plan de reformas de Irlanda, y que sería expuesto por su autor. Al abrirse la sesión dijo:

El Presidente.—Como el primer ministro, tiene una importante comunicación que hacer a la Cámara, creo interpretar los sentimientos de toda ella si propongo que en vista de las excepcionales circunstancias porque atravesamos, se aplacen todos los asuntos pendientes de reformas interiores, así como todos los que haya por resolver, y como sin duda la Cámara desea vivamente oír al señor ministro, cedo a éste la palabra.

Mr. Asquith.—No deseo que la proposición que voy a hacer lleve mi nombre. Contando con la indulgencia de la Cámara explicaré mis razones. Nos encon-

tramos hoy en circunstancias cuya extrema gravedad casi no tiene semejante en la memoria de cada uno de nosotros. Las eventualidades de la paz y de la guerra pesan sobre los platillos de una balanza y con ellas el riesgo de una catástrofe, cuya magnitud y efectos no pueden calcularse. En tales momentos es de vital importancia para los intereses de todo el mundo que nuestra nación, que no está directamente mezclada en esas complicaciones, se presente unida a fin de poder obrar y hablar con la autoridad que corresponde a un pueblo fuerte e indivisible.

Si procediéramos hoy al debate del proyecto de ley de reformas (Amending Bill) a menos de conducir éste de un modo artificial y poco sincero, tendríamos inevitablemente que entrar en discusiones y quizás en violentas controversias, respecto a asuntos de orden interior, cuya importancia no se ocultará a nadie en esta Cámara. No necesito decir que semejante espectáculo, en estos momentos críticos, podría tener desastrosos efectos en la situación internacional. He tenido ocasión de consultar con los jefes de las oposiciones, quienes, me complazco en decirlo, se han manifestado en un todo conformes con este parecer.

De acuerdo, pues, con el parecer de la Cámara, dejaremos por ahora la discusión de el proyecto de ley de reformas de Irlanda, sin que esto envuelva ningún propósito de retardar su ejecución, y esperando que el aplazamiento de esta discu-

sión sea una prueba del patriotismo de todos, que contribuiría, cuando no a evitar, al menos, a disminuir las calamidades que amenazan al mundo entero. Ahora, no perdamos el tiempo en ociosas controversias, sino aprovechémosle para tratar los asuntos más urgentes.

Mr. Bonar Law.—Conforme el primer ministro acaba de informar a la Cámara, para presentar la anterior proposición, cuenta con nuestro asentimiento. En momentos como el presente, en que hasta los menos versados en cuestiones diplomáticas tenemos la sensación de que la paz y la guerra están colocadas sobre una balanza, me parece de la mayor importancia, y creo que todos compartirán mi opinión, que sean las que fueren nuestras diferencias domésticas, éstas no deben impedir que nos presentemos unidos a la faz del mundo. Quedo muy agradecido al primer ministro por su patriótica advertencia relativa a retirar por el momento todas las discusiones políticas y tengo la seguridad de hacerme intérprete de los deseos de toda la Cámara, al manifestar la confianza de que este aplazamiento indispensable no perjudicará los intereses de ningún partido. Me permitiré añadir,—no para informar a la Cámara que ya lo habrá supuesto, sino para que se sepa con certeza en el exterior—que no sólo estoy autorizado para hablar en nombre del partido unionista sino también en el de Ulster, y al hacerlo, cuento con el concurso de mi res-

petable amigo, el representante del Colegio Trinidad (Sir Eduardo Carson)».

Por unanimidad se decidió el aplazamiento de la discusión del proyecto de ley de reformas.

Es un acontecimiento histórico la asombrosa unanimidad y entusiasmo con que fué contestado ese llamamiento al patriotismo, en términos de maravillar hasta a nuestros mismos amigos del extranjero.

Todas las fracciones de la Cámara apoyaron sin restricciones al Gobierno, con la única excepción de un reducido grupo que hasta el fin insistió en decir que Inglaterra no tenía nada que ver con aquellos conflictos, y debió permanecer neutral a toda costa.

Los pasos restantes se dieron con rapidez. El martes, el Kaiser y su Consejo permanecieron reunidos hasta media noche. Las secciones especiales de reserva de las fuerzas territoriales británicas, se movilizaron. Montáronse guardias en los fuertes y arsenales; Rusia llamó a sus reservas; y por primera vez desde el comienzo del conflicto, reinó el pánico en la Bolsa de Wall street.

En el Banco de Francia era imposible obtener oro; y se dispuso la emisión de billetes pequeños, arbitrio que se puso por obra en Londres, una semana más tarde. Poco después de las ocho de la noche del miércoles, comunicó la Agencia Reuter desde Berlín:

«Según la información que he obtenido por autorizado conducto, Alemania ha en-

viado anoche un mensaje a Rusia, pidiéndole explicaciones sobre la movilización militar.

En ella se preguntaba al Gobierno ruso cuál era el objeto de esta movilización, si es que iba contra Austria y en qué condiciones el Gobierno accedería a suspenderla. Al mismo tiempo se rogaba al Gobierno ruso que diera contestación, tan luego como le fuera posible.

Los últimos intentos de mediación, fueron participados en un parte que el doctor Dillon envió desde Viena el miércoles, pero fué detenido por el censor, y sólo llegó a tiempo de publicarse el viernes.

Han pasado los tiempos de los corresponsales de guerra. Las vicisitudes de la lucha la telegrafiarán diariamente y con gran método y regularidad los funcionarios públicos, con exclusión de todos los demás. Los periodistas podrán adornarlos con algunos bordados, siempre que el fondo sea uniforme.

Mientras tanto el único hecho notable que ha producido la movilización, ha sido el poner de relieve la premura y alegría con que han acudido a colocarse bajo sus banderas, hombres de tan distintas lenguas, religiones y razas. Siempre he sostenido que estaban en un grave error los que contaban con la desafección de los polacos, bohemios, bosnianos, y otros pueblos de raza eslava, cuando se tratara de una guerra contra una potencia eslava. Los acontecimientos han confirmado plenamente mi profecía. En Polonia, Galitzia, Bohe-

mia y Bosnia, la unidad y el entusiasmo son los signos característicos de sus poblaciones.

Si me viera obligado a dar la explicación psicológica de este fenómeno, lo atribuiría en su mayor parte a la indignación que ha causado el crimen que appena el corazón del anciano y venerable emperador, verdadero ídolo de todos sus pueblos. Además el asesinado archiduque era una figura popularísima entre los eslavos del Sur de la Monarquía.

Desde los comienzos de la campaña, que aún ignoramos por completo, volvamos los ojos a la esperanza de localizarla. Todas las personalidades de este país, cuya opinión es de algún peso, esperan fervientemente, poder evitar el conflicto europeo. El Gobierno el primero, se abstendrá con rigor de tomar ninguna determinación que pueda tomarse ni aun como pretexto para una provocación, Austria está muy satisfecha con sus dominios y de ningún modo piensa utilizar la victoria para agrandarlos. Sus deseos, con frecuencia expresados, no van más lejos que a conseguir un conveniente equilibrio en los Balkanes, lo que es indispensable para la vida normal y la tranquilidad de los Estados menores. Considerando el irresistible interés que el evitar la guerra europea tiene para todos los jurisconsultos del Continente y de la Gran Bretaña, no estará de más el que repita, que la localización depende de dos conducciones negativas y que el no cumplimiento de cualquiera de ellas desbara-

ría los planes mejor combinados. Lo primero es que Rusia no coloque en su frontera de masas de fuerzas tan numerosas, que Austria se vea obligada a ejecutar lo propio, arrastrando en pos de ella a Alemania.

La segunda condición de éxito es que la mediación propuesta por Sir Grey, y aceptada por las demás naciones que no están directamente interesadas en el conflicto, no intente modificar las condiciones de paz que establezcan ambos beligerantes.

El conflicto austro-servio, en todas sus fases, desde la redacción de la nota hasta que se firme el tratado de paz está destinado a ser un asunto que concierne exclusivamente a estos dos Estados. Así como el conde de Aehrenthal rehusó con firmeza toda discusión relativa a la anexión de Bosnia y Herzegovina, haciendo la única excepción de Turquía, y sólo aceptó la proposición de concurrir a una conferencia, después de haber eliminado este tema de la lista de los que se debían discutir; así también el conde Berchtold no admitirá ningún intermediario entre Austria y Servia, cuando llegue el momento de debatir las condiciones del tratado de paz, y de firmar o ratificar éste.

Respecto a lo que estas condiciones pudieran ser, ya me he explicado en otras ocasiones con toda la claridad que tan importante caso requiere y según las fases de la lucha. Hoy día pudiera ser contraproducente el discutir las. Sin embargo, hay puntos que permanecen invariables. Así, por

ejemplo, Austria no prestaría oídos a ninguna insinuación que implicara la cesión de algún Estado. Pero es evidente que las condiciones para la paz definitiva serían distintas de las propuestas como un medio para evitar la ruptura de las hostilidades. Ya se sabe por experiencia, que no hay campaña que termine como ha empezado. Las garantías para una paz permanente, en las que Austria insistirá, han de ser eficaces en todos sus aspectos, y los términos impuestos a Servia, deben calcularse de modo que contribuyan a ello materialmente. En esta coyuntura es donde los buenos oficios ofrecidos por Sir Grey y sus colegas internacionales podrán ser más necesarios. Hasta ahora no desesperemos, y tengamos confianza en que sus humanitarios esfuerzos han de verse coronados por el éxito».

CAPITULO VI

Por los siguientes telegramas copiados del Libro Blanco, puede verse que el momento de la catástrofe se acercaba rápidamente.

Sir E. Goschen a Sir E. Grey:

«Berlín, 31 julio 1914.

Según la información que acaba de recibir el Gobierno alemán, por conducto de su embajador en San Petersburgo, el Gobierno ruso moviliza todas sus fuerzas de mar y tierra. El Canciller me dijo que iba a hacer proclamar el estado de guerra en todo el Imperio, pues no se concebía que Rusia movilizara todas sus fuerzas si no era contra Alemania. La movilización alemana le seguiría inmediatamente. S. E. añadió, por vía de explicación, que el estado de guerra implicaba ciertas precauciones que debían tomarse, cuando se ponían tirantes las relaciones con algún país extranjero.

Estas noticias de San Petersburgo, manifestó S. E. que, a su juicio, ponían término a todas las esperanzas de un arreglo pacífico de la presente crisis. Alemania tiene que prepararse para todas las contingencias.

Le pregunté si no podría emplear de nuevo su autoridad en Viena, a fin de hacer, en pro de los intereses generales, algo que tranquilizará a Rusia y predispusiera a unos y otros a continuar las discusiones en terreno amistoso. Contestó que anoche mismo había rogado a Austria que aceptara la última proposición de Inglaterra, y esta mañana había recibido la respuesta del ministro de Negocios Extranjeros austriaco, diciendo que consultaría los deseos del emperador y los participaría sin pérdida de tiempo».

De Sir G. Buchanan a Sir E. Grey:

«San Petersburgo, 31 de julio 1914.

Se ha decidido cursar las órdenes para la movilización general. Esta decisión se ha tomado a consecuencia de un informe del embajador ruso en Viena, según el que Austria está resuelta a no ceder en lo más mínimo ante la intervención de las potencias, y ha empezado a mover tropas contra Rusia lo mismo que contra Servia.

Rusia, según parece, tiene razón en creer que Alemania está haciendo grandes preparativos militares, y no puede consentir que la cojan desprevenida».

De Sir E. Grey a Sir F. Bertie y Sir E. Goschen:

«Ministerio de Negocios Extranjeros, 31 julio 1914.

Confío aún en que no se ha perdido toda esperanza, pero, teniendo en cuenta la movilización alemana, es indispensable, en vista de los tratados existentes, que el Gobierno de S. M. Británica sepa de un modo cierto si el Gobierno francés-alemán está dispuesto a respetar la neutralidad de Bélgica mientras no la quebrante otra potencia.

La misma pregunta hemos hecho al Gobierno alemán (o francés) y espero una pronta respuesta».

De Sir E. Grey a Sir F. Villers:

«Ministerio de Negocios Extranjeros, 31 de julio 1914.

En vista de los tratados vigentes, ser-víos informar al ministro de Negocios Extranjeros de que mirando a la posibilidad de una guerra europea, he preguntado a los Gobiernos francés y alemán, si están dispuestos a respetar la neutralidad belga mientras otra nación no la quebrante.

Diréis que doy por hecho que Bélgica desea mantener a toda costa su neutralidad y que espero y deseo que las demás naciones la ayudarán a sostenerla.

Informar también al Gobierno belga que se sirva dar una pronta contestación».

De Sir F. Bertie a Sir E. Grey:

«París, 31 de julio 1914.

A las 7 de esta tarde me ha mandado a buscar el ministro de Negocios Extranjeros. Cuando llegué salía el embajador de Alemania del despacho de S. E. El

embajador alemán le ha informado de que en vista de que se han dado órdenes para la total movilización de las fuerzas rusas de mar y tierra, el Gobierno alemán ha enviado un *ultimátum* al Gobierno ruso, exigiéndole que de contraorden y desmovilice.

El Gobierno alemán se ve obligado a ordenar la total movilización de las fuerzas alemanas, en las fronteras rusa y francesa, si en el plazo de doce horas el Gobierno ruso no se compromete a satisfacer la demanda que se le hace.

El ministro de Negocios Extranjeros me ruega os comunique lo que antecede preguntando al mismo tiempo, cuál será la actitud de Inglaterra en las presentes circunstancias.

El embajador alemán no está enterado de cuándo terminan las doce horas. Ha prometido volver mañana (sábado) a la una de la tarde para recoger la contestación del Gobierno francés acerca de cuál será el plan de conducta que piensa seguir en el presente conflicto.

Indicó la posibilidad de que tuviese que pedir sus pasaportes.

El embajador de Rusia me ha informado de que no sabe que se haya efectuado la movilización general en su país».

El viernes, 31 de julio, los acontecimientos se sucedieron con vertiginosa rapidez. Por vez primera desde que existe, se cerró la Bolsa de Londres. Este paso fue necesario a causa del cierre de las principales Bolsas del continente pocos días an-

tes. El conocido socialista y patriota francés Mr. Jean Jaurés fué asesinado, estando en un café. El criminal resultó ser un joven desequilibrado de opiniones monárquicas. Tarde ya, en la noche del viernes, se confirmó la noticia de que patrullas alemanas habían cruzado la frontera francesa. Desde por la mañana se había proclamado la ley marcial en todo el Imperio. El Banco Inglés subió el descuento a 8 % (el miércoles ya había subido de 3 a 4 %) y sobre todo Mr. Asquith hizo una importante declaración en la Cámara. Al abrirse la sesión dijo:

«Tengo que hacer a la Cámara una grave comunicación.

Hemos sabido, no por San Petersburgo, sino por Alemania, que Rusia ha ordenado la movilización general de todas sus fuerzas de mar y tierra, y en su consecuencia el Imperio alemán ha proclamado la ley marcial en todo su territorio.

Esto nos da a entender que la movilización alemana será inmediata, si la rusa no se suspende.

En vista de la gravedad del caso, creo pertinente no tratar ninguna otra cuestión hasta el próximo lunes».

La guerra entre Francia y Rusia por un lado y Alemania por el otro, parecía ya inevitable; la cuestión ahora era: ¿podía la Gran Bretaña permanecer neutral en vista de tales acontecimientos? La respuesta a esta pregunta la encontraremos en las siguientes citas del Libro Blanco:

«Sir E. Grey a Sir F. Bertie:

«Ministerio de Negocios Extranjeros, 31 de julio 1914.

Señor embajador.

Mr. Cambon, refiriéndose a un telegrama que ha recibido esta mañana Sir A. Nicolson, del embajador francés en Berlín, dijo, que el elemento que allí da mayores ánimos es la incertidumbre reinante acerca de la conducta que seguirá la Gran Bretaña, y que si ésta se pusiera resueltamente al lado de Francia y Rusia la actitud de Alemania cambiaría en favor de la paz.

Le dije que estaba muy equivocado si creía que habíamos dejado a Alemania en la creencia de que no intervendríamos. Había rehusado todo compromiso que me obligase a guardar neutralidad. No sólo no había hecho promesa de ninguna clase al embajador alemán, sino que esta misma mañana le he dicho que si estallaba una guerra en Francia y Alemania, probablemente nos veríamos envueltos en ella. Claro está que esto no es adquirir ningún compromiso con Francia; y se lo dije a Mr. Cambon sólo para demostrarle que Alemania no puede contar con nuestra neutralidad.

Mr. Cambon me pidió la respuesta a lo que me dijo ayer.

Le participé que en el consejo de ministros habíamos tomado el acuerdo de no aceptar por el momento ningún compromiso, porque toda nuestra política se desenvuelve con ayuda del Parlamento y no

podemos de antemano responder de éste.

Hasta ahora no nos parecía, ni a la opinión pública tampoco, que se hubiera atentado a ninguno de los tratados, ni intereses de la Gran Bretaña. Nuevas complicaciones podrían alterar la situación hasta el punto de que el Gobierno y el Parlamento encontraron justificada una intervención. La neutralidad de Bélgica podría ser un factor, no digo decisivo, pero sí muy importante, respecto a determinar nuestra actitud. Si llegamos a proponer al Parlamento la intervención o no intervención en la guerra, éste seguramente querrá conocer la situación en que estamos respecto a la neutralidad de Bélgica, y por eso necesitamos saber por los embajadores francés y alemán, si sus respectivos Gobiernos se hallan dispuestos a dar la seguridad de que ninguno de ellos será el primero que quebrante la neutralidad belga.

Mr. Cambon repitió su pregunta, de si Francia podía contar con nosotros en caso de ser atacada por Alemania.

Reiteré mi respuesta de que, lo único que podía decir ahora, tal y como estaban las cosas, es que nos era imposible adquirir ningún compromiso.

Mr. Cambon observó que Alemania había desde el principio rechazado sistemáticamente proposiciones que hubiesen podido contribuir al sostenimiento de la paz. Inglaterra no podía tener ningún interés en que Alemania destrozara a Francia. Nuestra posición perdería mucha importancia a los ojos de Alemania. En 1870

cometimos un grave error permitiendo el desmedido engrandecimiento de Alemania, y ahora estamos a punto de cometer la misma equivocación. Me preguntó si no podría someter el caso de nuevo al consejo de ministros. Le repetí que seguramente el Consejo se reuniría, tan luego como hubiese alguna novedad que lo hiciera necesario, pero que, por el momento, la única respuesta que podía darle era que no podíamos contraer ningún compromiso definitivo.

Quedo vuestro etc.

E. Grey».

De Sir E. Goschen a Sir E. Grey:

«(Recibida el 1.º de agosto). Berlín, 31 de julio 1914.

Respecto a la *neutralidad* de Bélgica a que hacíais referencia en telegrama a Sir F. Bertie con fecha 31 del corriente.

He visto al secretario de Estado, quien me participó que antes de contestarme tenía que consultar con el Emperador y el Canciller. Pude adivinar por sus palabras que, según su opinión, cualquier respuesta que aquéllos pudieran dar descubriría una parte del plan de campaña que se piense seguir, caso de que estalle la guerra, y por eso es muy dudoso que contesten. Sin embargo, S. E. tomó nota de vuestra demanda.

Por lo que dijo pude comprender que el Gobierno alemán considera que ya ha habido ciertos actos hostiles por parte de los belgas. Para corroborar esta afirmación, me citó el hecho de haber embar-

gado un cargamento de trigo que venía consignado a Alemania.

Espero que mañana podré ver de nuevo a S. E. y seguiremos discutiendo el caso, pero la probabilidad de obtener una respuesta definitiva me parece muy remoto.

Hablando con el Canciller, éste me ha dado a entender claramente que Alemania desearía saber la respuesta que os ha dado el Gobierno francés».

De Sir E. Grey a Sir E. Goschen:

Ministerio de Negocios Extranjeros, 1.º de agosto 1914.

Señor embajador.

He dicho esta mañana al embajador alemán, que la respuesta de su Gobierno respecto a la neutralidad belga era muy de lamentar, porque era asunto que hería los más vivos sentimientos de este pueblo. Si Alemania pudiera encontrar medio de darnos la misma seguridad que nos ha dado Francia, esto contribuiría materialmente a calmar la excitación de los ánimos. Si, por el contrario, uno de los combatientes hollaba esa neutralidad, mientras era respetada por el otro, sería difícilísimo contener aquí la pública indignación. Añadí que se había discutido el caso en consejo de ministros, y estaba autorizado para entregarle una memoria sobre esto.

Me preguntó que si, en el caso de que prometiera respetar la neutralidad belga, nos comprometeríamos a permanecer neutrales.

Contesté que nada podía decirle sobre

eso; estábamos libres de todo compromiso y no habíamos resuelto aún la norma de conducta que habríamos de seguir. Sólo podía decirle que la opinión pública sería de mucho peso en la resolución que tomáramos y que la opinión pública se conmovería profundamente si la neutralidad belga sufría algún descalabro. Pero no me parecía posible dar la promesa de nuestra neutralidad, sin más condición que esa.

El embajador me apremió con sus instancias para que formulase las condiciones en que permaneceríamos neutrales. Llegó hasta insinuar que se respetaría la integridad de Francia y de sus colonias.

Insistí en que me veía obligado a rechazar todo compromiso de neutralidad, y lo único que podía decirle es que queríamos conservar nuestra completa libertad de acción.

Vuestro affmo., etc.

E. Grey».

El Gobierno alemán dió de lado a la cuestión de la neutralidad belga y sus tropas atacaron a Francia pasando por el Luxemburgo. El ministro de Estado luxemburgués telegrafió a Sir E. Grey lo que sigue:

(Traducción)

«Luxemburgo, 2 de agosto 1914.

El ministro de Estado de Luxemburgo acaba de recibir por conducto del ministro residente alemán un telegrama del Canciller del Imperio, manifestando que las operaciones militares que se realicen en Luxemburgo, no constituyen actos de hos-

tilidad contra dicho Estado, sino que sólo indican defensa necesaria en caso de un ataque de las fuerzas francesas. Se indemnizaría ampliamente al Estado por los perjuicios o destrozos que le causara el usufructo de los ferrocarriles de que el Imperio necesitaba apoderarse temporalmente».

El domingo, 2 de agosto, llegó la noticia de que aquella noche el Imperio alemán había declarado la guerra a Rusia, y que dos barcos mercantes ingleses habían sido apresados por los alemanes en el canal de Kiel. Se llamaron a todas las reservas de marina y el Banco elevó el descuento al 10 %. El rey, asesorado por Consejo privado especial, firmó la proclamación autorizando las moratorias parciales. La proclama dice como sigue:

«Proclama dada por S. M. el Rey, autorizando la demora en los pagos de ciertas letras de cambio.

Jorge, Rey de Inglaterra:

En vista de la crítica situación de Europa y de las dificultades financieras que ocasiona, es conveniente que pueda demostrarse el pago de ciertas letras de cambio, como se especifica en la presente proclama.

Así, pues, de acuerdo con nuestro Consejo privado, venimos en dar la siguiente Real Proclama por la que ordenamos lo que sigue:

Cuando se presente al cobro una letra de cambio que no sea cheque y que haya sido aceptada antes del principio del día

cuatro de agosto de mil novecientos catorce, el que la haya aceptado tiene que reaceptarla, mediante una declaración escrita en el anverso de la letra y en la forma que abajo se expresa, y por lo que se compromete a pagar la suma que sea, un mes justo después del día de su vencimiento, en lugar de hacerlo en esta fecha, y a la suma original de la letra se ha de añadir los correspondientes intereses hasta el día en que se fija el pago, según el curso del Banco Inglés en la fecha de la reaceptación de la letra.

Fórmula para la reaceptación...

Reaceptación concedida por la proclama por... (inscríbese el aumento de la suma).

Firma...

Fecha...

Dada en mi palacio de *Buckingham* el día dos de agosto del año de gracia mil novecientos catorce y en el quinto año de nuestro reinado.

DIOS SALVE AL REY».

El embajador de Francia en Londres, Mr. Paul Cambon, entregó la siguiente memoria:

«Toda la responsabilidad de la presente situación y de cuanto de ella pueda resultar corresponde a Alemania. Hasta el presente Alemania no ha declarado la guerra a Francia ni su embajador ha salido de París, y, sin embargo, sus tropas invaden nuestro territorio. Pueden juzgarse nuestras intenciones conciliadoras por el hecho de que teniendo conocimiento de lo

que pasaba, hemos retirado nuestros puestos avanzados diez kilómetros al interior para evitar un conflicto.

La declaración de guerra a Rusia ha sido hecha mientras que ambos poderes seguían activas negociaciones. Que esas negociaciones hubiesen podido tener un resultado favorable lo demuestra el que el embajador de Austria en París declaró a nuestro ministro de Negocios Extranjeros que Austria y Rusia se aproximaban a un acuerdo. Estos hechos no necesitan comentarios.

También es muy significativo el hecho de que mientras seguían en pleno vigor estas negociaciones, que hacían concebir esperanzas de una solución pacífica, el embajador alemán en París haya hecho saber que estaba pensando en retirarse.

Esta mañana (sábado) ha habido noticias en la embajada francesa de que las tropas alemanas han invadido el Luxemburgo y marchan contra la fortaleza de Longwy. La neutralidad de Luxemburgo es una neutralidad perpetua garantizada por un tratado firmado en Londres en 1867, habiendo sido el plenipotenciario inglés Lord Stanley, ministro de Estado.

Es decir, que, desde el primer momento, Alemania ha violado una neutralidad garantizada por toda Europa. El día 29 de julio el embajador alemán en París, previno a Mr. Viviani que el Gobierno alemán iba a proclamar la ley marcial. Durante todo este tiempo sabíamos que Alemania estaba movilizándose, y, sin embar-

go, hasta el 1 de agosto a las 5 de la tarde no hemos dado una sola orden de movilización. Hasta esa fecha nuestras órdenes se habían limitado, como ya he dicho, a retirar 10 kilómetros al interior nuestros soldados, para evitar colisiones con las patrullas alemanas.

Es conveniente que desde el principio todos conozcan estos hechos».

El martes, 4 de agosto, Dr. Dillon envió la siguiente información de Viena:

«La suerte ha querido que en esta mi última crónica de Viena vayan incluidos los anuncios de acontecimientos que, al desenvolverse, han confirmado por desgracia el pesimismo que informó la primera correspondencia enviada desde aquí. Haré constar, con perfecto conocimiento de causa, en la crisis austro-servia, que la doble monarquía, ni directa ni indirectamente ha provocado la intervención de Rusia en sus diferencias con Servia. Dije entonces, que, la base de la cuestión, no era el arreglo y castigo de los criminales que habían atentado a la vida del archiduque, sino que, francamente hablando, se trataba del primer choque entre el eslavismo y el teutonismo y el Canciller también ha manifestado esta opinión en el discurso que pronunció para apoyar el presupuesto de guerra, cuando dijo que, si Rusia movilizaba, no sólo tendría que hacer lo mismo Austria sino también Alemania, y este paso por parte de las tres potencias casi será el paso de Rubicón que separa la paz de la guerra.

Según se afirma, Mr. Sazonoff, dió positivas seguridades al embajador de Austria en San Petersburgo, conde Szaparcy, de que la movilización rusa se limitaría a la parte sur del imperio, y que por consiguiente sólo tendría por fin proteger las fronteras del imperio contra las fuerzas colocadas al otro lado de ellas, pero a pesar de tales afirmaciones, se dió una orden de movilización general, y con ello se impuso a las dos grandes potencias de la Europa central la ineludible necesidad de hacer la propio.

El personal conocimiento que tengo de Mr. Sazonoff, me impide admitir ni por un momento que éste haya dicho a sabiendas ninguna inexactitud y ni siquiera afirmado una cosa de que no esté seguro. De manera que ha debido de haber una mala inteligencia por alguna parte.

En los círculos oficiales se juzga la situación excepcionalmente crítica; y confirma esta opinión, no sólo el precipitado desarrollo de los acontecimientos, sino el que desde ayer a las dos y media de la tarde, no se pueden cursar más telegramas que los oficiales, y que desde anoche los ferrocarriles no transportan más que reclutas, soldados y caballos. Yo estoy a punto de dejar Viena.

Antes de marchar, he conferenciado esta mañana con los diplomáticos representantes de la *Entente* quienes tienen aún grandes esperanzas de poder localizar el conflicto, y hasta cierto punto evitarlo. No puedo compartir este optimismo. En los

momentos actuales Viena parece una colmena privada de su reina. El pueblo se reúne en grupos más o menos numerosos, discute con viveza, comenta acaloradamente los últimos sucesos, y se cruzan rápidas despedidas. En los mercados la gente murmura de la carestía de los comestibles, sin querer comprender que contribuyen a la elevación de los precios al querer comparar aquéllos en grandes cantidades.

La actitud del pueblo es patriótica y digna, pero no puedo menos de hacer constar que al bullicioso entusiasmo de antes de ayer, ha sustituido cierto grave malestar y conciencia de la peligrosa situación que ha sobrevenido y se pone de manifiesto en la movilización general ordenada ayer por la tarde.

Hoy todo el mundo parece convencido de que la existencia de Austria-Hungría como nación dependerá de los próximos combates, y de que, por consiguiente, los sacrificios que se ha de imponer el pueblo, tanto en sangre como en dinero, son infinitamente más importantes de lo que se pensó, cuando sólo se trataba de castigar a Servia.

Ni aun el Gobierno creyó aquí que los acontecimientos tomarían el sesgo que hoy deplora toda Europa. Sin duda reconocían que era una contingencia con la que había que contar y por eso se preparaban para ella. Pero no perdían las esperanzas de que el conflicto quedaría encerrado en la península balcánica, y no han

sido ellos la causa de que éste se extendiese.

Tengo la seguridad, adquirida en informes fidedignos, de que si se hubiese dejado a Austria arreglar sola sus diferencias con Servia, claro es que habría procedido con rigor para impedir que el pequeño y turbulento Estado eslavo pudiese en mucho tiempo turbar la tranquilidad de sus vecinos, pero sin la menor intención de anexionarse ningún territorio, ni aun privar de su independencia a Servia.

Muy dudoso es que Rusia no hubiera protestado contra la conducta de Austria, pero la cuestión podía haberse discutido después de alguna campaña, y cuando ambas partes hubiesen estado menos excitadas y más dispuestas a dar oído a las razones. Persuadido de esto, traté, en todos mis escritos, de hacer comprender a Europa, que la primera condición absolutamente necesaria para las probabilidades de éxito era lograr el que Rusia suspendiera la movilización.

En todas mis cartas y telegramas repetí con insistencia que la movilización de Rusia sería inmediatamente seguida de la de Alemania y Austria, y haría el conflicto general inevitable.

El miércoles a medio día, creía aún el Gobierno austriaco que el conflicto podría contenerse dentro de sus límites originales, y oí varias conversaciones propias para robustecer esa creencia.

El jueves la situación cambió de repente. El cambio tuvo lugar mediante actos

y palabras, completamente ajenos al Gabinete de Viena. El Zar había enviado una carta al emperador de Alemania solicitando su concurso para una mediación amistosa. Mr. Sazonoff, cuya veracidad está libre de toda sospecha, afirmó, según se dice, al embajador austriaco que no se había pensado siquiera en una movilización general. También se da por cierto que al agregado militar de la embajada austriaca se le aseguró con la mayor seriedad que la movilización sólo tendría lugar en las provincias del Sur y que su único objeto era guarnecer las fronteras, cosa necesaria en aquella parte, y que no se pensaba tomar parte en las demás.

También se dice que a pesar de estas rotundas afirmaciones, y mientras el emperador Guillermo se preparaba a venir a Viena para proseguir personalmente sus gestiones en pro de la paz, el embajador alemán en San Petersburgo telegrafió que el Zar había dado la orden para una movilización, no parcial, sino general. Esta comunicación por conducto tan autorizado puso término a todas estas negociaciones e hizo que los Gobiernos de Alemania y Austria volvieran la vista a la guerra. El Kaiser proclamó el estado de guerra en todo el Imperio y el Gobierno austro-húngaro decretó la movilización de los ocho cuerpos de ejército restantes.

Todo el mundo, como es muy natural, querrá saber si la pretextada movilización de Rusia era un hecho cierto; y si era así, qué motivos la habían inspirado en los

momentos en que las negociaciones progresaban. Como el telégrafo no funcionaba, los únicos informes que pude obtener fueron de Berlín. El embajador del Zar en Viena ignoraba las causas. Sabía que pocos días antes se había decretado una movilización parcial y temiendo que esto trajera consigo la ruptura de relaciones diplomáticas había recogido todos sus efectos y el 29 estaba dispuesto a salir de Viena, pero tranquilizado por haberse emprendido de nuevo las negociaciones, volvió a deshacer sus baúles y reanudó sus trabajos con nuevo optimismo.

De la misma situación de ánimo participaban casi todos sus colegas el sábado, o mejor dicho, el viernes por la noche, cuando tuve ocasión de informar a algunos de ellos que tenía excelentes razones para considerar una guerra general como inmediata y que, por tanto, había resuelto alejarme de Viena.

El viernes la intranquilidad que reinaba en las esferas oficiales se hizo más intensa por el aviso que dió el embajador inglés, de que nuestro Gobierno se había visto obligado a llamar al almirante Frembridge, que se hallaba en Durazzo y al coronel Phillips que estaba en Scutari. Esta decisión del Gobierno británico, aunque explicada satisfactoriamente por cuestiones del servicio, se explicó como un síntoma del curso que seguiría nuestra política si se presentaran complicaciones internacionales. El coronel Phillips tuvo que ser separado de su puesto a petición suya, pues

no podía seguir encargado de los ferrocarriles de Montenegro, sin demostrar, aunque fuese teóricamente, sus preferencias por uno u otro bando, y acabar por tener un conflicto con las leyes internacionales; y en cuanto al almirante y al barco que mandaba los enviaba a buscar el Almirantazgo, como una natural consecuencia de ser tan crítica la situación actual.

Estas fueron las explicaciones que se dieron y que fueron generalmente aceptadas, pero sin lograr disipar la impresión causada. El embajador británico, sin embargo, puso en conocimiento del conde Berchtold que el ministro inglés de Negocios Extranjeros intentaba seguir desempeñando los deberes que él mismo se ha impuesto de mediador entre Austria-Hungría y Rusia, y no escasearía nada para que su influencia fuera eficaz en ambas partes.

Es digno de mencionarse que la inesperada noticia del cambio de actitud de las potencias vino de Berlín, donde ya anteriormente pretendían estar al corriente de los preparativos militares y de las intenciones belicosas de Rusia. No sé hasta qué punto tendrían estos rumores fundamento, pero lo que sí puedo afirmar es que algunas noticias extraoficiales, que circulaban como fidedignas, en Baviera y Prusia cuando pasé por ellas durante mi viaje el sábado y domingo pasado, eran completamente falsas.

Desde el momento en que se dió la orden de movilizar los ocho cuerpos de ejército, la vida pública y privada se desor-

ganizó en la doble monarquía. El pánico en los Bancos y sobre todo en las Cajas de Ahorros fué tremendo. Las clases menos acomodadas y el pueblo alzaron violenta gritería en los mercados, acompañada de la destrucción de huevos y frutas, para protestar de la carestía de los víveres. Se apeló a los sentimientos patrióticos del pueblo recomendándole que tuviera calma y guardase compostura, y se dieron órdenes a los comerciantes de que bajo severas penalidades quedaba prohibido aumentar arbitrariamente los precios de los artículos de primera necesidad.

Según las noticias que he logrado obtener la movilización se ha efectuado sin dificultades en todos los territorios del Imperio.

Algunos incidentes sin importancia se han registrado en las provincias eslavas, pero que no son más que granos de arena en la balanza. Por ejemplo, en Salzburgo, un reservista de nacionalidad eslava se negó a entrar en un tren militar. Un oficial le dió la orden perentoria de entrar, pero él entonces contestó con obstinación: «Antes que hacer fuego contra mis hermanos, dispararé mi fusil contra el oficial que me lo mande». Inmediatamente fué sometido a consejo de guerra, y, después de un juicio sumarísimo, se le fusiló.

En Praga tres soldados se resistieron a obedecer pretextando que eran eslavos y no querían combatir a su misma raza. Los oficiales les dieron muerte en el mismo

sitio. En Buda-Pest un fanático de la secta llamada de los Nazarenos se negó a ir bajo pretexto de religión. También éste corrió la misma suerte que sus compañeros, siendo juzgado, sentenciado y muerto. Pero la inmensa mayoría acudió de buen grado a reunirse bajo sus banderas; y los jefes no tropezaron con dificultades procedentes de las razas ni de las religiones.

Los alemanes critican el sistema de movilización austriaca, porque, según dicen, deja muy poco tiempo para la formación de los regimientos, por ser llamados demasiados hombres a la vez. Mientras que la organización alemana concede a los reservistas y reclutas un plazo mucho más largo, que permite a cada hombre encontrar por sí solo su puesto en la compañía a que está destinado.

En Alemania me llamó la atención la férrea disciplina que preside a todos los actos. De todas las partes del Imperio y aun de Europa corrían los reservistas a alistarse bajo sus banderas, muchos con buena voluntad, algunos con verdadero deseo. No había entre ellos inmoderado regocijo y el odio de raza era apenas perceptible, pero todos estaban resueltos a dejar a Rusia y a Francia quebrantadas por mucho tiempo.

La prensa diaria se dedicó a publicar suplementos llenos de historias tan fantásticas como apócrifas; ya eran unos cuantos oficiales franceses a quienes se había descubierto disfrazados con uniformes ale-

manes; en un río habían detenido una barca dirigida por un mal patriota alemán, y en la que había escondidos quince franceses, que se proponían volar un puente sobre el Rhin. Un aviador francés había realizado atrevidos vuelos sobre Nuremberg, arrojando bombas en la dirección del ferrocarril, pero sin que hubiesen causado desperfectos, y otra infinidad de anécdotas por el estilo, todas obras de pura imaginación.

Semejantes cuentos, firmemente creídos por la multitud atizan el odio naciente hacia Rusia y Francia, cuyo proceder, dice el pueblo, las ha colocado fuera de la civilización. En los trenes que entran y salen de Colonia, todas las ventanillas están cerradas, porque los soldados que vigilan los puentes, tienen orden de tirar si ven alguna abierta, pues temen que se puedan arrojar explosivos para destruir los puentes. En ninguna estación se permite la venta de bebidas alcohólicas. El papel moneda austriaco no se admite en Alemania. A una señora la ofrecieron 20 marcos (1 libra) por cien coronas, que son más que cuatro soberanos ingleses. Al cambiar napoleones me dieron doce chelines por cada uno.

A pesar de la inevitable desorganización de la vida administrativa, los trenes funcionaban sin perturbación en Alemania, aunque sufriendo largos retrasos. Me causó profunda impresión el orden perfecto que reina en todas partes en Alemania. Cada hombre tiene exacta conciencia de su de-

ber y lo cumple alegremente, con prontitud y perfección.

Es admirable la manera como están organizadas las líneas de ferrocarriles. Antes de abandonar el territorio alemán, los equipajes sufren un minucioso registro para impedir que se lleven cámaras impresionadas o planos de fortalezas.

Un telegrama de la Agencia Reuter de Berlín, nos facilitó citas del Libro Blanco alemán y el texto de la correspondencia que medió entre el Zar y el Kaiser:

«Berlín, 3 de agosto.

El Gobierno alemán ha publicado hoy el Libro Blanco referente a los sucesos que han precedido a la declaración de guerra. Mañana lo presentarán ante el *Reichstag*. Entre una profusión de documentos, todos interesantes, entresacamos los siguientes importantísimos y que se refieren al último período de las negociaciones. Escribe el Gobierno alemán:

«Unidos con Inglaterra, hemos trabajado sin interrupción apoyando en Viena todas las proposiciones en que creíamos entrever alguna posibilidad de una solución pacífica del conflicto porque atravesamos. El 30 de julio seguíamos aún usando de nuestra influencia en Viena para apoyar la nueva proposición de la Gran Bretaña, que asentaba como base para las negociaciones el que Austria-Hungría, después de su actual invasión de Servia, dictase allí mismo las condiciones para la paz. Presumíamos que Rusia aceptaría esas condiciones.

Durante el espacio de tiempo que medió entre el 29 y el 31 de julio, y mientras nuestros esfuerzos, eficazmente secundados por la diplomacia británica, propendían constantemente a la paz, fueron llegando noticias cada vez más alarmantes respecto a la movilización rusa y a la aglomeración de fuerzas en las fronteras. La proclamación del estado de sitio en los principales sitios de la frontera rusa, no nos dejó ya dudas de que Rusia movilizaba rápidamente contra nosotros, mientras que en San Petersburgo, se negaban repetida y solemnemente esas mismas determinaciones delante de nuestro embajador. Antes de que hubiéramos recibido la respuesta de Viena a la última proposición anglo-germánica, de cuyos términos ya tenían conocimiento en San Petersburgo, habíase ordenado allí la movilización general.

Durante los mismos días, ha habido un vivo cambio de telegramas entre S. M. el Emperador de Alemania y S. M. el Zar Nicolás, en los que S. M. el Kaiser llamaba la atención del Zar sobre el amenazador carácter de la movilización rusa, y sobre los esfuerzos que él estaba haciendo para continuar las negociaciones. El 31 de julio, el Zar envió a nuestro emperador el siguiente telegrama:

«En el alma te agradezco los esfuerzos que estás haciendo y que aún hoy me dan esperanzas de que todo acabará satisfactoriamente. Por cuestiones técnicas es imposible suspender nuestras operaciones militares, que la movilización de Austria

ha hecho necesarias. Estamos muy lejos de desear la guerra, y mientras continúen las negociaciones con Austria respecto a Servia, mis tropas no cruzarán la frontera ni cometerán ninguna provocación. Te doy mi palabra sobre ello. Confío con todas mis fuerzas en la misericordia de Dios, y espero que tu mediación será eficaz en Viena para bien de nuestros pueblos y tranquilidad de Europa.

Tu afectísimo,

Nicolás».

A esto respondió nuestro emperador lo que sigue:

«Contestando al llamamiento que hiciste a mi amistad y a mi ayuda he emprendido una mediación entre el Gobierno austro-húngaro y el tuyo. Mientras proseguíamos estos trabajos, vosotros movilizábais las tropas contra mi aliada, y, en su consecuencia, como ya le he dicho mi mediación se ha convertido en casi ilusoria. Sin embargo la he proseguido.

Pero ahora acabo de recibir noticias dignas de crédito que me informan de vuestros importantes preparativos militares en mi misma frontera. La responsabilidad que sobre mí pesa en lo que atañe a la salvaguardia de mi Imperio me obliga a tomar resoluciones definitivas, y mis esfuerzos para sostener la paz del mundo, han llegado a su último límite.

No soy yo el responsable de la calamidad que amenaza a todo el mundo civilizado. Aun en este momento está en tu mano el evitarla. Nadie amenaza al ho-

nor ni al poder de Rusia, la cual hubiera podido muy bien esperar el resultado de mi mediación. El afecto que heredé, en el lecho de muerte de mi abuelo hacia ti y tu patria ha sido siempre sagrado para mí. Siempre he permanecido fiel a Rusia, sobre todo en los dolorosos días de la última guerra. Aún puedes salvar la paz de Europa, si suspendes los aprestos militares que son una amenaza para Austria-Hungría y Alemania».

El siguiente es un informe de los procedimientos que presentó Sir Grey a la Cámara el memorable lunes:

—Sir E. Grey.—La semana pasada, terminé diciendo que íbamos a trabajar para la paz no sólo de nuestro país sino de toda Europa. Hoy los acontecimientos se suceden con tanta rapidez que es extraordinariamente difícil el enumerarlos por su orden riguroso, pero lo principal es que todos comprendemos que la paz de Europa no puede defenderse.

Por el momento Rusia y Alemania se han declarado la guerra mutuamente. Antes de que proceda a explicar la posición del Gobierno de S. M. Británica y qué actitud conviene seguir en vista de la presente crisis, quisiera exponer algunos conceptos a la Cámara para que ésta conozca a fondo los compromisos que tiene contraídos el Gobierno, antes de que tomemos una resolución.

Permitidme ante todo decir en breves frases que hemos trabajado en pro de la paz con tanta sinceridad como entusias-

mo; puede la Cámara estar satisfecha en este punto. Siempre lo hemos hecho, y en estos últimos años en cuanto concierne al Gobierno de S. M. no tenemos dificultad en demostrarlo. Al través de la crisis de los Balkanes, la opinión ha estado unánime en reconocerlo, hemos trabajado por los fueros de la paz. Ciertamente que fué muy difícil conciliar las diversas aspiraciones de varias potencias; mucho tiempo y mucho trabajo costó aunar los intereses de todas, pero la paz quedó asegurada, porque era deseo de todos y preferían dar tiempo y trabajo, mejor que ahondar las diferencias por medio de soluciones demasiado rápidas.

En la presente crisis no ha sido posible asegurar la paz de Europa, porque hemos tenido poco tiempo, y cierta predisposición en algunas potencias que no quiero nombrar, a recurrir a medios extremos, en los que por lo menos se arriesgaba la paz. El resultado es que, según vemos ahora, la política de la paz en cuanto concierne a las potencias, ha fracasado.

No quiero insistir ni comentar, acerca de quien, a nuestro juicio, ha sido el responsable, ni qué potencias han sido las que más sinceramente han abogado por la paz, ni cuáles otras han tenido irascibilidades lamentables; queremos que la Cámara aprecie la crisis actual libre de toda influencia, y con entera imparcialidad, para que pueda juzgarla, mirando tan sólo a los intereses, al honor y a las obligaciones británicas.

Tan pronto comò nos sea posible publicaremos documentos que atestigüen nuestra inmensa labor de la semana última, y no dudo de que cuando en ellos se demuestre cuán leales, entusiastas y sostenidos fueron nuestros esfuerzos en pro de la paz, la opinión del pueblo podrá formar juicio propio y comprenderá qué fuerzas han sido las que han contrarrestado nuestras tareas.

Vamos ahora a tratar en primer término la cuestión de las obligaciones. Varias veces he afirmado en esta Cámara, y el primer ministro lo ha hecho más de una vez, que si un día se presentaba una crisis inesperada, estaríamos en situación de poder decir a la Cámara de los Comunes que podía decidir libremente la actitud que debía adoptar la Gran Bretaña. Que nunca contraeríamos un compromiso secreto, hecho a espaldas suyas y que un día nos obligara a decir que el honor de la patria estaba comprometido.

Trataré este asunto más a fondo, y ofreceré algunos oportunos esclarecimientos.

En Europa existen dos grupos diplomáticos. La Triple Alianza y la que desde hace pocos años se llama la *Triple Entente*. La *Triple Entente* no es una alianza es un grupo diplomático.

La Cámara recordará que en 1908 surgió la crisis balcánica que dió motivo a la anexión de Bosnia y Herzegovina. El ministro ruso, M. Izwolsky vino a Londres; su visita había sido concertada antes de que estallara la crisis, y le dije en definitiva

que tratándose de un asunto puramente balcánico no creía que la opinión pública de este país justificara el que yo le ofreciese otra cosa que una ayuda diplomática. Nunca se nos ha exigido más; tampoco hemos dado otra cosa, ni nunca tampoco la hemos ofrecido. En la presente crisis, hasta ayer mismo, únicamente hemos prometido ayuda diplomática.

Para que la Cámara comprenda con claridad esta cuestión de las obligaciones, debo retroceder a los días de la crisis marroquí de 1906. Era la época de la Conferencia de Algeciras; y corrían tiempos muy difíciles para el Gobierno de S. M. Británica, por hallarnos en pleno período electoral, con todos los ministros repartidos por las provincias, y yo pasando tres días de la semana en mi distrito y tres en el ministerio. Entonces me preguntaron que si, en el caso de estallar una guerra entre Francia y Alemania, podíamos ayudar con nuestras armas a la primera. Yo dije entonces que nada podía prometer a una potencia extranjera, a menos que me autorizara a ello la decisión de la opinión pública, representada en esta Cámara, cuando llegase la ocasión. Añadí entonces que, a mi juicio, si se obligaba a una guerra a Francia por la cuestión de Marruecos, cuestión que acababa de ser objeto de un tratado sumamente popular entre Francia y nuestro país, si a consecuencia de este tratado se hubiese visto Francia obligada a sostener una guerra, no creo equivocarme al afirmar que la opinión pú-

blica se hubiese manifestado unánime en conceder a la república francesa nuestro apoyo material. Expuse esta opinión, pero no hice ninguna promesa. Es la misma opinión que vengo manifestando, desde que empezó la presente crisis, y si mi memoria no me es infiel, con casi las mismas palabras que he pronunciado ante los embajadores francés y alemán; no he hecho promesas ni he usado de amenazas.

Mis explicaciones fueron aceptadas por el Gobierno francés, que me dijo entonces y no sin razón: «Si creéis posible que llegado el caso de una crisis, la opinión pública de la Gran Bretaña sea favorable a conceder a Francia el apoyo material de sus tropas, apoyo que no podéis prometer de antemano, pues no podrá llevarse a efecto, a menos que nuestras autoridades militares y navales, hayan tenido algunas conversaciones que les permitan estar de acuerdo, sobre muchos puntos técnicos, sin lo que, llegada la ocasión, sería imposible que Inglaterra pudiera apoyarnos, a pesar de sus buenas intenciones». El razonamiento no se puede negar que era convincente. Asentí a ello y autoricé las entrevistas, pero bajo la expresa condición de que nada de cuanto pasara entre las autoridades militares o navales significaría el más mínimo compromiso para ninguno de los dos Gobiernos, ni coartaría en modo alguno su libertad amplísima para tomar la decisión que juzgasen más conveniente, cuando llegara el caso. Ya he indicado a la Cá-

mara que en aquella época nos encontrábamos en plenas elecciones generales. Tuve que tomar este acuerdo sin consultarlo en consejo de ministros. No podía éste reunirse y había que dar una respuesta. Consulté con Sir H. Campbell Bannerman, entonces primer ministro; consulté igualmente con Lord Haldane, a la sazón secretario de Guerra, y consulté por último con el actual primer ministro, entonces ministro de Hacienda. Me autorizaron, pero también bajo la condición precisa de que el Gobierno quedaba con absoluta libertad para seguir la conducta que juzgase más oportuna si se presentaba alguna crisis.

El hecho de que se verificaran estas entrevistas entre el personal técnico militar y naval fué puesto después (bastante después porque habiendo pasado la crisis el asunto perdía importancia) en conocimiento del Gabinete.

Más tarde sobrevino otra crisis marroquí, la de Agadir, y en toda ella me ajusté exactamente al mismo comportamiento observado en 1906.

Consecuencia de esto fué el que en 1912, después de una detenida discusión en el Gabinete, se decidió hacer un convenio por escrito aunque dándole la forma extraoficial de una carta, en el que se fijara la base de que estas entrevistas no mermaaban absolutamente en nada la libertad de ninguno de los dos gobiernos.

El día 22 de noviembre de 1912 escribí al embajador francés la carta que

voy a tener el honor de leer a la Cámara y recibí la contestación redactada en términos semejantes. La carta que voy a leer, probará a la Cámara mejor que mis palabras que cualquiera que haya sido la frecuencia o importancia de estas entrevistas, no implican el menor obstáculo a la libertad del Gobierno. Dicha carta dice así:

«Mi querido embajador:

Durante los últimos años han celebrado consultas de cuando en cuando las principales autoridades francesas e inglesas en asuntos militares y navales. Siempre hemos dado por supuesto que dichas consultas no limitan en lo más mínimo la libertad de cada uno de los respectivos Gobiernos, respecto a prestar o no ayuda material al otro, cuando el caso se presente. Hemos convenido en que las consultas habidas entre peritos no llevan consigo compromiso de ningún género, que obliguen a un Gobierno a obrar de una manera determinada en el caso de presentarse una contingencia que esperamos no se presentará nunca.

La disposición actual, por ejemplo, de las respectivas flotas de Francia y la Gran Bretaña, no se basa en ninguna cooperación forzosa en caso de guerra.

Me habéis insinuado que en el caso de que una de las dos naciones tenga graves motivos para temer un injustificado ataque de otra tercera potencia, sería indispensable conocer, si puede contar o no, con la ayuda material de la otra, y con-

vinimos en que, si uno de los dos Gobiernos tiene fundados motivos para temer una injustificada agresión por parte de una tercera potencia o algo que amenace la paz general, se pondrá inmediatamente en relación con el otro, a fin de discutir juntos si ambos han de obrar unidos para rechazar la agresión o conservar la paz; y si así lo deciden, saber cuáles son las determinaciones que han de tomar en común».

Tal es el punto fundamental de nuestro Gobierno con respecto a la crisis actual. Creo que confirma cuanto el primer ministro y yo hemos dicho ante la Cámara de los Comunes, respecto a que la nación goza de absoluta libertad para proceder como crea conveniente, declarándose por la intervención o la abstención.

A esto llamo yo aclarar los conceptos en cuanto al capítulo de obligaciones; y creo que era pertinente para demostrar a la Cámara nuestra buena fe y para que ésta pueda ver claramente después de los amplios informes que acabo de darla y de la carta que he leído, que nuestras relaciones diplomáticas con otras potencias no han tenido nunca por fin restringir la libertad de la Cámara de los Comunes, que es la que ha de dictar la norma a que hemos de atenernos.

Yendo más lejos aún diré lo siguiente: que la situación actual no es exactamente la misma que en la época de la crisis marroquí. Entonces se trataba de una querrela que interesaba a Francia en pri-

mer término. Fué una disputa que, a nuestro parecer, se atrajo Francia como consecuencia del tratado existente entre nosotros y publicado a la faz del mundo, por el que nos comprometíamos a prestarle ayuda diplomática, pero a eso estábamos obligados por un convenio público.

La presente crisis dimana de otras causas. Su origen no tiene nada que ver con Marruecos, ni con ningún asunto en que medie compromiso alguno con Francia. Su base la constituye una disputa entre Austria y Servia. Puedo añadir con la mayor convicción que no hay nadie que sienta menos deseos de verse envuelto en esas complicaciones que el Gobierno francés; pero no puede rehuir las obligaciones que le impone su alianza con Rusia. Al mismo tiempo tenemos la satisfacción de añadir que esa obligación de honor no se extiende hasta nosotros. No pertenecemos a la alianza franco-rusa; y ni siquiera sabemos los términos en que está redactada. Y ahora espero haber cumplido minuciosa y concienzudamente mi tarea de poner a la Cámara al corriente de la cuestión de las obligaciones.

Vamos a tratar ahora de lo que la situación reclama de nosotros.

Desde hace años nos une una sincera amistad con Francia. Recuerdo la emoción de toda la Cámara y la mía propia pues tuve que hablar sobre este asunto, cuando el Gobierno anterior concluyó el actual tratado; con qué cordial simpatía acogieron la Cámara y la opinión pública,

la noticia de que ambos países habían depuesto para siempre las diferencias que los habían separado. Recuerdo que en aquella ocasión dije que parecíamos hallarnos bajo del influjo de alguna deidad benévola que nos había procurado atmósfera favorable a tan satisfactoria solución. Pero ¿hasta qué punto van las obligaciones unidas a semejante amistad, amistad entre los dos Gobiernos, ratificada por las dos naciones? Dejo que cada una consulte con su propio corazón, y juzgue por sus sentimientos de la extensión que dichas obligaciones deben tener. Yo las juzgo como las siento, pero no trato de imponer mi convicción a nadie, ni de dictar a ninguno cómo debe interpretar sus propios sentimientos. Que juzgue la Cámara individual y colectivamente.

Ahora hablaré conforme a lo que me dictan mis sentimientos particulares.

La flota francesa está en el Mediterráneo. Las costas del Norte y del Este de Francia están absolutamente faltas de protección. Cuando Francia resolvió reconcentrar su flota en el Mediterráneo, la situación era muy distinta de lo que anteriormente había sido, porque la amistad que se había desenvuelto entre ambos pueblos, hacía que Francia se creyera segura de no tener nada que temer de nosotros. Por eso dejó sus costas indefensas. Sus barcos están ahora en el Mediterráneo, y desde hace algunos años, se han estacionado allí a causa del sentimiento de confianza y amistad que une a los dos Estados.

Mi personal convencimiento es que, si una flota extranjera, a consecuencia de una guerra no buscada por Francia, y en la que ésta no ha sido la agresora, penetra por el Canal de la Mancha y bombardea y arruina las costas indefensas de Francia, no podemos permanecer con los brazos cruzados, contemplando impasibles lo que tiene lugar ante nuestros propios ojos. Tal es mi convicción y estoy seguro de que los sentimientos de todo el pueblo la compartirán. Hay ocasiones en que el sentimiento individual adquiere tal intensidad, que da la íntima sensación de que si las circunstancias previstas llegaran a realizarse, el mismo sentimiento estallaría con fuerza irresistible a través de todo el territorio.

Pero dejemos a un lado los sentimientos personales, y examinemos la cuestión únicamente en las relaciones con los intereses británicos; ellos serán precisamente la base de lo que voy ahora mismo a participar a la Cámara.

Preguntémonos lo primero ¿qué va a hacer Francia con su flota en el Mediterráneo? Si la retiene allí, sin saber lo que hará Inglaterra, deja sus costas sin la menor protección y a merced de que la flota alemana emplee el Canal y obre a su antojo en una guerra que lo es a vida o muerte entre los dos países. Si no tomamos ninguna resolución, es posible que Francia decida retirar de allí sus buques. Nos hallamos frente a una conflagración

européa. ¿Es capaz nadie de prever hasta donde llegarán las consecuencias que pueden sobrevenir? Supongamos que permanecemos neutrales diciendo: *No, no queremos comprometernos a ayudar a ninguno de los países beligerantes*; y supongamos también que Francia retira su escuadra de Mediterráneo. Las consecuencias serían tremendas sobre lo que ya ha pasado en Europa, aun para los países que continúan en paz; en una palabra, para los que están en paz y en guerra. Sigamos presumiendo que por alguna complicación imprevista, y para defender los más caros intereses británicos nos vemos obligados a intervenir en la guerra; y, puestos en el camino de las suposiciones, aceptemos como posible el que Italia, que hoy es neutral, pues, según dice, esta es una guerra agresiva y la Triple Alianza es esencialmente defensiva, no teniendo por tanto obligación de contribuir a la guerra, pero continuemos suponiendo que Italia, en virtud de algún hecho imprevisto y obrando dentro de su más estricto derecho, interviene en la conflagración para defender sus intereses, al mismo tiempo que lo hace la Gran Bretaña por igual razón; ¿cuál será entonces nuestra situación en el Mediterráneo?

Es muy verosímil que este momento crítico se nos imponga cuando la ruta que ha de seguir la marina mercante en el Mediterráneo hiera los más vitales intereses de Inglaterra. Nadie puede negar la posibilidad de tal contingencia dentro de

las próximas semanas. Y entonces, ¿en qué condiciones nos hallaríamos? Nosotros no tenemos escuadra en el Mediterráneo; y como ahora sería la ocasión menos oportuna para retirar barcos de ninguna otra parte, resultaría que por nuestra pasividad habríamos expuesto a la patria a los más espantosos riesgos.

Dadas las circunstancias que acabo de exponer, y atendiendo a lo que demandan los intereses británicos, estoy convencido de que Francia tiene derecho a saber inmediatamente a qué atenerse respecto a la ayuda de Inglaterra, en el caso de que una flota enemiga ataque sus indefensas costas.

En vista de lo apremiante del tiempo y obligado por los acontecimientos, ayer tarde dí al embajador francés la siguiente contestación:

«Estoy autorizado para deciros que si la flota alemana viene por el Canal o por el mar del Norte, para emprender alguna operación hostil, o desembarco en vuestras costas, la flota inglesa os prestará toda la ayuda de que sea capaz».

Esta seguridad se otorga, naturalmente, contando con que el Gobierno de S. M. Británica recibirá la autorización del Parlamento, y no ha de tomarse tampoco como compromiso que obligue al Gobierno a una acción determinada hasta que la escuadra alemana no realice los supuestos ataques.

Participo esto a la Cámara no como una declaración de guerra por nuestra parte,

ni siquiera como la participación en un movimiento ofensivo inmediato, sino, como el compromiso de llevar al cabo una acción agresiva si las contingencias nos obligan a ello.

Los acontecimientos se suceden con vertiginosa rapidez. A cada hora llegan nuevas noticias, que me han impedido dar la anterior con todas las formalidades que requieren estos casos; pero tengo entendido que el Gobierno alemán se comprometerá a respetar las costas de Francia, siempre que nosotros aseguremos nuestra neutralidad. He tenido conocimiento de ello pocos momentos antes de trasladarme a esta Cámara, pero me parece que se trata de imponernos un compromiso.

Se presenta otra consideración de la mayor importancia y que se va agravando por momentos; me refiero a la neutralidad de Bélgica. Expondré ante la Cámara algunos pormenores sobre lo que significa la neutralidad de Bélgica para nosotros. La base de nuestro interés en ella es el tratado de 1839; pero desde entonces acá cuenta con una historia que ha contribuido a aumentarlo. En 1870, durante la guerra franco-alemana, la cuestión de la neutralidad belga adquirió nueva actualidad y sobre ella se emitieron varias opiniones. El príncipe de Bismarck, entre otros, aseguró a Bélgica, y confirmó por escrito su afirmación verbal, a pesar de considerarlo él superfluo a causa del tratado existente, de que el Imperio germánico y sus aliados respetarían la neutra-

lidad de Bélgica, fundándose, como es natural, en el supuesto de que dicha neutralidad sea igualmente respetada por el otro Estado beligerante. Esta declaración es valiosísima como un explícito reconocimiento del vigor y los derechos del tratado hecho en 1870 por el Gobierno alemán.

¿Cuál fué entonces nuestra disposición de ánimo? Los hombres que entonces dirigían los destinos de la Gran Bretaña eran Lord Granville en la Cámara de los Lores y Mr. Gladstone en la de los Comunes. El día 8 de agosto Lord Granville pronunció las siguientes palabras:

«Podíamos haber expuesto ante los ojos de nuestra patria y del mundo entero, que no juzgamos a nuestro país ni moral ni internacionalmente obligado a la conservación de la neutralidad belga, y que tampoco la reclaman nuestros intereses; pero aunque este proceder quizás nos hubiese evitado algunas dificultades, aunque nos hubiera reportado algunas ventajas y aunque nos hubiera salvado de un peligro inmediato, he creído imposible seguirlo, por parecerme contrario al honor y a los intereses de la patria».

Dos días después decía Mr. Gladstone en la Cámara de los Comunes:

«Convengo en que existe la obligación del tratado. No juzgo necesario, ni el tiempo lo permite, entrar en la complicada cuestión relativa a la naturaleza del compromiso existente. Pero no me siento capaz de aceptar la teoría que han soste-

nido algunos en esta Cámara, quienes afirman que el hecho sencillo de existir una garantía obliga hoy por igual a cada parte, sin consideración a los cambios que hayan sufrido sus respectivas posiciones, cuando se presente la ocasión para la que se estableció la garantía».

Las grandes autoridades en materia de política internacional a quienes he tomado por modelo, tales como Lord Alberdeen y Lord Palmerston, nunca, que yo sepa, han profesado una opinión tan rígida, o por mejor decir, tan impracticable de lo que debe entenderse por garantía. Claro es que la circunstancia de existir una garantía vigente ha de ser un hecho de importancia y una razón de peso, a la que hemos de prestar nuestra más amplia consideración. Además hemos de tomar también en cuenta otra consideración, cuya fuerza vigorosamente comprenderemos todos, y es el interés común en combatir el desmedido engrandecimiento de cualquier potencia existente.

Quedamos, pues, en que ese tratado es ya muy viejo (1839). Ese era el juicio que mereció en 1870; y, sin embargo, se tomó en consideración no sólo por Bélgica, que era la beneficiada, sino por los que entonces garantizaban su neutralidad. El honor y los intereses de hoy son por lo menos tan valiosos como lo eran en 1870 y no podemos contemplar el asunto con un criterio más mezquino o menos serio que el que adoptó el Gobierno de 1870 presidido por Lord Gladstone.

Ahora voy a tomarme la licencia de leer a la Cámara lo que aconteció la semana pasada respecto a este particular. Cuando empezó la movilización, comprendí que se trataba de un hecho gravísimo para nuestra política y nuestras Cámaras. Telegrafíé al mismo tiempo y en iguales términos a los embajadores de Berlín y París diciendo que era esencial para nosotros el saber si ambos Gobiernos estaban dispuestos a respetar la neutralidad belga, y aquí están las respuestas. La del Gobierno francés dice:

«El Gobierno francés está resuelto a respetar la neutralidad belga, y sólo en el caso de que otra potencia violara dicha neutralidad, Francia se vería obligada, mirando por su propia seguridad, a penetrar en el territorio de la nación vecina. Esta seguridad la hemos dado ya varias veces. Así se lo ha afirmado el presidente de la República al rey de Bélgica; y el embajador francés en Bruselas espontáneamente ha renovado hoy mismo dicha promesa al ministro de Negocios Extranjeros belga».

La respuesta del Gobierno alemán es como sigue:

«El ministro de Estado no puede dar ninguna respuesta definitiva antes de consultar con el emperador y el Canciller».

Sir E. Goschen a quien encarecí la importancia de tener una pronta contestación, añadió que esperaba no se haría esperar largo tiempo. El ministro de Negocios Extranjeros alemán, dió a entender a nuestro embajador que tenía fundamen-

to para dudar de que dieran ninguna respuesta, pues ésta tendría forzosamente que descubrir en cierto grado, parte de sus planes de campaña. Al mismo tiempo telegrafíé a Sir F. Williers que se pusiera en contacto con el Gobierno belga; y hoy he recibido de nuestro embajador la siguiente respuesta:

«El ministro de Negocios Extranjeros me agradece la comunicación y responde que Bélgica hará todo lo posible por permanecer neutral, y espera y desea que las potencias la ayudarán en esta tarea. Me encargó añadir que sus relaciones con las potencias vecinas eran excelentes, y que no había razón para sospechar de sus intenciones, pero que el Gobierno belga estaba convencido de que en caso de ataque, contaba con los suficientes medios para defender su neutralidad».

Según se infiere de las noticias que he recibido hoy mismo, y de cuya transmisión reglamentaria no estoy aún seguro, parece que el Gobierno de Berlín ha enviado un ultimátum a Bélgica, ofreciéndole conservar las buenas relaciones, a condición de que facilite el paso por su territorio al ejército alemán. Hasta el momento en que se tenga la absoluta evidencia de la exactitud de este suceso no quiero hacer ningún comentario ante la Cámara. Una vez, durante las últimas semanas, se nos he hecho una especie de proposición acerca de si bastaría para contentarnos el que a la terminación de la guerra, se respetara la integridad de Bél-

gica. Nuestra respuesta fué que no podíamos entrar en tratos, regateando el interés y obligaciones que nos imponía la neutralidad belga. Momentos antes de llegar a esta Cámara he tenido noticia del telegrama que S. M. el rey Jorge acababa de recibir del rey de Bélgica:

«Recordando las numerosas pruebas de amistad que he merecido a V. M. y a su ilustre antecesor, y la amistosa disposición de Inglaterra en 1870, así como la prueba de amistad que acabáis de darme, hago un supremo llamamiento a la intervención diplomática del Gobierno de V. M. para salvar la integridad de Bélgica».

En la última semana intentamos la intervención diplomática, ¿pero de qué serviría ahora?

Tenemos grandes y vitales intereses unidos a la independencia de Bélgica y su integridad no representa más que una pequeñísima parte de los mismos. Si Bélgica se ve obligada a sufrir que se viole su neutralidad, entonces la situación es clara. Aunque ella al parecer consienta, claro es que en realidad no hace más que ceder ante una fuerza mayor. Los pequeños Estados en esta parte de Europa cifran todas sus aspiraciones en que los dejen vivir solos e independientes, y lo que más temen, según mi opinión, es perder no tanto su integridad como su independencia. Si en esta guerra que se presenta amenazadora a los ojos de Europa, uno de los combatientes violase su neutralidad y no se tomara ninguna determinación para

impedirlo, al terminar la guerra, fuese la que quisiere la suerte reservada a la integridad, la independencia habría desaparecido. Citaré de nuevo a Mr. Gladstone, para demostrar cómo opinaba respecto a la independencia belga.

Nuestro interés por la independencia belga es aún mayor que el que nos corresponde por la garantía. Al dar nuestra respuesta, se trata de saber si un pueblo que está en nuestras condiciones, es decir, bien dotado de fuerza y de poder, permanecería testigo impasible del más horrendo crimen que puede manchar las páginas de la Historia, haciéndose por consiguiente cómplice del mismo.

No, si es cierto que se ha enviado un ultimátum a Bélgica, en la forma que hemos indicado, es decir, comprometiéndola a que rompa ella misma su neutralidad, sean las que quieran las ofertas que se la hayan hecho en cambio, si lo consiente, su independencia está perdida y la de Holanda seguirá los mismos pasos.

Ruego a la Cámara que considere lo que acabo de exponer, en lo que se relacione con los intereses británicos.

Si Francia, vencida en una lucha, pierde su posición como potencia de primer orden, y se convierte en feudataria de una nación más poderosa que ella,—resultado que no anticipo, pues estoy seguro de que Francia cuenta con bastantes medios para defenderse, y que lo hará, con la energía habilidad y patriotismo de que ha dado tantas pruebas,—pero si esta suposición lle-

gase a realizarse, y Bélgica cayese en poder de la misma potencia y consecutivamente Holanda y Dinamarca, entonces sí que serían ciertas las palabras de Mr. Gladstone, al hablar del *común interés contra el desmedido engrandecimiento de una potencia*. Y esa potencia la tendríamos enfrente.

Quizás se nos arguya que podemos permanecer tranquilos por ahora, sea el que quiera el curso que siga la guerra, y que al final de ella intervendremos con eficacia para que las cosas se arreglen a nuestra satisfacción. Si en una crisis como la presente rehuímos obligaciones tan sagradas como las que nos impone el tratado de Bélgica y al mismo tiempo lo que nos aconseja nuestro propio interés, dudo mucho que, aunque poseamos fuerza material sea nuestra intervención de algún valor, a causa del desprecio con que nos mirarán las naciones. Y también es mi parecer que si una gran potencia permanece en esta guerra a la expectativa, al final de ella no tendrá ocasión de emplear sus fuerzas materiales. Nosotros, con una flota poderosa como la que tenemos, capaz de proteger nuestro comercio, nuestras costas y nuestros intereses, no creo que suframos mucho más interviniendo en la guerra que permaneciendo neutrales. Mucho temo que se acerquen terribles días para nosotros tanto de un modo como de otro. El comercio internacional se paralizará, no porque las rutas están cerradas, sino porque disminuirán las transacciones. Los Es-

tados del Continente comprometidos en la guerra que absorberá toda su población, todas sus energías y todos sus capitales, en una lucha desesperada, no pueden seguir teniendo con nosotros el tráfico de costumbre en los tiempos de paz, tanto si entramos en la guerra, como si nos mantenemos en la abstención. Al final de esta guerra, no creo ni por un momento, que a pesar de haber conservado la neutralidad, o quizás por eso mismo, estemos en situación material de poder utilizar nuestra fuerza decisiva, para deshacer lo que haya ocurrido durante el transcurso de la campaña y para impedir que todo el Oeste de Europa fronterizo de Inglaterra, si tal ha sido el resultado de la contienda, caiga en poder de una sola potencia.

He presentado la cuestión de Bélgica en hipótesis, porque no estoy aún seguro de que los hechos hayan ocurrido, según han llegado a nuestra noticia. Pero, si no ha habido ninguna inexactitud, claro está que tenemos aquí una obligación moral de hacer cuanto podamos, para evitar las consecuencias que acarrearían tales hechos si permaneciesen impunes. Ya he leído a la Cámara el único compromiso que existe, respecto a fuerza armada, y también creo de mi deber decir a la Cámara que hasta ahora nada hemos prometido referente a enviar tropas expedicionarias al Continente. Ya hemos movilizado la marina y el ejército lo estamos movilizando, aunque, repito, que sobre él no tenemos com-

promiso alguno, pues creo de mi deber el expresar que en caso de una conflagración europea, como la actual, sin precedentes en la Historia, un país que como nosotros tan enormes responsabilidades tiene en la India y en otros territorios dado los factores desconocidos que siempre en tales casos pueden concurrir, es muy imprudente el enviar fuerzas armadas fuera del territorio, hasta que sepamos el rumbo que toman los acontecimientos. Una cosa he de añadir a este ya largo período; el único punto brillante en este oscuro horizonte es Irlanda. La opinión pública se ha significado bien claramente en Irlanda y—esto quiero que se entienda bien en el extranjero—hace que no tengamos que tomar ninguna determinación especial ni sentir la menor desconfianza sobre este punto.

Ya he expresado a la Cámara hasta dónde hemos ido respecto a compromisos, y las condiciones que han tenido influencia en nuestra política, y creo haber insistido lo bastante para que la Cámara se penetre de la importancia capital que tiene para nosotros la neutralidad de Bélgica. ¿Qué otra política puede preferir la Cámara?

No hay más que un camino abierto ante el Gobierno, para tener la certidumbre en estos momentos de no verse comprometido en la guerra, y es la proclamación de la neutralidad incondicional. Pero eso no lo podemos hacer porque acabo de leer

a la Cámara la promesa hecha a Francia que nos lo impide.

También hemos de considerar nuestra situación respecto a Bélgica que nos impide proclamar nuestra neutralidad, y antes de que estemos completamente seguros y satisfechos respecto a esos dos puntos, no nos es posible renunciar al empleo de las fuerzas que estén en nuestro poder. Abrazar esa decisión y decir que no queremos mezclarnos para nada en todas esas cuestiones, valdría tanto como suponer que el tratado con Bélgica y las obligaciones que en él se fundan, la posible situación del Mediterráneo, y la suerte que pudiese correr Francia privada de nuestro auxilio, no representaban nada a nuestros ojos, y esto, a mi modo de ver, equivaldría a sacrificar nuestro buen nombre y nuestra reputación ante el mundo entero.

Tampoco escaparíamos de ese modo a las más graves y penosas consecuencias económicas. Mi intento ha sido explicar a la Cámara los motivos que han impedido al Gobierno a obrar como lo ha hecho, y a ponerla en estado de que decida por sí misma atendiendo a las consecuencias que pueden sobrevenir.

No quiero ocultar por un instante, después de lo que llevo dicho y de la información que acabo de presentar a la Cámara respecto a Bélgica, que debemos estar preparados, y lo estamos, para emplear todas las fuerzas de que seamos capaces, en un momento dado, no sabemos cuándo,

para defendernos, y volver por los fueros de la justicia.

Todos sentimos en nuestras conciencias, que, si los hechos anunciados se confirman, aunque hasta ahora no anunciemos ninguna acción agresiva por nuestra parte, tampoco podemos tomar ninguna decisión contraria, sin conocer con exactitud las circunstancias que, al fin, pueden obligarnos a valernos de la fuerza.

En cuanto a las fuerzas de la Corona, estamos dispuestos. Creo que el primer ministro y mi digno y respetable amigo, el primer Lord del Almirantazgo, no tienen la menor duda respecto a las brillantes condiciones e inmejorable estado en que se encuentran esas fuerzas que nunca han brillado en tan alto grado como ahora, y nunca hubo tampoco un tiempo en que estuviera más justificada la confianza en el poder de nuestra marina como salvaguardia de nuestras costas y de nuestro comercio. Siempre nos atormentaría la idea de los dolores y miserias que todos los países sufrirían sin que nos pueda librar de ellos la declaración de neutralidad. Los perjuicios que podría causar un barco enemigo a nuestro comercio son infinitesimales al lado de los perjuicios ocasionados por las condiciones económicas del Continente. Una abrumadora responsabilidad pesa sobre el Gobierno al tener que aconsejar a la Cámara la conducta que conviene seguir.

Hemos expuesto ante la Cámara de los Comunes nuestra manera de pensar, he-

mos dado a conocer todos los informes que poseemos, y con claridad hemos explicado las probables consecuencias que pueden tener; creo firmemente que estamos en disposición de hacer frente a los acontecimientos aunque éstos tomen el rumbo a que parecen propender.

Hemos trabajado por la paz y para la paz hasta el último momento y aún más allá. Con qué constancia, con qué denuedo y con qué entusiasmo hemos llevado a cabo esos trabajos, durante la última semana, podrá verlo la Cámara en los documentos que le entrego. Por desgracia ya se han perdido todas las esperanzas por lo que atañe a la paz de Europa. Tenemos que arrostrar una situación excepcional y todas las consecuencias que de ella dimanen; y creemos firmemente poder contar con el apoyo de las Cámaras, cualesquiera que sean las resoluciones que nos obligue a tomar el desarrollo de los hechos o los actos ejecutados por los demás.

Estoy persuadido de que la acción se ha desenvuelto tan rápidamente que la opinión pública no ha tenido tiempo de advertirlo; quizás piensa aún que se trata de las diferencias entre Austria y Servia. ¡Qué absurdas complicaciones han promovido esas diferencias! Es un hecho que Rusia y Alemania están en guerra; no sabemos si Austria, la aliada en cuyo socorro ha acudido Alemania, entra también en esta guerra. Sabemos que han ocurrido graves sucesos en las fronteras francesas; y es muy posible que a estas ho-

ras el embajador de Alemania haya salido de París.

La situación avanza y se transforma con tan vertiginosa rapidez, que, técnicamente, en lo referente a la guerra, es casi imposible relatar lo sucedido. Mi principal objeto ha sido explicar con claridad las cosas que atañen a nuestros intereses, y que pueden influir en nuestra conducta y en nuestra política. He expuesto a la Cámara los puntos principales, y si, como parece muy probable, nos vemos obligados, y en plazo muy breve, a tomar nuestro puesto en la contienda, entonces esperamos que el pueblo, bien penetrado de la situación, y comprendiendo que sus resultados serían el impedir los inmensos peligros en el centro de Europa, que he procurado especificar, entonces, repito, esperamos que no sólo nos apoyarán las Cámaras, sino que también estarán a nuestro lado la ayuda, el valor, la determinación y el denuedo de todo el pueblo británico».

Mr. Bonar Law dijo:

«El digno ministro de Negocios Extranjeros ha hecho un llamamiento a nuestra ayuda y tengo que pronunciar algunas palabras; serán muy breves. Deseo decir, ante todas cosas, que no creo exista un solo miembro de la Cámara capaz de dudar de que no sólo el digno representante del Gobierno sino todo él han hecho cuanto cabe en las fuerzas humanas para conservar la paz, sin desmayar hasta el úl-

timó instante, y que si se ven obligados a dar otro rumbo a sus acciones, es muy contra su voluntad y sólo cediendo a causas de fuerza mayor, que no nos dejan otra alternativa. El digno ministro ha aludido a un punto brillante, que, pocos días antes era un punto negro en el horizonte político. Tengo la seguridad de que todo lo que ha dicho el señor ministro es cierto, y sólo me resta añadir, que si las contingencias que no ha querido nombrar, pero que todos en nuestro fuero interno sabemos cuáles son, se realizan, habrá otros puntos brillantes y que cada súbdito de S. M. en Irlanda estará pronto a cumplir su obligación, por penosa que ésta sea. Es cuanto tenía que decir. El Gobierno ya tenía conciencia de lo que he dicho, pero he querido dar público testimonio, en nombre del partido de que soy jefe en esta Cámara, que cualquiera que sean los pasos que haya que dar en defensa del honor y la seguridad de la patria, el Gobierno puede contar incondicionalmente con el apoyo de las oposiciones».

Mr. Redmond dijo:

«Creo que la Cámara no juzgará inoportuna mi intervención en las graves circunstancias que nos tienen aquí reunidos. Abusaré de vuestra atención pocos momentos. Me han causado verdadera emoción las palabras del señor ministro de Negocios Extranjeros, al decir que el único punto brillante era el cambio en los sentimientos de Irlanda. En los pasados tiempos, cuando este Imperio se hallaba

absorbido, por sus terribles y gigantescas empresas, es cierto (y sería una crasa hipocresía por mi parte el intentar negarlo) las simpatías de los nacionalistas irlandeses, por razones cuyas raíces se pierden en la historia de los siglos, se separaron de este país; pero permitidme afirmar que lo ocurrido en los últimos años ha cambiado por completo. No entraré, ni la ocasión se presta a ello, en ninguna controversia, pero creo que puedo aventurarme a decir que un conocimiento más amplio de los hechos reales de la historia irlandesa, ha alterado, en mi concepto, el juicio que merece Irlanda a la democracia inglesa, y hoy creo en mi conciencia que la democracia irlandesa volverá los ojos con interés y simpatía a este país en todos los peligros que puedan amenazarle. En ciertas ocasiones se hace posible el que se repita la Historia.

La Cámara recordará que en 1778, al final de la desastrosa guerra con América, cuando, me parece que con justicia se podía decir que el poder militar de Inglaterra había descendido a su ínfimo nivel y cuando las costas de Irlanda se vieron holladas por la invasión extranjera, se levantó un cuerpo de 100,000 voluntarios irlandeses para defender sus costas. Al principio no se permitió a ningún católico — ¡ah! ¡qué tristes recuerdos trae la Historia de aquellos días! — el alistarse en aquel cuerpo de voluntarios; y, sin embargo, los católicos del Sur, desde el primer instante, hicieron suscripciones y re-

caudaron dinero para enviarlo a sus compatriotas los protestantes con destino a sus gastos de guerra.

Con el curso del tiempo las ideas se fueron ampliando, y finalmente los católicos del Sur formaron en las mismas filas que sus hermanos de armas los protestantes de los departamentos del Norte. ¡Ojalá se repita este hermoso ejemplo!

Hoy día existen en Irlanda dos numerosos cuerpos de voluntarios. Uno de ellos tiene sus orígenes en el Norte; el otro en el Sur. Aseguro al Gobierno que desde mañana mismo puede retirar todas sus tropas de Irlanda; yo le aseguro que para defender las costas de Irlanda de toda invasión extranjera, bastan sus hijos, y con ese objeto, los católicos nacionalistas del Sur tendrán el mayor gusto en unir sus armas con los protestantes armados de Ulster, y ¿será llevar demasiado lejos las aspiraciones el suponer que de esta misma situación, saldrá algo provechoso no sólo para Inglaterra, sino también para el futuro bienestar e integridad de la nación irlandesa?

Ruego a la Cámara me dispense si he interrumpido en este debate, pero deseaba hacer constar, que, a pesar de que todos los deseos de los irlandeses estén en favor de la paz, y todos nos hallemos dispuestos a todo género de sacrificios para evitar a nuestra patria los horrores de la guerra, sin embargo, si nos obliga la dura necesidad, declaramos al Gobierno que rige los destinos de la Gran Bretaña, que pue-

de retirar las tropas que tiene en Irlanda y que si se nos permite, de común acuerdo con nuestros hermanos del Norte, defenderemos nosotros solos las costas de nuestra patria».

Mr. Ramsay Mac Donald dijo:

«Hubiese preferido permanecer en silencio esta tarde, si las circunstancias no me obligasen a usar de la palabra. Tomaré por modelo los discursos que acabo de oír y seré breve. El respetable ministro, que cuenta con una numerosa mayoría en esta Cámara, ha pronunciado en ella un memorable discurso, cuyos ecos recogerá la Historia. La oración ha sido de las que causan honda impresión en el ánimo. Por muy duros que seamos, no hemos podido resistir los conmovedores tonos de su llamamiento. Yo creo que está en un error; creo igualmente que el Gobierno que representa y en nombre del que ha hablado, comparte ese error. Creo que el veredicto de la Historia será demostrar que estaban todos equivocados. El tiempo nos lo dirá. No hemos de juzgar el discurso del señor ministro por su efecto final. No es seguro que encontremos la oportunidad de entrar en detalles; pero deseo decir a la Cámara y lo afirmo sin temor a equivocarme, que si el señor ministro hubiese venido hoy aquí a decirnos lisa y llanamente que la patria estaba en peligro, sin necesidad de llamamiento de ningún partido ni clase determinada, nos hubiera encontrado a todos con él y dispuestos a seguirle. Si estamos en ese caso, no

rehuiremos el votar las cantidades que necesite. Si tal acaece, iré más lejos, sí: le ofreceremos nuestras personas, suponiendo que la patria esté en peligro. Pero no me ha persuadido de que lo esté. No ha persuadido tampoco a mis amigos políticos de que nos hallemos en esa situación. Y tengo la seguridad de que cuando su discurso aparezca mañana en las hojas de la prensa, será incalculable el número de los que no queden tampoco persuadidos. Si realmente pelagra el honor de la nación, estaremos a su lado. Pero no ha habido crimen político perpetrado por los estadistas, sin esas conmovedoras apelaciones en nombre del honor nacional. El honor nos llevó a combatir en la guerra de Crimea; en su nombre nos lanzamos sobre el Africa del Sur. Hoy el señor ministro vuelve a apelar a nuestro patriotismo, siempre en nombre de ese mismo honor. Vamos por partes. Si el representante del Gobierno viene y nos dice que un Estado de segundo orden en Europa, tal como Bélgica, está amenazado, y nos asegura que el conflicto se mantendrá dentro de estos límites, le prestaremos nuestro concurso. Pero ¿para qué el pretexto de acudir en socorro de Bélgica, cuando de lo que se trata es de tomar parte en una lucha europea que cambiará las líneas de los mapas? El señor ministro no dice nada de Rusia. Quisiéramos saber algo sobre este punto. Quisiéramos averiguar qué sucedería si terminara el poder de Rusia en Europa, pues no vamos a meternos

ciegamente en este conflicto sin tener una idea aunque sea vaga de lo que nos pueda ocurrir. Finalmente, y en cuanto se refiere a Francia, declaramos solemne y definitivamente, que la amistad, que según el señor ministro existe entre ambas naciones, no bastaría nunca para justificar el que una de estas potencias se metiera en una guerra en obsequio de la otra. Si un peligro real amenaza a Francia, y de resultas de él vamos a tener el dolor de ver al Genio y la Civilización de Francia desaparecer de la historia europea; dejémoslos que desaparezcan.

Es una concepción imposible, y siempre estamos hablando de ella, sin tratar de justificar nunca la acción que ha previsto el señor ministro.

No tengo el presentimiento, sino que sé positivamente que los sentimientos de la Cámara me son contrarios. No es la primera vez que eso me ocurre, y después ha venido lo de 1906 como recompensa. Volverá a suceder lo mismo. Nos volveremos a meter de cabeza. Por lo que respecta a este grupo parlamentario, suceda lo que quiera y por muchas que sean las invectivas que se profieran contra nosotros, no dejaremos de seguir la conducta que juzgamos más conveniente y de repetir que nuestro país debería permanecer neutral; porque en el fondo de nuestros corazones, encontramos la confirmación de que este compromiso es el único que cuadra, con el honor nacional y con las tradiciones del partido que hoy nos gobierna».

El Presidente de la Cámara dejó la tribuna a las cinco menos cuarto, y se suspendió la sesión.

En la sesión de la tarde Sir E. Grey dijo:

«No quiero más que poner en conocimiento de la Cámara algunas noticias que he recibido y que no poseía aún cuando hablé esta tarde. Estos informes los he recibido por conducto de la legación de Bélgica en Londres, después de suspenderse la anterior sesión; dicen así:

«A las 7 de la tarde de ayer se recibió una nota del Gobierno alemán, proponiendo que la amistosa neutralidad de Bélgica conceda paso franco a las tropas alemanas por su territorio, garantizando a la terminación de la guerra la más absoluta independencia e integridad del país, y amenazando de lo contrario con penetrar como enemigos. Si fija un plazo de doce horas para la respuesta. Bélgica ha contestado «que un ataque a su neutralidad constituiría una flagrante violación del derecho de gentes, y que el aceptar las proposiciones alemanas sería sacrificar el honor de una nación consciente de sus deberes. Bélgica está resuelta a defenderse por cuantos medios estén a su alcance».

No necesito decir que el Gobierno de S. M. Británica ha concedido toda su atención a la precedente información, a la que me abstendré de hacer comentarios».

Mr. Balfour dijo más tarde:

«No me levanto para impugnar la política del Gobierno tan elocuentemente ex-

puesta por el señor ministro de Negocios Extranjeros. El señor diputado, a quien sucedo en el uso de la palabra, se lamentaba de que uno detrás de otro se sucediesen tal número de discursos, que podrían parecer, no quizás al público de nuestra patria, pero seguramente al del extranjero, como un alarde de oratoria superflua, mucho más no estando acostumbrados a la prolijidad e importancia de nuestros procedimientos parlamentarios. Espero que el digno representante nacional se equivocará. Los hechos son tan claros, que nadie que estudie el debate, por superficialmente que lo haga, dejará de reconocerlo así.

No estamos discutiendo en ningún sentido la política del Gobierno; se trata de que la Cámara resuelva la conducta que se ha de seguir, y a fin de que juzgue con pleno conocimiento de causa, los jefes de las minorías han querido asesorarla con su opinión y varios representantes se han creído llamados a dar la suya particular. No es un debate sobre las tremendas consecuencias nacionales que se nos han expuesto esta mañana, cuando se invocó el patriotismo de la Cámara para que prestara oído a la exposición de un drama, que no tiene precedente en nuestra época, ni lo tendrá en las venideras.

Lo que hemos oído esta tarde, no ha sido más que los *tiquis miquis* del debate o sea las opiniones que de él han formado varios miembros de la Cámara.

Supongó que estos dignos representan-

tes, no creerán que intento ofenderlos personalmente, ni mucho menos, que ponga en duda la sinceridad y convicción de sus discursos. Lo que me limito a decir es que no es un debate de la gran cuestión propuesta a la consideración y veredicto del país y que no representa la opinión de la Cámara. Dadas las circunstancias, y por temor a que la opinión manifestada por un miembro de la Cámara no compartida en el país o fuera de él, me atrevo a insinuar respetuosamente que se de por terminado el debate. Tenga presente la Cámara que el primer ministro ha prometido conceder, tan pronto como la ocasión se ofrezca, un amplio debate sobre la política del Gobierno. Este podrá plantearse cuando se trate de alguna cuestión financiera o concesión de crédito.

Es muy de lamentar que hayamos empleado las horas de esta tarde en un debate que carece de la elevación que merece la Cámara de los Comunes; que no hayamos sostenido una discusión amplia y digna de las circunstancias excepcionales en que nos hallamos, en lugar de la serie de discursos personales que no pueden tomarse ni aun como reflejo de la manera de pensar de las oposiciones. Esto es lo que me impele a rogar a los dignos miembros de la Cámara, que pongan fin a la sesión por esta noche, sin prolongar más esta infecunda y mezquina discusión. Nuestros procedimientos actuales, que nada añaden a la dignidad del Parlamento, podrían ser torcidamente interpretados en el

país y seguramente lo serán en el extranjero».

Después de algunos ligeros comentarios, la Cámara suspendió la sesión. Posteriormente se dijo que Mr. Ramsay Mac Donald había renunciado a la jefatura del partido obrero, por no estar de acuerdo con sus colegas respecto a la guerra. Lord Morley, Mr. John Burns y Mr. Travelgan, representante en el Parlamento del Consejo de Instrucción Pública, presentaron las respectivas dimisiones por igual motivo. En gracia de lo excepcional de las circunstancias, el mariscal conde de Kitchener aceptó la cartera de guerra el 5 de agosto.

El día 3 había declarado Italia su neutralidad.

Las siguientes citas tomadas del Libro Blanco, detallan los últimos sucesos de aquellos días.

Sir E. Grey a Sir F. Bertie:

«Ministerio de Negocios Extranjeros, 2 de agosto 1914.

Después del Consejo de ministros de esta mañana entregué a Mr. Cambon el siguiente memorándum:

«Estoy autorizado para comunicaros que podéis estar seguro de que, si la flota alemana viene por el Canal o el mar del Norte para emprender alguna operación hostil o desembarco en las costas de Francia, la flota inglesa os prestará toda la ayuda que esté de su parte.

Esta seguridad se da contando, naturalmente, con que el Gobierno de S. M. Británica recibirá la autorización del Parla-

mento, y no ha de tomarse tampoco como compromiso que obligue al Gobierno a una acción determinada; hasta que la escuadra alemana no realice los supuestos ataques».

Le hice presente que luchamos con muchas contrariedades y que tenemos graves consecuencias que temer, y que en vista de ellas el Gobierno no puede comprometerse a declarar la guerra a Alemania, si es que mañana se rompen las hostilidades entre Francia y Alemania, pero al menos ya podía estar tranquila respecto a sus indefensas costas y dejar su escuadra en el Mediterráneo donde la tiene reconcentrada desde hace tiempo. Por eso nos habíamos apresurado a darle esta seguridad. La cual no nos obliga a luchar contra Alemania, a menos que la escuadra de dicha nación emprenda la acción indicada, pero da una seguridad a Francia que la permitiera tomar las disposiciones que más la convengan respecto a su flota del Mediterráneo.

Mr. Cambon me preguntó acerca de la violación de neutralidad del Luxemburgo. Le manifesté las doctrinas que sobre ese punto habían establecido Lord Derby y Lord Clarendon en 1867. Entonces me interrogó sobre nuestra opinión respecto a la neutralidad de Bélgica. Le dije que esta cuestión era mucho más importante; y que estábamos poniéndonos de acuerdo sobre la manera de presentar el asunto mañana al Parlamento, es decir, determinar si se ha de declarar *casus belli* la violación de

la neutralidad belga. Puse en su conocimiento lo que sobre este punto le habíamos dicho al embajador alemán».

Sir E. Grey a Sir E. Goschen:

«Ministerio de Negocios Extranjeros, 4 de agosto 1914.

El rey de Bélgica ha hecho un llamamiento a S. M. el Rey para rogarle intervenga por la vía diplomática, en los siguientes términos:

Recordando las numerosas pruebas de amistad que debo a V. M. y a su ilustre antecesor, la afectuosa actitud de Inglaterra en 1870 y la verdadera prueba de amistad que acabáis de darnos, hacemos un supremo llamamiento a la intervención diplomática de vuestro Gobierno, para salvar la integridad de Bélgica.

El Gobierno de S. M. Británica está también informado de que el Gobierno alemán ha enviado una nota al Gobierno belga, proponiéndole una amistosa neutralidad, que permitiera el paso franco por su territorio, y asegurándole la independencia y neutralidad del reino y sus posesiones a la terminación de la guerra y en caso de una negativa amenazando con tratar a Bélgica como a enemiga.

Se concede un plazo de doce horas para dar la respuesta.

Según tenemos entendido, Bélgica ha rechazado categóricamente esta proposición como un atropello flagrante del derecho internacional.

El Gobierno de S. M. protesta enérgicamente contra esta violación de un tra-

tado, en que Alemania es una de las potencias firmantes, y está dispuesto a pedir una garantía de que no se realizarán las amenazas contenidas en la nota a que nos referimos y que la neutralidad será respetada por Alemania. Es preciso que pidáis respuesta inmediata».

Sir F. Williers a Sir E. Grey:

«Bruselas, 4 agosto 1914.

El Gobierno alemán ha dirigido esta mañana una nota al ministerio de Negocios Extranjeros, declarando que en vista de que el Gobierno belga ha rechazado los bien intencionados propósitos del Gobierno Imperial, este último deplora profundamente verse obligado a llevar adelante por medio de las armas, si es necesario, las medidas que juzgue necesarias en vista de las amenazas de Francia».

De Sir E. Grey a Sir F. Williers:

«Ministerio de Negocios Extranjeros, 4 de agosto 1914.

Comunicad inmediatamente al Gobierno belga, que si el Gobierno alemán emplea la violencia para hacerles salir de su neutralidad, el Gobierno de S. M. Británica espera que resistirán por cuantos medios estén a su alcance, y el Gobierno de S. M. Británica les ayudará en su resistencia, y en este caso, si es necesario, está dispuesto a hacer causa común con Francia y Rusia para resistir a las fuerzas alemanas, y garantizar la integridad y la independencia de Bélgica en lo por venir».

Secretario de Negocios Extranjeros de Alemania al príncipe de Lichnowsky;

«Comunicado por conducto de la embajada alemana.

Berlín, 4 de agosto 1914.

Sírvase disipar cualquier recelo que exista por parte del Gobierno británico, respecto a nuestras intenciones, repitiéndole del modo más formal y positivo la seguridad de que, aun en caso de un conflicto armado, Alemania no trata bajo ningún pretexto de anexionarse el territorio belga. La sinceridad de nuestra declaración puede comprobarse por el hecho de que hemos empeñado nuestra palabra del modo más solemne a Holanda de respetar su neutralidad, y es perfectamente comprensible que no podríamos anexionarnos Bélgica, sin hacer al mismo tiempo algunas adquisiciones territoriales a expensas de Holanda.

Tened la bondad de explicar a Sir Grey que el ejército alemán no puede exponerse a ser víctima del ataque que tenían planeado los franceses, pasando por Bélgica, según hemos sabido por conducto fidedigno. En consecuencia, Alemania tiene que desentenderse de la neutralidad belga, siendo para esta nación cuestión de vida o muerte el anticiparse al avance francés».

De Sir F. Williers a Sir E. Grey:

«Bruselas, 4 de agosto 1914.

Nuestro agregado militar ha sido informado por el ministerio de la Guerra de que las tropas alemanas han penetrado en territorio belga, y que Lieja ha sido intimada a rendirse por unas fuerzas alema-

nas bastante reducidas y que fueron rechazadas».

Sir Eduardo Grey a Sir E. Goschen:

«Ministerio de Negocios Extranjeros, 4 de agosto 1914.

Hemos sabido que el Gobierno alemán ha enviado una nota al ministro de Negocios Extranjeros belga, declarando que el Gobierno alemán se verá obligado a llevar adelante por la fuerza de las armas, si es necesario, las determinaciones que considere indispensables.

También nos informan de que el territorio belga ha sido violado en Gemmesich. En estas circunstancias y en vista de que Alemania ha eludido el dar, respecto a Bélgica, la misma seguridad que nos dió Francia la semana última, en respuesta a la demanda que hicimos simultáneamente a Berlín y París; volvemos a repetirla y deseamos recibir una contestación satisfactoria a mi telegrama de esta mañana; contestación que deberá estar aquí antes de las 12 de la noche de hoy. De lo contrario quedáis autorizado para reclamar vuestros pasaportes, y para decirle al Gobierno alemán, que el británico se encuentra obligado a dar cuantos pasos pueda para guardar la neutralidad de Bélgica y la observación de un tratado en el que Alemania tiene tanta parte como nosotros mismos».

Las noticias del 4 de agosto, pueden servir de comentario a los anteriores telegramas. En esa noche estalló la guerra, de hecho ya que no oficialmente, entre In-

glaterra y Alemania, por un ataque naval que hubo en el mar del Norte y en el que fué echado a pique un porta-minas alemán. Muy poco después se supo que Alemania había declarado la guerra oficialmente a la Gran Bretaña, por el hecho de entregar sus pasaportes a Sir Goschen a las 7 de aquella misma tarde. Esta fué la respuesta del Gobierno de Berlín al telegrama que demandaba contestación antes de las 12 de la noche. Las relaciones diplomáticas entre Inglaterra y Alemania, quedaron, pues, rotas, anticipándose Alemania el lunes a la hora que hemos indicado.

El 4 de agosto Mr. Asquith leyó en la Cámara de los Comunes el telegrama del ministro de Estado alemán al príncipe Lichnowsky, que ya conocemos, y dijo:

«Tengo que añadir lo siguiente por cuenta del Gobierno de S. M. Británica:

De ningún modo podemos aceptar ésta como una respuesta satisfactoria; en su consecuencia he repetido la pregunta categórica que hicimos la semana pasada al Gobierno alemán para que dé la seguridad respecto a la neutralidad belga como nos la dió Francia. He pedido que se nos de una respuesta satisfactoria antes de las 12 de la noche al telegrama que leí esta mañana a la Cámara de los Comunes».

Mr. Asquith se encaminó a la barra, y desde allí anunció:

«Un mensaje de S. M. firmado por su propia mano».

El presidente del Consejo de Ministros bajó las gradas y entregó un pliego al secretario, quien, a su vez, se lo alargó al presidente de la Cámara.

Este leyó el documento que decía así:

«Constituyendo el presente estado de los negocios públicos en Europa un caso que requiere procedimientos excepcionales, S. M. ha creído necesario procurar medios adicionales para el servicio militar, y en consecuencia juzga conveniente comunicar a la Cámara de los Comunes por medio del presente decreto su resolución de ordenar que sean llamadas al servicio activo todas las reservas del ejército.

Los soldados cuyo contrato de alistamiento esté próximo a terminar y prefieran pasar a las reservas, pueden permanecer en el servicio activo, por un período de tiempo que no exceda al que hubiesen servido si perteneciendo ya a las reservas hubieran sido llamados por orden de S. M.

Y que se den las órdenes necesarias para movilizar toda la fuerza territorial y para el buen servicio de unidades e individuos de cuerpos auxiliares en los que se requiera otra capacidad que la militar».

Ya están peleando todas las fuerzas empeñadas en la lucha. Ya han ocurrido escaramuzas en las fronteras ruso-alemanas y franco-alemanas; y el ataque de Lieja, tan valerosamente resistido, ha dado comienzo.

Varias proclamas se sucedieron, prohi-

biendo el comercio entre Inglaterra y Alemania, llamando nuevas reservas, etcétera. Mr. Asquith anunció el día 5 de agosto, que tenía que pedir un crédito de guerra extraordinario de cien millones de libras, anuncio que fué recibido con entusiastas aplausos. Se hicieron arreglos para extender las vacaciones bancarias de agosto desde el lunes hasta el viernes, es decir, del 3 al 7, fecha en que ya estarían listos los billetes de una libra.

En un notable discurso que Mr. Asquith pronunció el día 6 trazó la disposición de ánimo del Gobierno británico, como lo había hecho Sir Grey el día 3. Subrayó con intención la *oferta* hecha por el Gobierno alemán respecto a las colonias francesas, y la valiente resistencia de los belgas, añadiendo: «¿En qué lugar hubiera quedado hoy la Gran Bretaña, frente a ese espectáculo, si hubiésemos aceptado aquella infame proposición?»

También se hizo pública la siguiente correspondencia.

De Sir E. Grey a Sir. G. Buchanan:

«Ministerio de Negocios Extranjeros, 1 de agosto 1914 a las 3'30 tarde.

Sírvase pedir inmediatamente una audiencia a S. M. el Emperador y entregadle el siguiente mensaje personal de S. M. el Rey:

Mi Gobierno ha recibido la siguiente comunicación del Gobierno alemán:

«El 29 de julio el emperador de Rusia, rogó telegráficamente al emperador de Alemania que mediase entre Rusia y Aus-

tria. El Kaiser en el acto se manifestó dispuesto a hacerlo. Informó de su conformidad por telégrafo al emperador de Rusia y dió los pasos consiguientes en Viena. Sin esperar los resultados de dicha negociación, Rusia empezó a movilizar contra Austria. El emperador de Alemania se apresuró a telegrafiar al de Rusia señalando este hecho que convertía su mediación en ilusoria y le rogaba suspendiera la emprendida movilización contra Austria.

Este ruego no fué atendido. A pesar de ello el Gobierno alemán prosiguió sus trabajos de mediación en Viena. El Gobierno alemán tiene la conciencia tranquila de haber llegado en sus proposiciones hasta los límites de lo que se puede aconsejar a un Estado soberano que es al mismo tiempo aliado del Imperio Germánico.

Las proposiciones que el Gobierno alemán ha hecho en Viena, se han ajustado por completo a las líneas que trazó la Gran Bretaña, y que el Gobierno alemán ha recomendado en Viena con la mayor insistencia. Esta misma mañana se tomaron en consideración en Viena. Durante los debates del Gabinete y antes de que éstos hubiesen concluído, el embajador alemán en San Petersburgo, anunció la movilización general del ejército y de la marina en Rusia. A causa de esta acción por parte de Rusia, Austria no dió la respuesta a las proposiciones de mediación de Alemania, que aún estaban siendo objeto de deliberación. De modo que esta acción de Rusia ha ido directamente encaminada con-

tra Alemania, es decir, contra la misma potencia cuya mediación había solicitado el emperador de Rusia. Nos vemos obligados a contestar con vigorosas determinaciones análogas a esta acción que no podemos menos de considerar como hostil, a no ser que quisiéramos poner a prueba la seguridad de nuestra patria. En vista de esto hemos informado a Rusia, que si se niega a suspender inmediatamente en el plazo improrrogable de doce horas los aprestos militares que está llevando a cabo contra Austria y Alemania, nos veríamos obligados a nuestra vez a movilizar, lo que significaría la guerra. Hemos preguntado a Francia que si consentiría en permanecer neutral durante una guerra entre Alemania y Rusia».

No puedo menos de pensar que en todo esto existe una horrible mala inteligencia que es la que ha producido esta catástrofe. Tengo los más vivos deseos de no desperdiciar ninguna posibilidad de evitar la espantosa calamidad que amenaza al mundo entero. En este sentido apelo a tí personalmente para que desvanezcas la errónea interpretación que me parece existir y dejes aún abierto el camino a las negociaciones y por consiguiente a la esperanza. Si crees que yo puedo contribuir en algo a tan deseado fin, estoy dispuesto a hacer cuanto esté en mi mano para reanudar las interrumpidas conversaciones entre las potencias. Tengo la confianza de que tus deseos coincidirán con los míos y que los tendrás tan vivos como yo de

hacer cuanto se pueda en favor de la paz del mundo».

La contestación de S. M. el Emperador de Rusia a S. M. el Rey Jorge, fué como sigue:

«Con sumo gusto hubiese aceptado tus proposiciones, si el embajador de Alemania no hubiese presentado esta tarde una nota a mi Gobierno declarando la guerra. Desde el primer momento de la presentación de la nota de Austria en Belgrado, Rusia ha dedicado todos sus esfuerzos a encontrar alguna solución pacífica en la cuestión suscitada entre estos dos Estados. La acción a que se propendía era a destrozarse a Servia y convertirla en Estado dependiente de Austria.

El efecto inmediato de esto hubiese sido romper el equilibrio en los Balkanes, condición de tan vital interés para mi Imperio. Todas las proposiciones, incluso las de tu Gobierno, fueron sistemáticamente rechazadas por Austria y Alemania y sólo después que ya había pasado la oportunidad de encontrar una ocasión favorable en Austria, es cuando Alemania demostró algunas disposiciones en favor de la mediación. Pero ni aun entonces presentó ninguna proposición concreta.

La declaración de guerra de Austria a Servia, me obligó a hacer una movilización parcial, que luego cambié en general por los insistentes consejos de las autoridades en la materia, las cuales me demostraban la rapidez con que, en comparación de Rusia, puede movilizar Alemania.

No tuve más alternativa que tomar esta determinación en vista del bombardeo de Belgrado, la reconcentración de tropas en Galitzia y los preparativos militares que en secreto está efectuando Alemania. Que estaban justificados mis temores lo demuestra esta súbita declaración de guerra que para mí ha sido una sorpresa, pues yo había dado categóricas seguridades al emperador Guillermo, de que mis fuerzas no traspasarían la frontera, mientras continuarán las negociaciones para la paz.

En esta hora solemne, puedo asegurarte que he hecho cuanto he podido para evitar la guerra. Ahora que se me ha obligado a ella, creo que tu país no dejará de ayudar a Francia y Rusia. ¡Dios te bendiga y te proteja! »

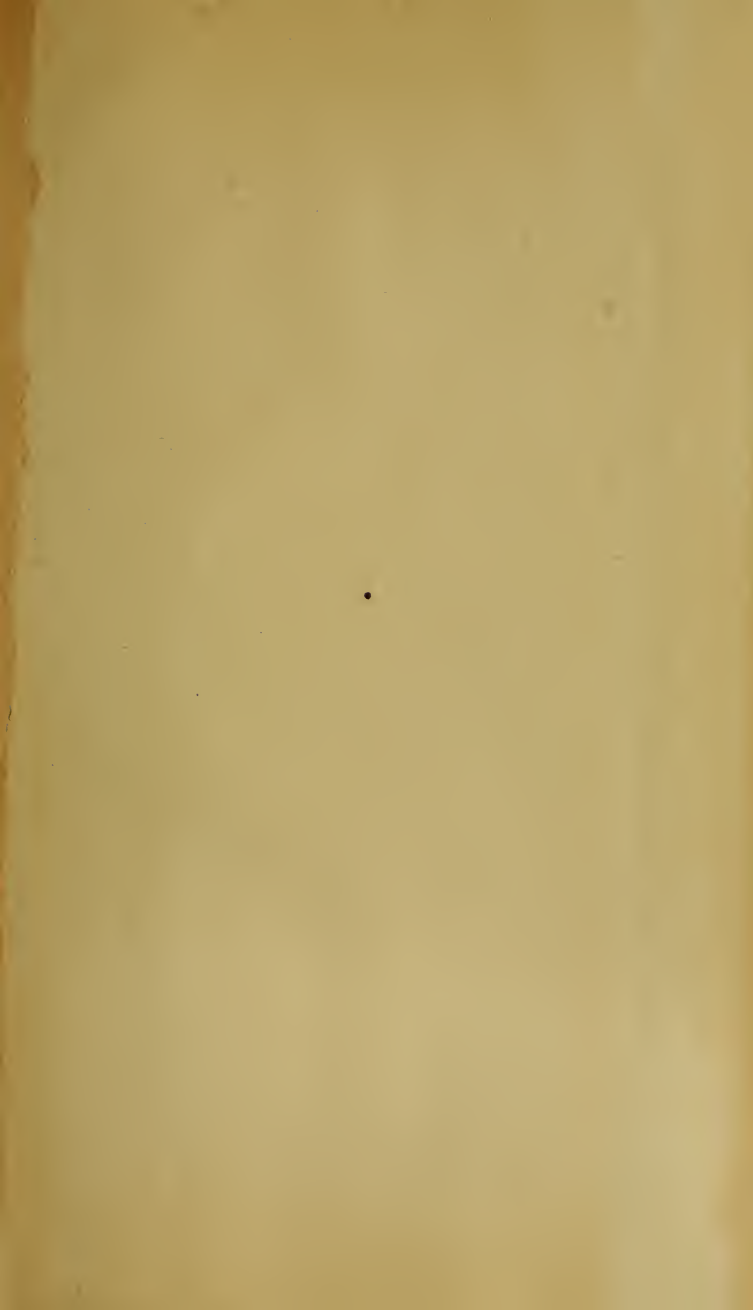
El día 12 de agosto, Francia rompió sus relaciones diplomáticas con Viena, en vista de que las fuerzas austriacas marchaban unidas con las alemanas; y, siguiendo este paso, el mismo día 12, por la noche, la Gran Bretaña declaró formalmente la guerra a Austria.

Así termina la historia diplomática de este conflicto, en el que, según atestiguan los documentos que hemos presentado, así como los fragmentos de correspondencia oficial, todos los diplomáticos han trabajado con ahinco por la causa de la paz. Los preparativos militares, realizados por los Estados grandes y chicos, que intervienen en esta conflagración, han de ser expuestos por separado.

FIN

El tomo siguiente se titulará

La Campaña de Lieja





Deacidified using the Bookkeeper process.
Neutralizing agent: Magnesium Oxide
Treatment Date: **MAY** 2001

PreservationTechnologies
A WORLD LEADER IN PAPER PRESERVATION

111 Thomson Park Drive
Cranberry Township, PA 16066
(724) 779-2111

LIBRARY OF CONGRESS



0 007 629 221 8

